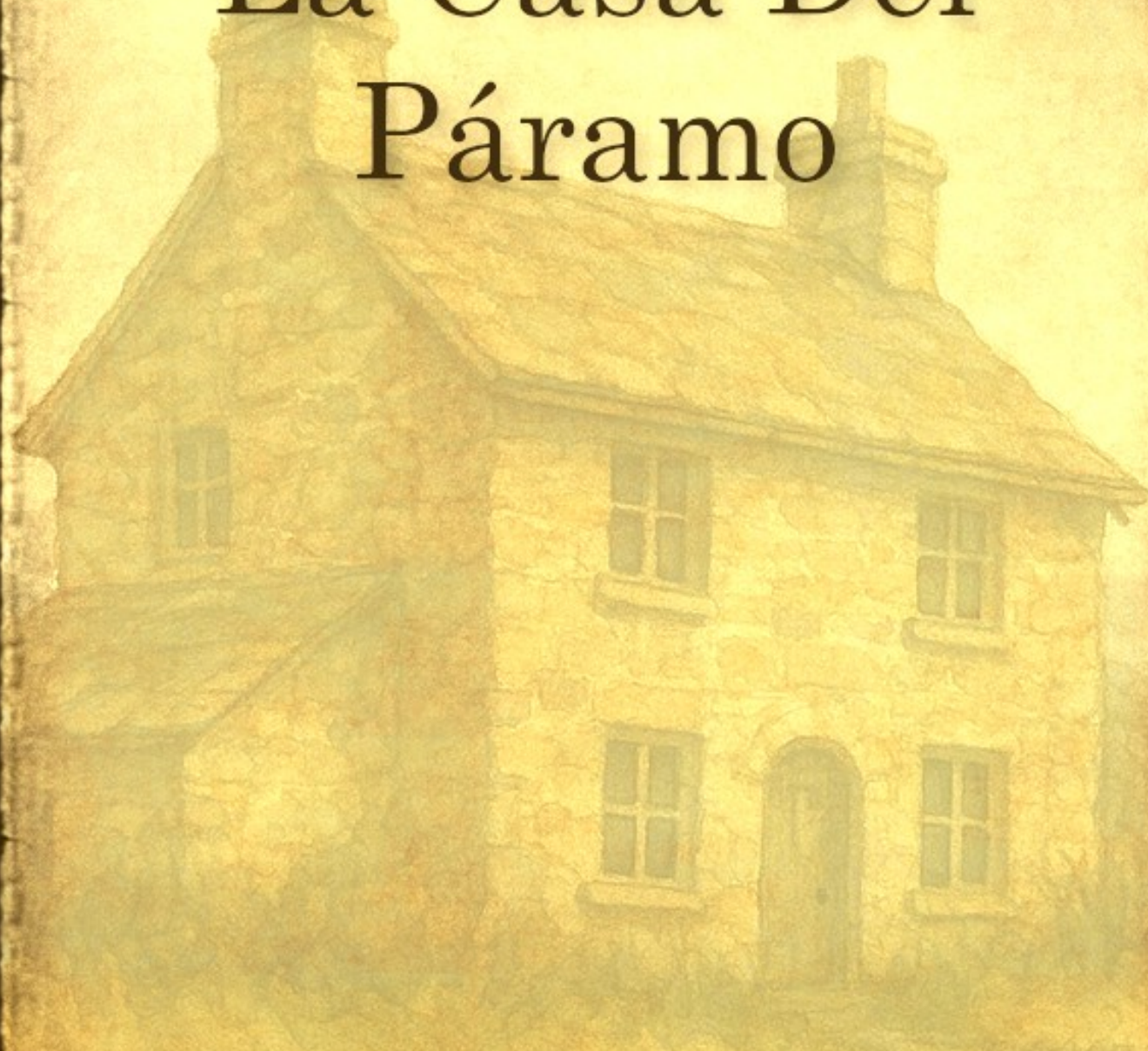




Elizabeth Gaskell

La Casa Del  
Páramo

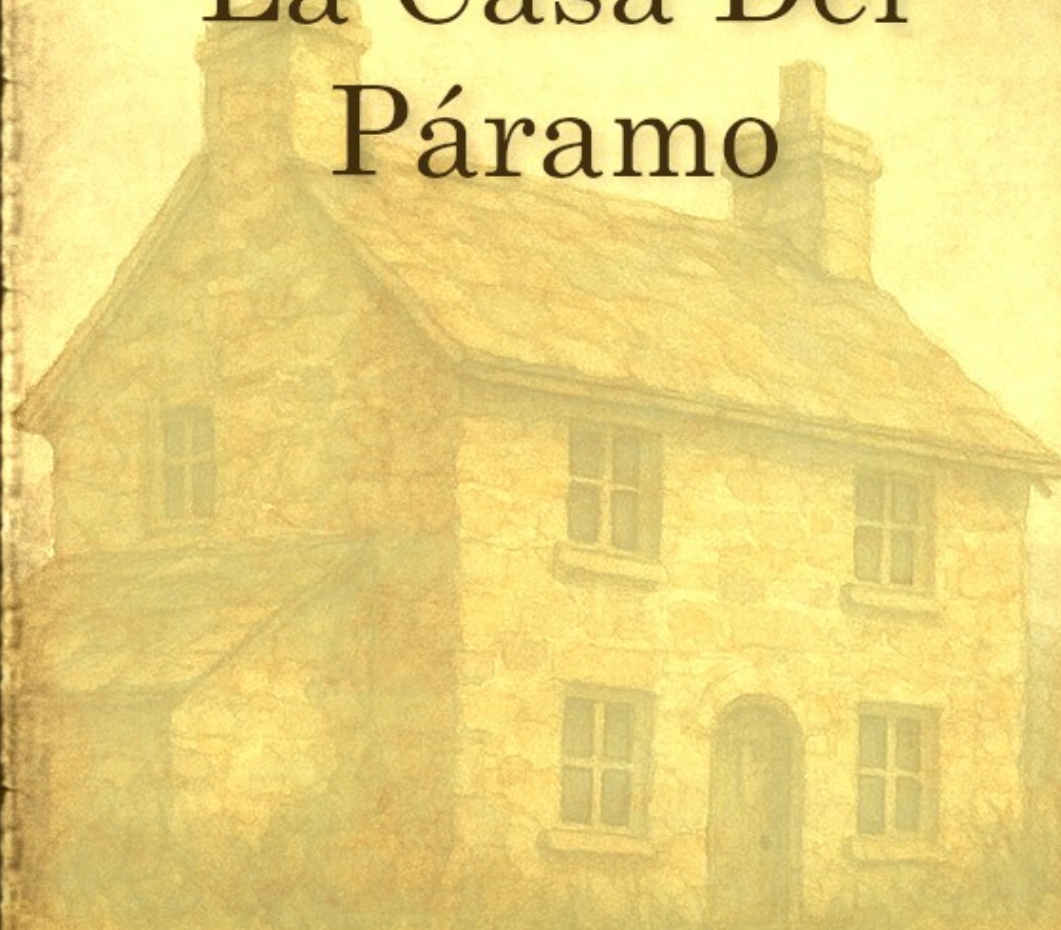


**E** LEJANDRIA

A decorative flourish featuring a central bird, possibly a swan or heron, with its wings spread, flanked by symmetrical floral and leaf-like patterns.

Elizabeth Gaskell

La Casa Del  
Páramo



**E** LEJANDRIA

**LIBRO DESCARGADO EN [WWW.ELEJANDRIA.COM](http://WWW.ELEJANDRIA.COM), TU SITIO WEB DE OBRAS DE  
DOMINIO PÚBLICO  
¡ESPERAMOS QUE LO DISFRUTÉIS!**

# **LA CASA DEL PÁRAMO**

**ELIZABETH GASKELL**

**PUBLICADO: 1850  
FUENTE: PROJECT GUTENBERG  
TRADUCIDO POR ELEJANDRÍA**

# CAPÍTULO I.

Si, tras pasar el cancel de la iglesia de Combehurst, se toma el desvío de la izquierda, se llega a un puente de madera que cruza el arroyo; si se sigue por el sendero que atraviesa el campo y asciende cada vez más, en cosa de media milla se encontrará en un prado ventoso en la altiplanicie, tan grande que casi podría llamarse una meseta, donde las ovejas pastan en la hierba corta, fina y elástica. Desde allí se divisa Combehurst y el hermoso campanario de su iglesia. Tras cruzar el campo, se llega a un terreno comunal, ricamente coloreado por el tojo dorado y el brezo púrpura, que en verano desprenden sus cálidos aromas en el aire tranquilo. Las ondulaciones del terreno crean un horizonte cercano contra el cielo; la línea solo se quiebra en un punto por un pequeño bosquecillo de pinos silvestres, que siempre parecen negros y sombríos incluso a mediodía, cuando el resto del paisaje parece bañado por la luz del sol. La alondra trina y canta en lo alto del cielo; demasiado alto —en una región demasiado deslumbrante— para poder verla. ¡Miren! Cae y se hace visible; pero, como si le doliera abandonar el resplandor celestial, se balancea y flota en el éter. Ahora cae de repente directamente a su nido, oculto entre el brezo, invisible salvo para los ojos del Cielo y los pequeños y brillantes insectos que corretean de un lado a otro sobre los elásticos tallos de las flores. Con algo parecido a la súbita caída de la alondra, el sendero desciende por una pendiente verde y abrupta; y en una hondonada, rodeada por las colinas herbosas, se alza una morada que no es ni cabaña ni casa, sino algo intermedio en tamaño. Tampoco es una granja, aunque está rodeada de seres vivos. Es, o más bien era, en la época de la que hablo, la morada de la señora Browne, la viuda del difunto coadjutor de Combehurst. Allí vivía con su fiel y anciana sirvienta y sus

únicos hijos, un niño y una niña. Estaban tan reclusos en su verde hondonada como las familias de los cuentos de los bosques alemanes. Una vez a la semana, salían y cruzaban el páramo, captando en su cima los primeros sonos de las campanas de dulce tañido que los llamaban a la iglesia. La señora Browne caminaba primero, de la mano de Edward. La vieja Nancy la seguía con Maggie; pero formaban un solo grupo y todos hablaban juntos en un tono bajo y sosegado, como correspondía al día. No tenían mucho que decirse, pues sus vidas eran demasiado monótonas; ya que, excepto los domingos, la viuda y sus hijos nunca iban a Combehurst. La mayoría de la gente habría considerado el pequeño pueblo un lugar tranquilo y soñador; pero para aquellos dos niños parecía el mundo; y después de cruzar el puente, cada uno agarraba con más fuerza las manos que sostenían, y miraban tímidamente desde debajo de sus párpados caídos cuando algún amigo de su madre les hablaba. Regularmente, alguien invitaba a la señora Browne a quedarse a comer después de la misa matutina, y ella declinaba con la misma regularidad, para alivio de los tímidos niños; aunque entre semana a veces hablaban en voz baja del placer que sería para ellos si mamá fuera a comer a casa del señor Buxton, donde vivían la niñita de blanco y aquel chico tan alto. En lugar de quedarse allí, o en cualquier otro sitio, los domingos, la señora Browne consideraba su deber ir a llorar sobre la tumba de su marido. La costumbre había surgido de un verdadero dolor por su pérdida, pues nunca había vivido un marido más bondadoso ni un hombre más digno; pero la sencillez de su pena se había visto alterada por la observación de los demás sobre la forma de manifestarla. Le hacían sitio para que cruzara el césped hacia la tumba; y ella, imaginando que se esperaba eso de ella, adoptó la costumbre que he mencionado. Sus hijos, cada uno de la mano, se sentían intimidados e incómodos, y eran sensiblemente conscientes de la frecuencia con que se les señalaba, como un grupo de luto, a la observación.

—Ojalá lloviera siempre los domingos —le dijo un día Edward a Maggie, en una confidencia en el jardín.

—¿Por qué? —preguntó ella.

—Porque entonces salimos corriendo de la iglesia y volvemos a casa lo más rápido posible, para salvar el crespón de mamá; y no tenemos que ir a llorar por papá.

— Yo no lloro — dijo Maggie — . ¿Y tú?

Edward miró a su alrededor antes de responder, para ver si estaban completamente solos, y luego dijo:

— No. Estuve triste mucho tiempo por papá, pero uno no puede seguir estando triste para siempre. Quizás la gente mayor sí puede.

— Mamá puede — dijo la pequeña Maggie — . A veces yo también estoy muy triste; cuando estoy sola o jugando contigo, o cuando me despierta la luz de la luna en nuestra habitación. ¿Alguna vez te despiertas y te parece oír a papá llamándote? A mí me pasa a veces; y entonces me da mucha pena pensar que nunca más le oiremos llamarnos.

— Ah, conmigo es diferente, ya sabes. A mí me llamaba para las lecciones.

— A veces me llamaba cuando estaba enfadado conmigo. Pero yo siempre sueño que nos llamaba con su voz amable, como solía hacer cuando quería que paseáramos con él, o para enseñarnos algo bonito.

Edward guardó silencio, jugando con algo en el suelo. Finalmente, volvió a mirar a su alrededor y, tras convencerse de que no podían oírle, susurró:

— Maggie... a veces creo que no siento que papá haya muerto... cuando me porto mal, ya sabes; se habría enfadado mucho conmigo si hubiera estado aquí; y creo que... solo a veces, ya sabes, me alegro un poco de que no esté.

— ¡Oh, Edward! Sé que no lo dices en serio. No hablemos de él. No podemos hablar bien, somos unos niños muy pequeños. No lo hagas, Edward, por favor.

Los ojos de la pobre Maggie se llenaron de lágrimas; y nunca volvió a hablar con Edward, ni con nadie, sobre su padre muerto. A medida que crecía, su vida se volvió más activa. La cabaña y las pequeñas dependencias, y el jardín y el campo, eran suyos; y de sus productos dependían para gran parte de su sustento. La vaca, el cerdo y las aves de corral ocupaban mucho tiempo de Nancy. La señora Browne y Maggie tenían que hacer gran parte de las tareas de la casa; y cuando las camas estaban hechas, las habitaciones barridas y desempolvadas, y los preparativos para la comida listos, entonces, si quedaba tiempo, Maggie se sentaba a sus lecciones. Ned, que

se enorgullecía considerablemente de su sexo, había estado sentado toda la mañana, en el sillón de su padre, en el pequeño estudio, «estudiando», como a él le gustaba llamarlo. A veces Maggie asomaba la cabeza, pidiéndole que la ayudara a subir la gran jarra de agua, o a hacer algún otro pequeño servicio doméstico; petición a la que él accedía de vez en cuando, pero con tantas quejas sobre la interrupción, que al final ella le dijo que no se lo volvería a pedir. Aunque lo dijo con dulzura, él lo sintió como un reproche e intentó excusarse.

— Verás, Maggie, un hombre debe educarse para ser un caballero. Ahora bien, si una mujer sabe cómo llevar una casa, eso es todo lo que se necesita de ella. Así que mi tiempo es de más importancia que el tuyo. Mamá dice que iré a la universidad y seré clérigo; así que debo avanzar con mi latín.

Maggie se sometió en silencio; y casi sintió como un acto de graciosa condescendencia cuando, una o dos mañanas después, él salió a su encuentro mientras ella subía con esfuerzo desde el pozo, cargando la gran jarra de barro llena de agua de manantial para la comida. — Toma — dijo él —, pongámosla a la sombra detrás del montadero. ¡Oh, Maggie! ¡Mira lo que has hecho! La has derramado toda, por no girarte lo bastante rápido cuando te lo dije. Ahora puedes ir a buscarla tú misma, porque no quiero tener nada que ver con ella.

— No te entendí a tiempo — dijo ella, suavemente. Pero él se había dado la vuelta y había regresado a la casa con dignidad ofendida. A Maggie no le quedó más remedio que volver al pozo y llenarla de nuevo. El manantial estaba a cierta distancia, en una pequeña hondonada rocosa. Hacía tanto fresco después de su calurosa caminata, que se sentó a la sombra de la roca de piedra caliza gris y contempló los helechos, mojados por el agua que goteaba. Se sentía triste, no sabía por qué. «Creo que Ned a veces es muy antipático», pensó. «No entendí que la llevaba allí. Quizás soy torpe. Mamá dice que lo soy; y Ned dice que lo soy. Nancy nunca lo dice y papá nunca lo dijo. Ojalá pudiera evitar ser torpe y estúpida. Ned dice que todas las mujeres lo son. Ojalá no fuera una mujer. Debe de ser estupendo ser un hombre. ¡Ay, Dios! Tengo que subir otra vez por el campo con esta pesada jarra, ¡y cómo me duelen los brazos!». Se levantó y subió la empinada cuesta. Mientras subía, oyó la voz de su madre.

— ¡Maggie! ¡Maggie! No hay agua para la comida, y las patatas están ya cocidas. ¿Dónde se ha metido esa niña?

Habían empezado a comer antes de que ella bajara de cepillarse el pelo y lavarse las manos. Estaba apurada y cansada.

— Madre — dijo Ned —, ¿puedo ponerle un poco de mantequilla a estas patatas, ya que hay carne fría? Están muy secas.

— Por supuesto, querido. Maggie, ve a buscar un poco de mantequilla a la lechería.

Maggie se levantó de su comida intacta sin decir palabra.

— ¡Eh, detente, niña! — dijo Nancy, dándole la espalda en el pasillo—. Ve a comer, yo traeré la mantequilla. Ya has corrido bastante por hoy.

Maggie no se atrevió a volver sin ella, pero se quedó en el pasillo hasta que Nancy regresó; y entonces alzó la boca para que la amable y tosca anciana sirvienta la besara.

— Eres un encanto — se dijo Nancy para sus adentros, mientras entraba en la cocina; y Maggie volvió a su comida con el corazón aliviado y ligero.

Cuando la comida terminó, ayudó a su madre a lavar las copas y cucharas antiguas, que eran tratadas con tierno cuidado y exquisita limpieza en aquella casa de decente frugalidad; y luego, cambiando su delantal por uno de seda negra, la pequeña solía sentarse a alguna útil labor de costura, en la que su madre imponía la más delicada pulcritud en las puntadas. Así, cada hora del día traía un deber que cumplir; pero los deberes cumplidos son como placeres para la memoria, y la pequeña Maggie siempre consideró aquellos primeros días de la infancia muy felices, y los recordaba solo como llenos de una despreocupada alegría.

Sin embargo, en aquel tiempo tenían sus preocupaciones.

En los días de buen tiempo, Maggie se sentaba a coser al aire libre. Justo más allá del patio se extendía el páramo rocoso, casi tan alegre como aquel por su profusión de flores. Si el patio tenía sus noisettes en racimos, sus fraxinelas y escaramujos, y grandes y altos lirios blancos, el páramo tenía su pequeña rosa rastrera y perfumada, su madre selva desgarrada y una abundancia de cistus amarillo; y aquí y allá, una roca gris afloraba del suelo, y sobre ella crecían exuberantemente la uña de gato amarilla y el geranio de

hojas escarlatas. Una de esas rocas era el asiento de Maggie. Creo que la consideraba suya y la amaba en consecuencia; aunque su verdadero dueño era un gran señor que vivía muy lejos y nunca había visto el páramo, y mucho menos aquel trozo de roca gris, en su vida.

La tarde del día que he empezado a contarles, estaba sentada allí, canturreando para sí mientras trabajaba: estaba lo bastante cerca de casa como para oír todos los sonidos del hogar, con su estridencia suavizada. Entre ella y la casa, Edward se entretenía; a menudo le pedía su simpatía, que ella le daba de buen grado.

—Me pregunto cómo hacen los hombres para que sus barcos se mantengan estables; he llevado la mía al estanque y se ha volcado cada vez que la he echado al agua.

—¿Ah, sí? ¡Qué fastidio! ¿Serviría de algo ponerle un poco de peso para mantenerlo a flote?

—¿Cuántas veces tengo que decirte que a un barco se le llama «ella»? ¡Y tú sigues diciendo «lo», «lo»!

Tras esta corrección a su hermana, al señorito Edward no le gustó la condescendencia de reconocer que la sugerencia de ella era buena; así que se fue en silencio a la casa en busca del lastre necesario; pero al no encontrar nada adecuado, volvió a su montículo cubierto de hierba, sembrado de astillas de madera, e intentó meter unas piedrecitas en su navío; pero se atascaron, y tuvo que volver a preguntar.

—Suponiendo que fuera una buena idea darle peso, ¿qué podría ponerle?

Maggie pensó un momento.

—¿Servirían unos perdigones? —preguntó ella.

—Sería lo ideal; pero ¿dónde puedo conseguirlos?

—Hay algunos que sobraron de papá. Están en la esquina derecha del segundo cajón del escritorio, envueltos en un periódico.

—¡Qué fastidio! No me acuerdo de tus «segundos» y «derechas» y demás pamplinas. —Siguió trabajando con sus guijarros. No servían.

—Creo que, si fueras amable, Maggie, podrías ir tú a por ellos.

— ¡Oh, Ned! Tengo que hacer toda esta costura larga. Mamá dijo que debía terminarla antes del té; y que podría jugar un poco si la terminaba primero — dijo Maggie, con bastante queja; pues le dolía de veras negarse a una petición.

— No te llevaría ni cinco minutos.

Maggie pensó un poco. El tiempo solo se lo quitaría de su juego, lo cual, después de todo, no tenía importancia; mientras que Edward estaba realmente ocupado con su barco. Se levantó y trepó por la empinada ladera cubierta de hierba, resbaladiza por el calor.

Antes de que hubiera encontrado el papel de los perdigones, oyó la voz de su madre llamando, con una especie de apresurada sonoridad contenida, como si ansiara ser oída por una persona pero no por otra: — Edward, Edward, ven a casa rápido. Ahí viene el señor Buxton por el sendero del páramo; viene hacia aquí, tan seguro como que dos y dos son cuatro; ven, Edward, ven.

Maggie vio a Edward dejar su barco y acercarse. Ciertamente era por orden de su madre; pero él se esforzó por hacerlo lo menos evidente posible, subiendo la ladera con las manos en los bolsillos, con un estilo muy independiente y négligé. Maggie no tuvo tiempo de observar más; pues ahora la llamaban también a ella, y bajó corriendo las escaleras.

— Toma, Maggie — dijo su madre, con un apuro nervioso —, ayuda a Nancy a preparar una bandeja en un santiamén. Creo que el señor Buxton viene de visita. ¡Oh, Edward! Ve a cepillarte el pelo y a ponerte la chaqueta de los domingos; el señor Buxton está a punto de llegar. Solo subo a cambiarme la cofia; y tú di que subirás a avisarme, Nancy; todo como es debido, ya sabes.

— Por supuesto, señora. Ya he servido en familias antes — dijo Nancy, con brusquedad.

— Oh, sí, sé que sí. Asegúrate de traer el vino de primavera. Ojalá hubiera podido quedarme a decantar un poco de oporto.

Nancy y Maggie se afanaron, entrando y saliendo de la cocina y la lechería; y estaban tan absortas en sus preparativos para recibir al señor Buxton que no se percataron de la presencia misma de aquel caballero en la escena. Había encontrado la puerta principal abierta, como es costumbre en

el campo, y había entrado; deteniéndose primero en el salón vacío, y luego encontrando el camino hacia el lugar donde las voces y los sonidos proclamaban que había habitantes. Así que allí estaba él, un poco inclinado bajo los dinteles de cejas bajas de la puerta de la cocina, y pareciendo grande, rojo y acalorado, pero con una expresión de complacencia y casi de diversión en el rostro.

— ¡Válgame Dios, señor! ¡Qué susto me ha dado! —dijo Nancy, al verlo de repente—. Voy a decirle a mi señora en un minuto que ha llegado.

Se fue, dejando a Maggie sola con el caballero alto y corpulento, que le sonreía desde el marco de la puerta, pero sin decir palabra. Ella continuó desempolvando una copa de vino con gran asiduidad.

— Bien hecho, pequeña —salió por fin una voz fuerte y agradable—. Ahora creo que ya está bien. Ven y enséñame el salón donde puedo sentarme, porque he caminado mucho y estoy muy cansado.

Maggie lo llevó al salón, que siempre estaba fresco y lozano en el clima más caluroso. Estaba perfumado por un gran jarrón lleno de rosas; y, además, la ventana estaba abierta al fragante patio. El señor Buxton era tan grande y el salón tan pequeño que, una vez que estuvo dentro, Maggie pensó que cuando se fuera podría llevarse la habitación a la espalda, como un caracol su casa.

— Así que eres una mujercita muy apañada, ¿verdad? —dijo él, después de haberse estirado (un proceder muy innecesario) y desabrochado el chaleco. Maggie estaba cerca de la puerta, sin saber si irse o quedarse—. ¡Qué brillante y limpia estabas dejando esa copa! ¿Crees que podrías traerme un poco de agua para llenarla? Ojo, tiene que ser esa misma copa que te vi pulir. La reconoceré.

Maggie agradeció poder escapar de la habitación; y en el pasillo se encontró con su madre, que había tenido tiempo de cambiarse el vestido y la cofia. Antes de que Nancy permitiera a la niña volver con el vaso de agua, le alisó el pelo corto y brillante; era todo lo que se necesitaba para que pareciera delicadamente pulcra. Maggie se esforzó concienzudamente por encontrar la copa idéntica; pero me temo que Nancy no fue tan veraz al afirmar que una de las seis, exactamente iguales, que ahora estaban colocadas

en la bandeja, era la misma que había encontrado en el aparador cuando regresó de avisar a su señora de la llegada del señor Buxton.

Maggie trajo el agua, con un tímido orgullo por la claridad del vaso. Su madre estaba sentada en el borde de su silla, hablando con un lenguaje inusualmente refinado y con un tono de voz más agudo de lo habitual. Edward, con toda su gloria dominical, estaba de pie junto al señor Buxton, con aspecto feliz y consciente. Pero cuando Maggie entró, el señor Buxton le hizo sitio entre Edward y él y, mientras ella seguía hablando, la subió a su rodilla. Ella se sentó allí como en un pináculo de honor; pero como no se atrevía a acurrucarse junto a él, una silla habría sido un asiento más cómodo.

—Como descendiente del fundador, tengo derecho de presentación; y por el bien de mi querido y viejo amigo (aquí la señora Browne se enjugó los ojos), me alegro de verdad; mi joven amigo tendrá que pasar por un pequeño examen formal; y luego lo veremos llevarse todos los premios, no tengo ninguna duda. Gracias, solo un poco de su espumoso vino de primavera. ¡Ah! Este pan de jengibre es como el que comía cuando era niño. Mi pequeña dama aquí debe aprender la receta y hacerme un poco. ¿Lo hará?

—Habla con el señor Buxton, niña, que es amable con tu hermano. Seguro que le harás un poco de pan de jengibre.

—Si me lo permite —dijo Maggie, bajando la cabeza.

—O te diré una cosa. Supón que vienes a mi casa y nos enseñas a hacerlo allí; y entonces, ya sabes, siempre podríamos estar haciendo pan de jengibre cuando no lo estuviéramos comiendo. Eso sería lo mejor, creo. ¿Debo pedirle a mamá que te traiga a Combehurst y que nos conozcamos todos? Tengo un chico grande y una niña pequeña en casa a los que les gustará verte, estoy seguro. Y tenemos un poni para que montes, y un pavo real y gallinas de Guinea, y no sé cuántas cosas más. Venga, señora, déjeme persuadirla. El colegio empieza en tres semanas. Fijemos un día antes de entonces.

—Hazlo, mamá —dijo Edward.

—No estoy de humor para visitas —respondió la señora Browne. Pero los perspicaces niños detectaron una vacilación en su forma de decir las pal-

abras tantas veces repetidas, y tuvieron esperanzas, si tan solo el señor Buxton perseveraba en su invitación.

—El que no hagas visitas es la razón misma por la que no estás de humor. Un pequeño cambio y unas cuantas caras amigas te harían bien, te lo aseguro. Además, por el bien de los niños no deberías vivir una vida tan recluida. Los jóvenes deberían ver un poco de mundo.

La señora Browne estaba muy agradecida al señor Buxton por darle una excusa tan decente para seguir su inclinación, que, hay que reconocerlo, tendía a la aceptación de la invitación. Así que, «por el bien de los niños», consintió. Pero suspiró, como si hiciera un sacrificio.

—Así se hace —dijo el señor Buxton—. Ahora, el día.

Se fijó que irían ese día de la semana siguiente; y después de alguna conversación más sobre la escuela en la que Edward iba a ser colocado, y algunas bromas más sobre la laboriosidad de Maggie, y una pregunta sobre si vendría a vivir con él la próxima vez que necesitara una criada, el señor Buxton se despidió.

Su visita había sido un acontecimiento; y no hicieron gran intento de volver a sus ocupaciones habituales ese día. En primer lugar, Nancy entró para enterarse y discutir todos los planes propuestos. Ned, que no sabía si le gustaba o no la perspectiva de la escuela, se sintió muy ofendido por el comentario de la vieja sirvienta al oír por primera vez el proyecto.

—Ya es hora para él. Allí aprenderá cuál es su lugar, que, me parece a mí, él y otros también tienden a olvidar en casa.

Luego siguieron discusiones y arreglos sobre su ropa. Y entonces llegaron al plan de pasar un día en casa del señor Buxton, que la señora Browne era bastante reacia a mencionar, teniendo una especie de idea de inconstancia y culpa relacionada con el pensamiento de mezclarse de nuevo con el mundo. Sin embargo, Nancy lo aprobó: «Era lo correcto», y «justo como debía ser», y «bueno para los niños».

—Sí; lo hice por ellos, Nancy —dijo la señora Browne.

—¿Cuántos hijos tiene el señor Buxton? —preguntó Edward.

—Solo uno. Frank, creo que lo llaman. Pero debes decir señorito Buxton; no lo olvides.

—¿Quién es la niña, entonces —preguntó Maggie—, que se sienta con ellos en la iglesia?

—¡Oh! Esa es la pequeña señorita Harvey, su sobrina, y una gran fortuna.

—Dicen que nunca perdonó a su madre hasta el día de su muerte —observó Nancy.

—¿Entonces cuentan mentiras, Nancy! —replicó la señora Browne (fue ella misma quien lo había dicho; pero eso fue antes de la visita del señor Buxton)—. ¿Pues crees que su hermana lo habría dejado como tutor de su hija si no estuvieran en buenos términos?

—¡Bueno! Solo sé lo que dice la gente. Y, desde luego, le cogió manía al señor Harvey sin razón alguna; y todo el mundo sabe que nunca le habló.

—Habla de forma muy amable y agradable —intervino Maggie.

—Sí; y no digo que no sea un hombre muy bueno y amable en general. Pero tiene sus caprichos, y se aferra a ellos cuando los tiene. ¡Ahí se me queman las empanadas, y yo aquí hablando!

Cuando Nancy regresó a su cocina, la señora Browne llamó a Maggie arriba, para examinar qué ropa necesitaría Edward. Y cuando estuvieron arriba, se probó el vestido de satén negro, que había sido su vestido de visita desde que se casó, y que pretendía que reemplazara a la vieja y gastada bombasina el día de la visita a Combehurst.

—Porque la señora Buxton es una verdadera dama de cuna —dijo ella—; y me gustaría ir bien vestida, para hacerle honor.

—No sabía que hubiera una señora Buxton —dijo Maggie—. Nunca está en la iglesia.

—No; es delicada y débil, y nunca sale de casa. Creo que su doncella me dijo que ya nunca salía de su habitación.

La familia Buxton, de la raíz a la rama, constituyó el *pièce de résistance* en la conversación entre la señora Browne y sus hijos durante la semana siguiente. A medida que se acercaba el día, Maggie casi deseaba quedarse en casa, tan impresionada estaba por la solemnidad de la visita. Edward se sentía audaz con la idea de un traje nuevo, que se había encargado para la ocasión, y para la escuela después. La señora Browne recordó haber oído

decir al rector: «Una mujer nunca parece tan distinguida como cuando viste de satén negro», y mantuvo el ánimo con esa observación; pero cuando vio lo desgastado que estaba en los codos, se sintió bastante deprimida e incapaz de hacer visitas. Aun así, por el bien de sus hijos, haría mucho.

Después de terminar su larga jornada de trabajo, Nancy se sentó a coser. Había descubierto que entre todos los preparativos, ninguno se estaba haciendo para Margaret; y había usado su influencia sobre su señora (que a medias la apreciaba y a medias la temía, y dependía enteramente de ella) para obtener de ella un vestido viejo, que había descosido, lavado y restregado, y que ahora estaba confeccionando, de una manera un poco anticuada, ciertamente; pero, en conjunto, quedó tan bonito cuando estuvo terminado y puesto, que la señora Browne le dio a Maggie una estricta lección sobre cómo cuidar un vestido tan hermoso y olvidó que había considerado el vestido del que se había hecho como gastado y acabado.

## CAPÍTULO II.

Por fin se vistieron, y Nancy, de pie en los escalones del patio, se protegía los ojos del sol con la mano y los miraba mientras subían la ladera cubierta de brezo que conducía a Combehurst.

«Ojalá le cogiera la mano a veces, solo para que sintiera el tacto de la mano de su madre. Quizás lo haga, al menos después de que el señorito Edward se vaya al colegio.»

Mientras caminaban, la señora Browne dio a los niños algunas reglas sobre modales y etiqueta.

— ¡Maggie! Debes sentarte lo más erguida que puedas; endereza la espalda, niña, y no te encorves. Si toso, debes erguirte. Toseré cada vez que te vea hacer algo mal, y te estaré observando todo el día; así que recuérdalo. Tú te portas muy bien, Edward. Si el señor Buxton te lo ofrece, puedes tomar una copa de vino, porque eres un chico. Pero acuérdate de decir: «A su salud, señor», antes de beber.

— Preferiría no tomar el vino si tengo que decir eso — dijo Edward, sin rodeos.

— ¡Oh, tonterías, querido! Seguro que querrás parecer un caballero.

Edward murmuró algo que fue inaudible. Su madre continuó:

— Por supuesto, ni se te ocurra que te sirvan más de dos veces. Dos veces de carne, dos veces de postre, es lo elegante. Puedes tomar menos, pero nunca más.

— ¡Oh, mamá! ¡Qué hermoso es el campanario de Combehurst, con esa nube oscura detrás! — exclamó Maggie, al divisar el pueblo.

— No tienes por qué ocuparte del campanario de Combehurst cuando te estoy hablando. Me estoy quedando sin aliento para enseñarte a comportarte, y ahí vas tú mirando nubes y otras tonterías por el estilo. Me avergüenzo de ti.

Aunque Maggie caminó tranquilamente al lado de su madre el resto del camino, la señora Browne estaba demasiado ofendida para reanudar sus instrucciones sobre buenas maneras. Maggie podía servirse tres veces si quería: había terminado con ella.

Llegaron muy temprano. Al acercarse al puente, se encontraron con un muchacho alto y de buena apariencia, que llevaba de la brida un hermoso poni de Shetland con una silla de montar de lado. Se acercó a la señora Browne y se dirigió a ella.

— Mi padre pensó que su hijita estaría cansada, y me dijo que trajera el poni de mi prima Erminia para ella. Es de lo más tranquilo.

Esto resultó bastante molesto para la señora Browne, ya que había decidido considerar a Maggie en desgracia. Sin embargo, no había más remedio: todo lo que pudo hacer fue estropear el disfrute en la medida de lo posible, mirando y hablando con frialdad, lo que a menudo helaba el corazoncito de

Maggie y le quitaba todo el gusto al placer. Fue en vano que Frank Buxton hiciera trotar y galopar al poni; ella seguía pareciendo triste y seria.

«¡Qué niña tan sosa!», pensó él; pero fue tan amable y considerado como podía serlo un muchacho caballeroso.

Finalmente llegaron a la casa del señor Buxton. Estaba en la calle principal, y la puerta de entrada se abría a ella por una escalinata. A ambos lados se extendían las ventanas con antepechos de piedra. Era en realidad una mansión, y no necesitaba el contraste vecino de las cabañas a cada lado para parecer imponente. Al entrar, accedieron a un gran vestíbulo, fresco incluso en aquel ardiente día de julio, con un suelo de baldosas blancas y negras, y viejos canapés alrededor de las paredes, y grandes jarrones de curiosa porcelana, que estaban llenos de popurrí. La penumbra era agradable, después del resplandor de la calle; y la luz y la alegría necesarias las proporcionaba la vista del jardín, enmarcada, por así decirlo, por la gran puerta que se abría a él. Había rosas, y guisantes de olor, y amapolas —una rica masa de color, que se veía bien, enmarcada en la algo sombría frescura del vestíbulo—. Toda la casa hablaba de riqueza, una riqueza que se había acumulado durante generaciones y que se mostraba de una manera cómoda, grandiosa y sin ostentación. Los antepasados del señor Buxton habían sido propietarios rurales; pero, dos o tres generaciones atrás, podrían, si hubieran sido ambiciosos, haber ocupado su lugar como la nobleza rural, tanto había aumentado el valor de sus propiedades y tan grande había sido la cantidad de sus ahorros. Ellos, sin embargo, continuaron viviendo en la antigua granja hasta que el abuelo del señor Buxton construyó la casa en Combehurst de la que estoy hablando, y entonces se sintió bastante avergonzado de lo que había hecho; parecía como salirse de su posición. Él y su esposa siempre se sentaban en la mejor cocina; y fue solo después del matrimonio de su hijo que se amueblaron los salones de recepción. Incluso entonces se mantenían con las contraventanas cerradas y los muebles cubiertos durante la vida del viejo matrimonio, que, sin embargo, se enorgullecía de añadir a los ricos y anticuados adornos y la grandiosa porcelana antigua de las estancias. Pero murieron y se reunieron con sus padres, y los jóvenes señor y señora Buxton (de cincuenta y un y cuarenta y cinco años respectivamente) reinaron en su lugar. Tuvieron el buen gusto de no hacer ningún cambio repentino; pero gradualmente las habitaciones asumieron una apariencia habitada, y su hijo y su hija crecieron disfrutando de una gran riqueza y no poco refinamiento.

Pero hasta entonces se abstenían modestamente de ponerse de ninguna manera al nivel de la gente del condado. Lawrence Buxton fue enviado a la misma escuela a la que su padre había asistido antes que él; y la idea de que fuera a la universidad para completar su educación fue, después de algunas deliberaciones, rechazada. Con el tiempo, sucedió a su padre y se casó con una dama dulce y gentil, de una familia del condado venida a menos y muy pobre, con la que tuvo un hijo antes de que ella cayera en una salud delicada. Su hermana se había casado con un hombre cuyo carácter era peor que su fortuna, y había quedado viuda. Todo el mundo pensaba que la muerte de su marido era una bendición; pero ella lo amaba, a pesar de la negligencia y muchas faltas más graves; y así, no muchos años después, murió, dejando a su hijita al cuidado de su hermano, con muchas súplicas entrecortadas de que nunca dijera una palabra en contra del padre muerto de su hija. Así que la pequeña Erminia fue llevada a casa por su tío, lleno de remordimientos, que ahora sentía cuán duramente había actuado con su hermana al romper toda comunicación con ella tras su desdichado matrimonio.

—¿Dónde está Erminia, Frank? —preguntó su padre, hablando por encima del hombro de Maggie, mientras aún sostenía su mano—. Quiero llevar a la señora Browne con tu madre. Le dije a Erminia que estuviera aquí para dar la bienvenida a esta niña.

—La llevaré con Minnie; creo que está en el jardín. Volveré contigo —asintiendo a Edward—, enseguida, y luego iremos a ver los conejos.

Así que Frank y Maggie abandonaron la gran y elevada habitación, llena de cosas extrañas y raras, y rica en libros, y se adentraron en el soleado y perfumado jardín, que se extendía a lo largo y ancho detrás de la casa. Por uno de los paseos, con un seto de rosas a cada lado, venía una pequeña hada danzarina, con largos rizos dorados y una tez como una rosa de China. Con el azul profundo del cielo de verano detrás de ella, Maggie pensó que parecía un ángel. No aceleró ni aminoró el paso cuando los vio, sino que avanzó con el mismo paso ligero y elegante.

—Date prisa, Minnie —gritó Frank.

Pero Minnie se detuvo a coger una rosa.

—No te quedes conmigo —dijo Maggie, suavemente, aunque le había cogido la mano como la de un amigo, y no sentía que los modales de la pe-

queña hada fueran particularmente cordiales o graciosos. Frank le tomó la palabra y corrió hacia Edward.

Erminia se acercó un poco más rápido cuando vio que Maggie se había quedado sola; pero durante algún tiempo después de estar juntas, no tuvieron nada que decirse. A Erminia le impresionaban fácilmente las pompas y vanidades del mundo; y el nuevo y hermoso vestido de Maggie le pareció hecho de vieja seda marrón planchada. Y aunque la voz de Maggie era suave, con un timbre plateado, pronunciaba sus palabras con el acento rústico de Nancy. Llevaba el pelo corto por todas partes; sus zapatos eran gruesos y resonaban al caminar. Erminia la trató con condescendencia, y se creyó muy amable y considerada; pero no fueron particularmente amigas. La visita prometía ser más honorable que agradable, y Maggie casi deseaba estar de nuevo en casa. Llegó la hora de la comida. La señora Buxton comió en su habitación. El señor Buxton era cordial, jovial e insistente; casi regañó a Maggie porque no quiso tomar más de dos veces de su postre favorito: pero ella recordó lo que su madre había dicho, y que la vigilarían todo el día; y esto le dio un aire un poco remilgado y peculiar, muy diferente de su habitual y suave y encantadora inconsciencia. Se imaginó que Edward y el señorito Buxton estaban tan poco a gusto el uno con el otro como ella y la señorita Harvey. Quizás este sentimiento por parte de los chicos hizo que los cuatro niños se unieran después de la comida.

—Vamos al columpio en el arboreto —dijo Frank, después de pensarlo un poco; y allá corrieron. Frank propuso que él y Edward columpiaran a las dos niñas; y por un tiempo todo fue muy bien. Pero al cabo de un rato Edward pensó que Maggie ya había tenido suficiente, y que a él le gustaría un turno; y Maggie, a su primera palabra, se bajó.

—¿No te gusta columpiarte? —preguntó Erminia.

—¡Sí! Pero a Edward le gustaría ahora. —Y Edward, en consecuencia, tomó su lugar. Frank se dio la vuelta y no quiso columpiarlo. Maggie se esforzó mucho por hacerlo, pero él era pesado y el columpio se inclinaba de manera desigual. La regañó por lo que ella no podía evitar, y finalmente saltó tan bruscamente que el asiento golpeó la cara de Maggie y la derribó. Cuando se levantó, le temblaban los labios de dolor, pero no lloró; solo miró ansiosamente su vestido. Había un gran rasgón en el faldón delantero. Entonces sí derramó lágrimas, lágrimas de espanto. ¿Qué diría su madre?

Erminia la vio llorar.

—¿Te has hecho daño? —dijo ella, amablemente—. ¡Oh, cómo se te ha hinchado la mejilla! ¡Qué niño más grosero y antipático es tu hermano!

—No sabía que iba a saltar. No lloro porque me haya hecho daño, sino por este gran rasgón en mi bonito vestido nuevo. Mamá se disgustará mucho.

—¿Es un vestido nuevo? —preguntó Erminia.

—Es nuevo para mí. Nancy se ha quedado varias noches despierta para hacerlo. ¡Oh! ¿Qué voy a hacer?

El corazoncito de Erminia se ablandó ante tal exceso de pobreza. ¡Un vestido de fiesta hecho de seda vieja y raída! Puso sus brazos alrededor del cuello de Maggie y dijo:

—Ven conmigo; iremos al tocador de mi tía, y Dawson me dará un poco de seda, y te ayudaré a remendarlo.

—Esa es una buena y amable Minnie —dijo Frank. Ned se había apartado malhumorado. No creo que los chicos volvieran a ser cordiales ese día; porque, como Frank le dijo a su madre: «Ned podría haber dicho que lo sentía; pero es un auténtico tirano con esa ratoncita parda que tiene por hermana».

Erminia y Maggie se fueron, con los brazos alrededor del cuello, al tocador de la señora Buxton. El percance las había hecho amigas. La señora Buxton yacía en el sofá; tan pálida, blanca e incolora, con su bata de muselina, que cuando Maggie vio por primera vez a la dama yaciendo con los ojos cerrados, su corazón dio un vuelco, pues pensó que estaba muerta. Pero ella abrió sus grandes y lánguidos ojos, las llamó a su lado y escuchó su historia con interés.

—Dawson está tomando el té. Mira, Minnie, en mi costurero; allí hay un poco de seda. Quítate el vestido, querida, y tráelo aquí, y déjame ver cómo se puede remendar.

—Tía Buxton —susurró Erminia—, déjame que le dé uno de mis vestidos. Este es una cosa tan vieja.

—No, amor. Te diré por qué después —respondió la señora Buxton.

Miró el rasgón y lo arregló muy bien para que las niñas lo remendaran. Erminia ayudó a Maggie con muy buena voluntad. Mientras estaban sentadas en el suelo, la señora Buxton pensó qué bonito contraste hacían; Erminia, deslumbrantemente rubia, con sus rizos dorados y su vestido azul pálido; los pequeños hombros redondos y blancos de Maggie asomando por su enagua; su pelo castaño tan brillante y liso como las avellanas a las que se parecía en color; sus largas pestañas negras cayendo sobre su mejilla clara y lisa, que habría dado la idea de delicadeza, de no ser por los labios de coral que hablaban de una salud perfecta: y cuando alzaba la vista, mostraba unos ojos largos, líquidos, de un gris oscuro. El rojo intenso de la cortina detrás hacía resaltar bien a estas dos pequeñas figuras.

Dawson subió. Era una persona grave y mayor, a la que Erminia temía mucho más que a su tía; pero a petición de la señora Buxton, terminó de remendar el vestido de Maggie.

—El señor Buxton ha invitado a algunos de los viejos amigos de tu mamá a tomar el té, ya que yo no puedo bajar. Pero creo, Dawson, que debo tener a estas dos niñitas a tomar el té conmigo. ¿Podéis estar muy quietas, queridas; o pensaréis que es aburrido?

Aceptaron gustosamente la invitación; y Erminia prometió toda clase de promesas fantasiosas sobre la quietud; y anduvo de puntillas de una manera tan laboriosa, que la señora Buxton le rogó al final que no intentara estar quieta, ya que hacía mucho menos ruido cuando no lo hacía. Fue la parte más feliz del día para Maggie. Algo en ella misma estaba tan en armonía con la dulce y resignada gentileza de la señora Buxton, que respondía como un eco, y las dos se entendían extrañamente bien. Parecían viejas amigas. Maggie, que era reservada en casa porque a nadie le importaba oír lo que tenía que decir, se abrió y contó a Erminia y a la señora Buxton todo sobre su forma de pasar el día, y describió su hogar.

—¡Qué extraño! —dijo Erminia—. He cabalgado por ese camino en Abdel-Kadr y nunca he visto tu casa.

—Es como el lugar donde vivía la Bella Durmiente; la gente a veces parece dar vueltas y vueltas a su alrededor, y nunca lo encuentra. Pero a menos que sigas un pequeño sendero de ovejas, que parece terminar en una roca gris, puedes llegar a tiro de piedra de las chimeneas y nunca verlas. Creo que te parecería muy bonito. ¿Viene alguna vez por aquí, señora?

—No, amor —respondió la señora Buxton.

—¿Pero lo hará alguna vez?

—Me temo que nunca podré volver a salir —dijo la señora Buxton, con una voz que, aunque baja, era muy alegre. Maggie pensó qué triste destino tenía ante sí; y al cabo de un rato, cogió un pequeño taburete, se sentó junto al sofá de la señora Buxton y deslizó su mano en la de ella.

La señora Browne estaba en plena marea de orgullo y felicidad abajo. El señor Buxton tenía un sinfín de bromas; que se habrían vuelto aburridas por la repetición (pues explotaba una idea divertida hasta el extremo antes de dejarla ir), de no haber sido por su jovial afabilidad y buen natural. Le gustaba hacer feliz a la gente y, en lo que a necesidades físicas se refería, tenía una rápida percepción de lo que se requería. Se sentaba como un rey (pues, a excepción del rector, no había otro caballero de su categoría en Combehurst), entre seis o siete damas, que reían alegremente de todas sus ocurrencias y evidentemente pensaban que la señora Browne había sido muy honrada al haber sido invitada a comer además de a tomar el té. Por la tarde, se ordenó el carruaje para llevarla hasta donde un carruaje podía llegar; y hubo un pequeño y misterioso apretón de manos entre su anfitrión y ella al despedirse, lo que la dejó muy curiosa por tener las luces de casa para examinar un trozo de papel crujiente que le habían puesto en la mano con unas palabras balbuceadas sobre Edward.

Cuando todos se hubieron marchado, hubo una pequeña reunión en el tocador de la señora Buxton. Marido, hijo y sobrina, todos vinieron a darle sus opiniones sobre el día y los visitantes.

—La buena señora Browne es un poco fastidiosa —dijo el señor Buxton, bostezando—. Supongo que por vivir en ese agujero del páramo. Sin embargo, creo que ha disfrutado de su día; y la invitaremos de vez en cuando, por el bien de Browne. ¡Pobre Browne! ¡Qué buen hombre era!

—No me gusta nada ese chico —dijo Frank—. Te ruego que no lo vuelvas a invitar mientras yo esté en casa: es tan egoísta y engreído; y sin embargo, es un poco esnob de vez en cuando. ¡Madre! Sé lo que quieres decir con esa mirada. ¡Bueno! Si yo soy engreído a veces, no soy un esnob.

—La pequeña Maggie es muy agradable —dijo Erminia—. ¡Qué pena que no tenga un vestido nuevo! ¿No se portó bien con eso, Frank, cuando se

lo rompió?

—Sí, es una cosita agradable, si no le quitan todo el espíritu a base de acobardarla ese hermano suyo. Agradezco que se vaya al colegio.

Cuando la señora Browne se enteró de dónde había tomado el té Maggie, se ofendió. Solo había estado sentada con la señora Buxton una hora antes de la comida. Si la señora Buxton podía soportar el ruido de los niños, no entendía por qué se encerraba en esa habitación y se daba tantos aires. Suponía que era porque era la nieta de Sir Henry Biddulph que se permitía tener tales caprichos, y no sentarse a la cabecera de su mesa, o servir el té a sus invitados de una manera civilizada y decente. ¡Pobre señor Buxton! ¡Qué vida tan triste para un hombre alegre y de corazón ligero tener una esposa así! Era bueno para él tener una compañía agradable a veces. Pensaba que se le veía mucho mejor por ver a sus amigos. Debía de estar tristemente aburrido con esa esposa enfermiza.

(Si hubiera sido clarividente en ese momento, podría haber visto al señor Buxton frotando tiernamente las manos de su esposa, y sintiendo en lo más profundo de su alma un asombro de cómo alguien tan santa podría haber llegado a amar a un patán como él; era la maravillosa y misteriosa bendición de su vida. ¡Tan poco sabemos de las verdades íntimas de los hogares, donde vamos y venimos como invitados íntimos!)

Maggie no podía soportar oír hablar de la señora Buxton como si fuera una dama distinguida que fingía estar enferma. Su corazón latía con fuerza mientras hablaba. —¡Mamá! Estoy segura de que está realmente enferma. Sus labios se ponían tan blancos; y su mano estaba tan ardiente todo el tiempo que la sostuve.

—¿Has estado cogiendo la mano de la señora Buxton? ¿Dónde estaban tus modales? Eres una criatura un poco atrevida, y siempre lo has sido. Pero no pretendas saber más que tus mayores. De nada sirve que me digas que la señora Buxton está enferma, si puede soportar el ruido de los niños.

—Creo que son todos una pandilla de engreídos, y que Frank Buxton es el peor de todos —dijo Edward.

El corazón de Maggie se hundió al oír esta forma fría y cruel de hablar de los amigos que tanto habían hecho para que su día fuera feliz. Nunca antes se había aventurado en el mundo, y no sabía cuán común y universal es la

costumbre de desmenuzar a aquellos con quienes acabamos de asociarnos; y por eso le dolió. Estaba un poco deprimida, también, con la idea de que nunca volvería a ver a la señora Buxton y a la encantadora Erminia. Como no se había hablado de futuras visitas o relaciones, se imaginó que nunca tendrían lugar; y se sintió como el hombre de las Mil y una noches, que vislumbró las piedras preciosas y las deslumbrantes glorias de la caverna, que inmediatamente después se cerró, adoptando la apariencia de una roca dura y estéril. Intentó recordar la casa. Las cortinas de color azul profundo, rojo carmesí y marrón cálido eran tan llamativas después de los chintzes claros de su propia casa; y el efecto de una serie de habitaciones que se abrían unas a otras era algo completamente nuevo para la niña; las estancias parecían desvanecerse en una vaga distancia, como los tenues finales de las naves abovedadas de la iglesia. Pero, sobre todo, intentó recordar el rostro de la señora Buxton; y Nancy finalmente tuvo que dejar su labor y acostarse, para consolar a la pobre niña, que lloraba al pensar que la señora Buxton moriría pronto y que nunca volvería a verla. Nancy quería mucho a Maggie, y no sentía celos de esta cálida admiración por la dama desconocida. Escuchó su historia y sus temores hasta que los sollozos se acallaron; y la luna se filtró por la ventana sobre los párpados blancos y cerrados de una niña que aún suspiraba en sueños.

## CAPÍTULO III.

En tres semanas, llegó el día de la partida de Edward. Un gran pastel y un paquete de pan de jengibre aliviaron sus penas al dejar su hogar.

— ¡No llores, Maggie! —le dijo en la última mañana—; ya ves que yo no lo hago. La Navidad llegará pronto, y seguro que encontraré tiempo para

escribirte de vez en cuando. ¿Nancy le puso cidra al pastel?

Maggie deseaba poder acompañar a su madre a Combehurst para despedir a Edward en el coche de línea; pero no fue posible. Fue con ellos, sin su sombrero, hasta donde su madre se lo permitió; y luego se sentó y observó su avance durante un largo, largo trecho. La sobresaltó el sonido de los cascos de un caballo, pisando suavemente entre el largo brezo. Era Frank Buxton.

— Mi padre pensó que a la señora Browne le gustaría ver el Woodchester Herald . ¿Se ha ido Edward? — dijo él, al notar su rostro triste.

— ¡Sí! Acaba de bajar la colina hacia el coche. Seguramente podrás verlo cruzar el puente pronto. Tenía tantas ganas de haber ido con él — respondió ella, mirando con anhelo hacia el pueblo.

Frank sintió pena por ella, dejada sola para mirar tras su hermano, a quien, por extraño que fuera, evidentemente echaba de menos. Después de un minuto de silencio, dijo:

— Te gustó montar el otro día. ¿Te gustaría un paseo ahora? Rhoda es muy dócil, si puedes sentarte en mi silla. ¡Mira! Acortaré el estribo. ¡Ahí está; eres una niña valiente! La llevaré con mucho cuidado. ¡Vaya, Erminia no se atrevería a montar sin una silla de montar de lado! Te diré una cosa; traeré el periódico todos los miércoles hasta que me vaya al colegio, y tendrás un paseo. Solo que ojalá tuviéramos una silla de montar de lado para Rhoda. O, si Erminia me lo permite, traeré a Abdel-Kadr, el pequeño Shetland que montaste el otro día.

— ¿Pero te dejará el señor Buxton? — preguntó Maggie, medio encantada, medio asustada.

— ¡Oh, mi padre! Por supuesto que sí. Lo tengo muy bien controlado.

Maggie quedó bastante perpleja por esta forma de hablar.

— ¿Cuándo te vas al colegio? — preguntó ella.

— Hacia finales de agosto; no sé el día.

— ¿Erminia va al colegio?

— No. Creo que lo hará pronto, si mamá no mejora. — A Maggie le gustó el cambio de voz al hablar de su madre.

— ¡Ahí tienes, pequeña dama! Ahora, salta abajo. ¡Estupendo! Tienes mucho espíritu, pequeño ratoncillo pardo.

Nancy salió, con una mirada de asombro, para recibir a Maggie.

— Es el señor Frank Buxton — dijo ella, a modo de presentación —. Le ha traído el periódico a mamá.

— ¿Quiere entrar, señor, y descansar? Puedo atar su caballo.

— No, gracias — dijo él —, debo irme. No lo olvides, ratoncilla, que debes estar lista para otro paseo el próximo miércoles. — Y se marchó.

Fue necesaria una buena dosis de la diplomacia de Nancy para procurar a Maggie este placer; aunque no sé por qué la señora Browne se lo habría negado, pues el círculo que recorrían estaba siempre a la vista desde la loma frente a la casa, si alguien se preocupaba lo suficiente como para subir y vigilarlos. Frank y Maggie se hicieron muy amigos en estos paseos. La valentía de ella le encantaba y sorprendía a él; al principio le había parecido tan acobardada y tímida. Pero solo lo era con la gente, como descubrió antes de que terminaran las vacaciones. La vio encogerse ante determinadas miradas e inflexiones de la voz de su madre; y aprendió a leerlas y a que la señora Browne le cayera mal en consecuencia, a pesar de todos sus modales azucarados hacia él. El resultado de sus observaciones se lo comunicó a su madre, y en consecuencia, fue portador de un mensaje muy cortés y ceremonioso de la señora Buxton a la señora Browne, en el sentido de que la primera estaría muy agradecida a la segunda si le permitía a Maggie bajar a caballo de vez en cuando con el mozo de cuadra, que traería los periódicos los miércoles (ahora que Frank se iba al colegio), y pasar la tarde con Erminia. La señora Browne consintió, orgullosa del honor, y sin embargo un poco molesta de que no se mencionara a ella misma. Cuando Frank se hubo despedido y desaparecido por completo, se volvió hacia Maggie.

— No debes envanecerte si vas entre esta gente distinguida. Es su forma de mostrar atención a tu padre y a mí. Y debes acordarte de trabajar el doble los jueves para compensar el juego de los miércoles.

Maggie sintió un repentino rubor y una feliz palpitación en su pequeño y agitado corazón. Apenas podía sentir pena por la partida del amable Frank, tan llena estaba de la idea de ver a su madre, que se había asociado extrañamente en sus sueños, tanto dormida como despierta, con las tranquilas y

serenas efigies de mármol que yacían por siempre con las manos juntas en oración en las tumbas con dosel de la iglesia de Combehurst. Toda la semana fue una feliz estación de anticipación. Temía que su madre estuviera secretamente irritada por su natural regocijo; y por eso no le habló de ello, pero se mantuvo despierta hasta que Nancy se acostó, y vertió en sus comprensivos oídos cada detalle, real o imaginario, de su pasada o futura relación con la señora Buxton, y la vieja sirvienta escuchó con interés, y adoptó la costumbre de imaginar el futuro con la facilidad y sencillez de un niño.

— ¡Supón, Nancy! Solo supón, ya sabes, que ella muriera. No me refiero a morir de verdad, sino a entrar en un trance como la muerte; parecía estar en uno cuando la vi por primera vez; yo no la dejaría, sino que me sentaría a su lado, y la vigilaría, y la vigilaría.

— Sus labios estarían siempre frescos y rojos — interrumpió Nancy.

— Sí, ya sé que me has contado antes cómo se mantienen rojos... los miraría con mucha atención; intentaría no dormirme nunca.

— Lo importante sería que dejaran agujeros de aire en el ataúd. — Pero Nancy sintió a la niña acurrucarse junto a ella ante la sombría sugerencia, y, con el tacto del amor, cambió de tema.

— O supongamos que pudiéramos encontrar a un médico que pudiera ahuyentar la enfermedad con un hechizo. Los había en mis tiempos mozos; pero no creo que la gente sea tan sabia ahora. A Peggy Jackson, que vivía cerca de nosotros cuando yo era niña, la curaron de una consunción con un hechizo.

— ¿Qué es una consunción, Nancy?

— Es simplemente un languidecer. La comida no los alimenta ni la bebida los fortalece, sino que simplemente se apagan, y se vuelven más y más delgados, hasta que su sombra parece gris en lugar de negra a mediodía; pero él la curó en un santiamén con un hechizo.

— ¡Oh, si pudiéramos encontrarlo!

— ¡Niña, él está muerto, y ella también, hace mucho tiempo!

Mientras Maggie, en su imaginación, recorría páramos y colinas, adentrándose en las hondonadas de las lejanas y misteriosas montañas, donde

imaginaba que habitaban todas las bestias extrañas y gentes fantásticas, se quedó dormida.

Tales eran los pensamientos fantasiosos que se engendraban en la mente de la niña por su vida recluida y solitaria. Era más solitaria que nunca, ahora que Edward se había ido al colegio. La casa echaba de menos su voz alta y alegre, y su presencia arrolladora. Parecía haber mucho menos que hacer, ahora que sus numerosas necesidades ya no exigían atención y cuidados. Maggie hacía su tarea en su propia roca gris; pero como la terminaba antes, ahora que él no estaba allí para interrumpirla y llamarla, solía vagar por el sendero del páramo detrás de la casa; un pequeño y empinado sendero pedregoso, más parecido a escaleras talladas en la roca que a lo que nosotros, en la llanura, llamamos sendero: llegaba hasta el páramo ancho y abierto, y cerca de su final había un espino nudoso; el único árbol en millas a la redonda. Allí las ovejas se acurrucaban bajo las tormentas, o se paraban y se cobijaban del calor del mediodía. El suelo estaba marrón con las huellas hendidas y redondas de sus pezuñas; y mechones de lana colgaban de la parte inferior del tronco, como ofrendas votivas en algún santuario. Aquí solía venir Maggie a sentarse y soñar en cualquier escasa media hora de ocio. Aquí venía a llorar, cuando su corazoncito estaba demasiado lleno por las agudas críticas de su madre, o cuando le ordenaban que se apartara y no molestara. Solía mirar la ondulante extensión del páramo, y las lágrimas se secaban por el suave y bajo viento que venía suspirando a lo largo de él. Olvidaba sus pequeñas penas domésticas para preguntarse por qué una sombra pardo-púrpura siempre surcaba una parte particular a plena luz del sol; por qué las sombras de las nubes siempre parecían ser arrastradas con un movimiento lateral; o imaginaba qué había más allá de aquellas viejas y grises colinas sagradas, que parecían sostener las blancas nubes del Cielo en las que los ángeles volaban. O miraba directamente hacia arriba a través del aire tembloroso, todo el tiempo que podía soportar su blanco deslumbrante, para tratar de ver el trono de Dios en esa insondable e infinita profundidad de azul. Pensaba que lo vería resplandecer súbita y gloriosamente, si tan solo estuviera llena de fe. Siempre bajaba del espino, consolada y dócilmente gentil.

Pero existía el peligro de que la niña se volviera soñadora y encontrara su placer en la vida en la ensoñación, no en la acción, ni en la resistencia, ni en el santo descanso que viene después de ambas y prepara para futuros es-

fuerzos o sufrimientos. La amabilidad de la señora Buxton evitó este peligro justo a tiempo. Fue en parte por interés en Maggie, pero también en parte para darle a Erminia una compañera, que deseaba que la primera bajara a Combehurst.

Cuando estaba en estas visitas, no recibía ninguna instrucción regular; y sin embargo, todo el conocimiento, y la mayor parte de la fuerza de su carácter, se derivaba de estas horas ocasionales. Es cierto que su madre le había dado lecciones diarias de lectura, escritura y aritmética; pero tanto la maestra como la alumna sentían estas más como deberes dolorosos que debían cumplirse, que como medios para un fin. El «¡Ahí está, niña; ya hemos terminado con eso!» de alivio de la señora Browne, era repetido de corazón en el pecho de Maggie, al concluir la aburrida rutina.

La señora Buxton no hacía del enseñar una labor preestablecida; supongo que sentía que se aprendía mucho de su supervisión, pero nunca pensó en hacer o decir algo con la idea latente de su efecto indirecto sobre las niñas, sus compañeras. Era simplemente ella misma; incluso confesaba (cuando la confesión era necesaria) sus defectos, sus faltas, y nunca negaba la fuerza de las tentaciones, ya fueran las que acosaban a los niños pequeños, o las que ocasionalmente la asaltaban a ella. Pura, sencilla y veraz hasta la médula, su vida, en sus horas y días sin acontecimientos, pronunciaba muchas homilías. Maggie, que era seria, imaginativa y algo peculiar, se esmeraba en encontrar palabras para expresar los pensamientos a los que su vida solitaria había dado lugar, segura de la pronta comprensión y simpatía de la señora Buxton.

—Se parece tanto a una nube —le dijo a la señora Buxton—. Allá en el espino, era muy curioso cómo las nubes solían tomar forma, según estuviera yo contenta o triste. He visto las mismas nubes que, cuando subí por primera vez, parecían un montón de pequeños montículos de nieve sobre tumbas de bebés, convertirse, tan pronto como me sentía más feliz, en una especie de larga y brillante fila de ángeles. Y usted parece siempre haber tenido alguna pena cuando estoy triste, y volverse brillante y esperanzada tan pronto como me alegro. ¡Querida señora Buxton! Ojalá Nancy la conociera.

La alegre, volátil, voluntariosa y afectuosa Erminia era menos seria en todas las cosas. Su infancia había transcurrido entre las distracciones de la

riqueza; y apasionadamente empeñada en la consecución de algún objeto en un momento, al siguiente se enfadaba si se le recordaba la ansiedad desvanecida que había mostrado un instante antes. Su vida era un espejo roto; cada parte deslumbrante y brillante, pero carente de la coherencia y perfección de un todo. La señora Buxton se esforzaba por llevarla a un sentido de la belleza de la completitud, y de la relación que las cualidades y los objetos guardan entre sí; pero en todo su esfuerzo, mantenía el hilo dorado de la simpatía. Entraba en el afán de Erminia, aunque el objeto de este variara veinte veces al día; pero poco a poco, a su manera suave, dulce y sugerente, colocaba todos estos objetos en sus lugares correctos y apropiados, según fueran dignos de deseo. No sé cómo era, pero todas las discordias y fragmentos desordenados parecían entrar en armonía y orden ante su presencia.

No deseaba convertir a las dos niñas en el mismo tipo de carácter modélico. Eran tan diversas como el lirio y la rosa. Pero intentaba dar estabilidad y seriedad a Erminia; mientras que se proponía dirigir la imaginación de Maggie, para convertirla en una gran servidora de altos fines, en lugar de contribuir simplemente a la viveza y duración de una ensoñación.

Le contaba historias de santos y mártires, y de todas las santas heroínas, que se olvidaban de sí mismas y se esforzaban solo por ser «ministras de Él, para hacer su voluntad». Las lágrimas brillaban en los ojos de la oyente y de la que hablaba, mientras hablaba con su voz baja y débil, que a veces casi se ahogaba cuando llegaba a la parte más noble de todas.

Pero cuando descubrió que Maggie corría el peligro de convertirse en una habitante demasiado poco del presente, por el hábito de anticipar la ocasión para alguna gran acción heroica, habló de otras heroínas. Le contó cómo, aunque las vidas de estas mujeres de antaño solo nos son conocidas a través de algún hecho notable y glorioso, sin embargo debieron construir el templo de su perfección con muchas historias silenciosas; cómo, mediante pequeñas ofrendas diarias depositadas en el altar, debieron obtener su hermosa fuerza para el sacrificio supremo. Y entonces se volvía y hablaba de aquellas cuyos nombres nunca serán blasonados en la tierra: alguna pobre sirvienta, o un artesano muy trabajador, o una institutriz cansada, que han seguido adelante por la vida tranquilamente, con santos propósitos en sus corazones, a los que entregaron el placer y la comodidad, en una suave y

silenciosa sucesión de días resueltos. Citaba aquellos versos de George Herbert:

«Todos pueden tener,

Si se atreven a elegir, una vida gloriosa, o una tumba».

Y la madre de Maggie estaba decepcionada porque la señora Buxton nunca se había ofrecido a enseñarle «a tocar el piano», que para ella era la cúspide de una educación distinguida. Maggie, en todo su anhelo de convertirse en Juana de Arco o en alguna gran heroína, era inconsciente de que ella misma mostraba no poco heroísmo al soportar con mansedumbre lo que sufría cada día por parte de su madre. Era duro ser interrogada sobre la señora Buxton, y que luego sus respuestas se convirtieran en temas de desprecio y crítica hacia las maneras de aquella dulce dama.

Cuando Ned volvió a casa por las vacaciones, tenía mucho que contar. Su madre escuchaba durante horas sus historias, y observaba con orgullo todo lo que podía notar de su progreso en el aprendizaje. Sus cuadernos de caligrafía y sus florituras escritas eran un espectáculo digno de ver; y sus libros de cuentas contenían torres y pirámides de cifras.

—¡Vaya, vaya! —dijo el señor Buxton, cuando se los mostraron—; ¡esto es magnífico! Cuando yo era niño podía hacer un águila volando con un solo trazo de mi pluma, pero nunca pude hacer todo esto. Y sin embargo me consideraba un gran tipo, te lo aseguro. ¡Y estas sumas! ¡Vaya, hombre! Debo hacerte mi agente. Necesito uno, estoy seguro; porque aunque contrato a un contable cada dos o tres años para que ponga mis libros en orden, de alguna manera se las arreglan para volver a desordenarse. Esas canteras, señora Browne, que todo el mundo dice que son tan valiosas, y por la piedra de las cuales recibo pedidos que ascienden a cientos de libras, ¿qué cree que fue el beneficio que obtuve el año pasado, según mis libros?

—Estoy segura de que no lo sé, señor; algo muy grande, no tengo ninguna duda.

—Exactamente siete peniques y tres cuartos —dijo, estallando en una carcajada tan alegre como la que otro hombre habría reservado para el anuncio de enormes beneficios—. Pero debo gestionar las cosas de otra manera pronto. Frank necesitará dinero cuando vaya a Oxford, y lo tendrá. Soy un tipo un poco rudo, pero Frank ocupará su lugar como un caballero.

¡Ah, señorita Maggie! ¿Y dónde está mi pan de jengibre? Ahí vas, acercándote a la señora Buxton un miércoles, y aún no le has enseñado a la cocinera a hacer pan de jengibre. Bueno, Ned, ¿y cómo van los clásicos? ¡Gran tipo, ese Virgilio! A ver, ¿cómo empieza?

«Arma, virumque cano, Trojae qui primus ab oris».

Eso está bastante bien, creo, considerando que no lo he abierto desde que dejé la escuela hace treinta años. Claro que pasaba seis horas al día con él cuando estaba allí. Vamos ahora, te pondré a prueba. ¿Puedes traducir esto?

«Infir dealis, inoak noneis; inmud eelis, inclay noneis».

—Claro que puedo —dijo Edward, con un ligero desprecio en su tono—. ¿Puede usted con esto, señor?

«Apud in is almi des ire,  
Mimis tres i neve require,  
Alo veri findit a gestis,  
His miseri ne ver at restis».

Pero aunque Edward había progresado mucho y ganado tres premios, su formación moral había sido poco atendida. Era más tiránico que nunca, tanto con su madre como con Maggie. Era una batalla reñida entre él y Nancy, y se mantenían alejados el uno del otro tanto como era posible. Maggie cayó en su antigua y humilde costumbre de someterse a su voluntad, siempre que no fuera en contra de su conciencia; pero esta, siendo iluminada diariamente por sus hábitos de pensamiento piadoso y aspirante, no le permitía ser tan completamente obediente como antes. Además de su imperiosidad, había aprendido a atribuir la idea de inteligencia a diversas artimañas y subterfugios que la repugnaban por completo por su mezquindad.

—Estás tan engreída por ser íntima de Erminia que no haces nada de lo que te digo; eres tan egoísta y voluntariosa como... —hizo una pausa. Maggie estaba a punto de llorar.

—Haré cualquier cosa, Ned, que sea correcta.

—¡Bueno! Y yo te digo que esto es correcto.

—¿Cómo puede serlo? —dijo ella, tristemente, casi deseando ser convencida.

—Cómo... pues lo es, y eso es suficiente para ti. Ahora siempre tienes que tener una razón para todo. No eres ni la mitad de agradable que antes. A menos que uno discuta contigo y te convenza con un largo argumento, no harás nada. Sé obediente, te digo. Eso es lo que una mujer tiene que ser.

—Podría ser obediente a algunas personas, sin conocer sus razones, aunque me dijeran que hiciera cosas tontas —dijo Maggie, casi para sí misma.

—Me gustaría saber a quién —dijo Edward, con desdén.

—A Don Quijote —respondió ella, seriamente; pues, en verdad, él estaba presente en su mente en ese momento, y su noble, tierno y melancólico carácter había dejado una fuerte impresión en ella.

Edward la miró fijamente por un momento, y luego estalló en una sonora carcajada. Tuvo el buen efecto de devolverle un mejor estado de ánimo. Tenía una broma tan excelente contra su hermana que no podía enfadarse con ella. La llamó Sancho Panza el resto de las vacaciones, aunque ella protestaba, diciendo que no soportaba al escudero y no le gustaba que la llamaran por su nombre.

Frank y Edward parecían tener una antipatía mutua, y la frialdad entre ellos aumentó en lugar de disminuir a pesar de todos los esfuerzos del señor Buxton por unirlos. —¡Vamos, Frank, muchacho! —decía él—, no seas tan rígido con Ned. Su padre fue un querido amigo mío, y me he propuesto veros como amigos. Tendrás la oportunidad de ayudarlo en el mundo.

Pero Frank respondía: —No es del todo honorable, señor. No soporto a un chico que no es del todo honorable. ¡Los chicos educados en esas escuelas privadas están llenos de tretas!

—No, muchacho, en eso te equivocas. Yo fui educado en una escuela privada, y nadie puede decir que alguna vez me haya ensuciado las manos con una treta en mi vida. El buen viejo señor Thompson le habría dado una paliza a un chico que hiciera algo mezquino o rastrero.

## CAPÍTULO IV.

Los veranos y los inviernos iban y venían, con poco que los distinguiera, excepto el crecimiento de los árboles y el tranquilo progreso de las jóvenes criaturas. Erminia fue enviada a un colegio en algún lugar de Francia para recibir una instrucción más regular de la que podía tener en casa con su tía inválida. Pero volvía a casa una vez al año, más encantadora, elegante y delicada que nunca; y Maggie pensaba, con razón, que los años de madurez estaban atenuando su volatilidad, y que las sabias palabras de su tía, como el rocío, habían calado hondo y fertilizado la tierra. Aquella tía se estaba apagando. La devoción de Maggie contribuía materialmente a su felicidad; y tanto ella como Maggie nunca olvidaron que esta devoción debía estar en todo supeditada al deber que tenía para con su madre.

—Mi amor —había dicho la señora Buxton más de una vez—, debes recordar siempre que tu primer deber es para con tu madre. Sabes lo contenta que estoy de verte; pero siempre entenderé cómo es, si no vienes. A menudo puede necesitarte cuando ni tú ni yo podemos anticiparlo.

La señora Browne no tenía gran deseo de retener a Maggie en casa, aunque le gustaba quejarse de que se fuera. Aun así, sentía que era lo mejor, en todos los sentidos, mantener buenas relaciones con amigos tan valiosos; y apreciaba, en cierta medida, la ventaja que para Maggie suponía su intimidad en aquella casa. Pero aun así no podía reprimir algunas quejas, ni dejar de hacerle, a su regreso, una recapitulación de todas las cosas que se podrían haber hecho si ella hubiera estado en casa, y el número de veces que la habían necesitado; pero cuando descubrió que Maggie renunciaba tranquilamente a su visita del miércoles siguiente tan pronto como se le hacía saber de alguna necesidad de su presencia en casa, su madre dejó de quejarse y apenas prestó atención a su ausencia.

Cuando llegó el momento de que Edward dejara la escuela, anunció que no tenía intención de ordenarse, sino que quería ser abogado.

—Es un trabajo muy lento —le dijo a su madre—. Uno se afana durante cuatro o cinco años, y luego consigue una coadjutoría de setenta libras al año, y un sinfín de trabajo por ese dinero. Ahora bien, el trabajo no es mucho más duro en el despacho de un abogado, y si uno tiene la cabeza sobre los hombros, se pueden ganar cientos y miles de libras al año con muy poco esfuerzo.

La señora Browne lamentó mucho esta determinación. Tenía un gran deseo de ver a su hijo clérigo, como su padre. No consideró si su carácter era adecuado para un oficio tan sagrado; más bien pensaba que la profesión misma, una vez asumida, purificaría el carácter; pero, de hecho, su idoneidad o no para las órdenes sagradas apenas entraba en su mente. Tenía respeto por la profesión, y su padre había pertenecido a ella.

—Preferiría verte coadjutor con setenta libras al año, que abogado con setecientas —respondió ella—. Y sabes que a tu padre siempre lo invitaban a cenar a todas partes, a lugares donde sé que no habrían invitado al señor Bish, de Woodchester, y él gana mil libras al año. Además, el señor Buxton tiene la próxima presentación a Combehurst, y tendrías una buena oportunidad por el bien de tu padre. Y mientras tanto vivirías aquí, si tu coadjutoría estuviera cerca.

—¡Ya lo creo! ¡A mí no me pillan enterrándome aquí otra vez! Mi querida madre, es un lugar muy respetable para que viváis tú y Maggie, y seguro que no os parece aburrido; ¡pero la idea de que yo me instale tranquilamente aquí es algo demasiado absurdo!

—Papá lo hizo, y fue muy feliz —dijo Maggie.

—¡Sí! Después de haber estado en Oxford —replicó Edward, un poco desconcertado por esta referencia a alguien cuya memoria hasta el más egoísta y desconsiderado debía tener en respeto.

—¡Bueno! Y sabes que tendrías que ir a Oxford primero.

—¡Maggie! Ojalá no te metieras entre mi madre y yo. Quiero que esto se resuelva de una vez, y eso nunca ocurrirá si sigues entrometiéndote. Ahora, madre, ¿no ves cuánto mejor será para mí entrar en el despacho del señor Bish? Harry Bish ya ha hablado con su padre al respecto.

La señora Browne suspiró.

—¿Qué dirá el señor Buxton? —preguntó ella, con tristeza.

—¡Decir! ¿Por qué no ves que fue él quien me lo metió en la cabeza, al decirme en aquellas primeras vacaciones de Navidad que yo sería su agente? Eso sería algo, ¿no es así? Harry Bish dice que cree que se podrían sacar mil libras al año de ello.

Su forma de hablar, alta, decidida y rápida, abrumó a la señora Browne; pero ella se resignó a sus deseos con más pesar que nunca. No era el primer caso en el que la declamación fluida había ocupado el lugar del argumento.

Edward entró como aprendiz en el despacho del señor Bish, y así se salió con la suya. No había nadie con poder para oponerse a sus deseos, excepto su madre y el señor Buxton. La primera había reconocido desde hacía tiempo la voluntad de su hijo como su ley; y el segundo, aunque sorprendido y casi decepcionado por un cambio de propósito que nunca había anticipado en sus planes para el beneficio de Edward, dio su consentimiento, e incluso adelantó parte del dinero necesario para la prima.

Maggie contempló este cambio con sentimientos encontrados. Siempre, desde niña, se había imaginado a Edward ocupando el lugar de su padre. Cuando había pensado en él como un hombre, era como contemplativo, serio y gentil, como recordaba a su padre. Con toda la deficiencia de razonamiento de una niña, nunca había considerado lo imposible que era que un muchacho egoísta, vanidoso e impaciente se convirtiera en un hombre manso, humilde y piadoso, simplemente adoptando una profesión en la que se requieren tales cualidades. Pero ahora, a los dieciséis años, empezaba a comprender todo esto. No por ningún proceso de pensamiento, sino por algo más parecido a un sentimiento correcto, percibió que Edward nunca sería el verdadero ministro de Cristo. Así, más contenta y agradecida que triste, aunque la tristeza se mezclaba con sus sentimientos, se enteró de la decisión de que sería abogado.

Frank Buxton, durante todo este tiempo, se estaba convirtiendo en un joven. Las esperanzas tanto del padre como de la madre estaban puestas en él; y, según la diferencia de sus caracteres, era la diferencia de sus esperanzas. Parecía, en efecto, probable que el señor Buxton, que era singularmente ajeno a la mundanidad o la ambición para sí mismo, se volvería mundano y ambicioso por su hijo. Sus esperanzas para Frank eran todas de honor y distinción aquí. Las esperanzas de la señora Buxton eran oraciones. Se estaba

desvaneciéndose, como la luz se desvanece en la oscuridad en una tarde de verano. Nadie parecía notar el progreso gradual; pero ella era plenamente consciente de ello. La última vez que Frank estuvo en casa desde la universidad antes de su muerte, ella supo que no volvería a verlo; y cuando él salió alegremente de la casa, con una alegría que era en parte fingida, ella se arrastró con pasos lánguidos a una habitación en la parte delantera de la casa, desde la cual podía observarlo bajar por la larga y serpenteante callejuela que conducía a la posada de la que partía el coche de línea. Mientras caminaba, se volvió para mirar su casa; y allí vio la figura blanca de su madre mirándolo. No pudo ver sus ojos anhelantes, pero hizo que el pobre corazón de ella diera un salto de alegría al darse la vuelta y correr de regreso para un beso más y una bendición más.

La siguiente vez que volvió a casa, fue por la repentina llamada de su muerte.

Su padre estaba como enajenado. No podía hablar del ángel perdido sin repentinos estallidos de lágrimas, y a menudo de autorreproches, que perturbaban las ideas tranquilas, serenas y santas que a Frank le gustaba asociar con ella. Dejó de hablarle, por lo tanto, sobre su pérdida mutua; y fue un cierto tipo de alivio para ambos cuando lo hizo; pero anhelaba a alguien con quien pudiera hablar de su madre, con la tranquila reverencia de un afecto intenso y confiado. Pensó en Maggie, a quien había visto poco últimamente; pues cuando él había estado en Combehurst, ella había sentido que la señora Buxton requería menos su presencia, y se había quedado más en casa. Posiblemente la señora Buxton lo lamentó; pero nunca dijo nada. Ella, con la visión lejana de quien está cerca de la muerte, previó que, probablemente, si Maggie y su hijo se encontraban a menudo en su cuarto de enferma, podrían surgir sentimientos que se opondrían a las esperanzas y planes de su marido, y que, por lo tanto, no debía permitir que surgieran. Pero no había podido abstenerse de expresar su gratitud a Maggie por muchas horas de tranquila felicidad, y había dejado caer inconscientemente muchas frases que hicieron sentir a Frank que, en el pequeño ratoncillo parido de años anteriores, era probable que encontrara a alguien que pudiera contarle mucho de la historia íntima de su madre en sus últimos días, y con quien pudiera hablar de ella sin evocar el dolor apasionado que tan poco armonizaba con su memoria.

En consecuencia, una tarde, a finales de otoño, cabalgó hasta la casa de la señora Browne. El aire en las alturas estaba tan quieto que nada parecía moverse. De vez en cuando, una hoja amarilla caía flotando de los árboles, desprendida no por violencia externa, sino solo porque su vida había llegado a su límite y entonces cesaba. Mirando hacia los lejanos y resguardados bosques, estaban espléndidos en naranja y carmesí, pero se sentía que su esplendor era la señal del año en decadencia y moribundo. Incluso sin una pena interior, había una gran solemnidad en la estación que impresionaba la mente y la acallaba en un pensamiento tranquilo. Frank cabalgó lentamente y desmontó silenciosamente en el viejo montadero, junto al cual había una anilla de hierro para las bridas fijada en el muro de piedra gris. Vio la ventana del salón abierta, y la cabeza de Maggie inclinada sobre su labor. Ella levantó la vista cuando él entró en el patio, y sus pasos resonaron en el camino de losas. Dio la vuelta y abrió la puerta. Mientras estaba en el umbral, hablando, le llamó la atención su parecido con alguna pintura antigua. Había visto su joven y tranquilo rostro, brillando con gran paz, y los grandes, serios y pensativos ojos, dando el carácter a los rasgos que de otro modo, por su misma regularidad, podrían haber carecido. Su vestido marrón tenía el tinte exacto que un pintor habría admirado. La luz del sol, oblicua y melosa, caía sobre ella mientras estaba de pie; y las hojas de parra, ya teñidas por la escarcha, formaban un borde rico y cálido, mientras colgaban sobre la vieja puerta de la casa.

—Mamá no se encuentra bien; se ha ido a acostar. ¿Cómo está usted? ¿Cómo está el señor Buxton?

—Ambos estamos bastante bien; completamente bien, de hecho, en lo que respecta a la salud. ¿Puedo pasar? Quiero hablar contigo, Maggie.

Ella abrió la puertecilla del salón y entraron; pero durante un tiempo ambos guardaron silencio. No podían hablar de aquella que estaba con ellos, presente en sus pensamientos. Maggie cerró la ventana y puso un leño en el fuego. Se sentó de espaldas a la ventana; pero cuando la llama se avivó y ardió al contacto de la madera seca, Frank vio que su rostro estaba húmedo de lágrimas silenciosas. Aun así, su voz era uniforme y suave mientras respondía a sus preguntas. Parecía comprender cuáles eran las cosas que a él más le importaría oír. Habló de los últimos días de su madre; y sin ninguna palabra de alabanza (que, en verdad, habría sido una impertinencia), mostró una apreciación tan justa y verdadera de la que había muerto y se había ido,

que él sintió como si pudiera escuchar para siempre las dulces palabras que caían. Eran un bálsamo para su corazón dolorido. Había pensado que era posible que la repentina muerte de ella hubiera hecho su vida incompleta, en el sentido de que podría haberse marchado sin poder expresar deseos y proyectos, que ahora tendrían la fuerza sagrada de mandatos. Pero descubrió que Maggie, aunque nunca se había impuesto como tal, había sido la depositaria de muchos pequeños pensamientos y planes; o, si no se los expresaban a ella, sabía que el señor Buxton o Dawson estaban al tanto de cuáles eran, aunque, en la violencia de su primer dolor, habían olvidado mencionarlos. El brillo parpadeante de la llama se había extinguido; la penumbra de la tarde se había adueñado de la habitación, a través de cuya puerta abierta el fuego de la cocina enviaba un resplandor rojizo, claramente marcado contra la alfombra y la pared. Frank seguía sentado, con la cabeza hundida entre las manos contra la mesa, escuchando.

—Cuéntame más —decía, en cada pausa.

—Creo que ya te lo he contado todo —dijo Maggie, al fin—. Al menos, es todo lo que recuerdo por ahora; pero si pienso en algo más, me aseguraré de decírtelo.

—Gracias; hazlo. —Guardó silencio durante un tiempo.

—Erminia vuelve a casa por Navidad. No volverá a París. Vivirá con nosotros. Espero que tú y ella seáis grandes amigas, Maggie.

—Oh, sí —respondió ella—. Creo que ya lo somos. Al menos lo éramos la Navidad pasada. Sabes que hace un año que no la veo.

—Sí; fue a Suiza con Mademoiselle Michel, en lugar de volver a casa la última vez. Maggie, debo irme ya. Mi padre estará esperándome para cenar.

—¡Cenar! Iba a preguntarte si no te quedarías a tomar el té. Oigo a mamá moverse en su habitación. Y veo que Nancy está preparando las cosas. Déjame ir a decírselo a mamá. No estará contenta si no te ve. Ha sentido mucho lo vuestro —añadió, bajando la voz.

Antes de que él pudiera responder, ella subió corriendo las escaleras.

La señora Browne bajó.

—¡Oh, señor Frank! ¿Ha estado sentado a oscuras? ¡Maggie, deberías haber pedido velas! ¡Ah, señor Frank, ha tenido una triste pérdida desde que

lo vi aquí... déjeme ver... en la última semana de septiembre! Pero ella siempre fue una inválida; y sin duda su pérdida es la ganancia de ella. ¡Pobre señor Buxton, también! ¿Cómo está? Cuando uno piensa en él, y en los años de enfermedad de ella, parece una feliz liberación.

Podría haber seguido hablando indefinidamente, pero Frank no podía soportar esta agitación de su dolor sosegado, y le dijo que su padre lo esperaba en casa para cenar.

— ¡Ah! Estoy segura de que no debe decepcionarlo. Necesitará un poco de compañía alegre más que nunca ahora. No debe dejar que se obsesione con ello, señor Frank, sino desviar sus pensamientos hablando siempre de otras cosas. Estoy segura de que si hubiera tenido a alguien que me hablara de manera alegre y agradable cuando murió el pobre y querido señor Browne, nunca me habría afligido por él como lo hice; pero los niños eran demasiado pequeños, y no había nadie que viniera a distraerme con alguna noticia. Si hubiera estado viviendo en Combehurst, estoy segura de que no habría dejado que mi pena me venciera como lo hice. ¿Cree que podría organizar una partidita de whist tranquila por las noches?

Pero Frank ya le había dado la mano y se había ido. Mientras cabalgaba a casa pensó mucho en el dolor y en las diferentes formas de sobrellevarlo. Decidió que era enviado por Dios con algún propósito santo, y para hacer surgir algún bien superior; y pensó que si se aceptaba fielmente como Su decreto no habría una resistencia apasionada y desesperada a él; ni tampoco, si se reconocía con confianza que tenía algún fin sabio, nos atreveríamos a frustrarlo y defraudarlo dejándolo a un lado, y, buscando las distracciones de las cosas mundanas, no dejar que hiciera su trabajo completo. Y entonces volvió a su conversación con Maggie. Aquello había sido un verdadero consuelo para él. ¡Qué ventaja sería para Erminia tener a una chica así como amiga y compañera!

Era bastante extraño que, teniendo este pensamiento, y habiendo quedado impresionado, como dije, por la apariencia de Maggie mientras estaba en el umbral (y puedo añadir que esta impresión de su belleza discreta se había profundizado en varias entrevistas sucesivas), respondiera como lo hizo al comentario de Erminia al ver por primera vez a Maggie después de su regreso de Francia.

—¿Qué encantadora se está poniendo Maggie! Vaya, no tenía ni idea de que llegaría a ser bonita. Siempre tuvo un aspecto dulce; pero ahora su estilo de belleza la hace positivamente distinguida. ¡Frank! ¡Habla! ¿No es hermosa?

—¿Tú crees? —respondió él, con una especie de indiferencia perezosa, sumamente gratificante para su padre, que escuchaba con cierta avidez su respuesta. Ese día, después de cenar, el señor Buxton empezó a pedirle su opinión sobre la apariencia de Erminia.

Frank respondió de inmediato:

—Es una criatura deslumbrante. Su tez parece hecha de cerezas y leche; y, hay que reconocerlo, la pequeña dama ha estudiado el arte del vestir con bastante provecho en París.

El señor Buxton estuvo más cerca de la felicidad con esta respuesta de lo que nunca había estado desde la muerte de su esposa; pues la única manera que pudo idear para satisfacer su conciencia llena de remordimientos hacia su descuidada e infeliz hermana, fue planear un matrimonio entre su hijo y la hija de ella. Se frotó las manos y bebió dos copas de vino de más.

—Invitaremos a los Browne a cenar, como de costumbre, el próximo jueves —dijo—, estoy seguro de que a tu madre le habría dolido que lo hubiéramos omitido; hace ya nueve años que empezaron a venir, y no han faltado a ninguna Navidad desde entonces. ¿Ves alguna objeción, Frank?

—Ninguna en absoluto, señor —respondió él—. Tengo la intención de ir a la ciudad poco después de Navidad, por una semana o diez días, de camino a Cambridge. ¿Puedo hacer algo por usted?

—Bueno, no sé. Creo que iré yo mismo algún día de estos. No entiendo todas estas cartas de abogados sobre la compra de la finca de Newbridge; y me parece que entendería más si viera al señor Hodgson.

—Ojalá adoptara mi plan de tener un agente, señor. Sus asuntos son realmente tan complicados ahora, que ocuparían el tiempo de un hombre de negocios experto. Estoy seguro de que todos esos inquilinos de Dumford deberían ser supervisados.

—Sí que los superviso. No hay ni uno que se atreva a engañarme, o que me engañaría si pudiera. La mayoría de ellos han vivido bajo los Buxton

durante generaciones. Saben que si se atrevieran a aprovecharse de mí, caería sobre ellos con bastante dureza.

—¿Confía en su apego a su familia, o en su idea de la severidad de usted?

—En ambos. Me ahorran muchos problemas de contabilidad, y esas eternas cartas de abogados que algunas personas siempre están enviando a sus inquilinos. Cuando me engañen, Frank, te doy permiso para que contrate un agente, pero no hasta entonces. Ahí está mi pequeña Erminia cantando, y nadie que la escuche.

## CAPÍTULO V.

El día de Navidad fue extraño y triste. La señora Buxton siempre se las había arreglado para estar en el salón, lista para recibirlos a todos después de la cena. El señor Buxton intentaba ahuyentar sus pensamientos sobre ella hablando mucho; pero de vez en cuando miraba con anhelo hacia la puerta. Erminia se esforzó por estar lo más animada posible, para, si era posible, llenar el vacío. Edward, que había venido de Woodchester a dar un paseo, tenía mucho que decir; y fue, inconscientemente, de gran ayuda con su interminable flujo de charla trivial bastante ingeniosa. Su madre se sentía orgullosa de su hijo y de su nuevo chaleco, que era mucho más conspicuamente de la última moda de lo que podría decirse del de Frank. Después de la cena, cuando el señor Buxton y los dos jóvenes se quedaron solos, Edward se explayó aún más. Pensaba que estaba impresionando a Frank con su conocimiento del mundo y de las costumbres del mundo. Pero estaba haciendo todo lo posible por repeler a alguien que nunca se había sentido muy atraído por él. El éxito mundano era su criterio de mérito. El fin parecía jus-

tificar los medios para él; si un hombre prosperaba, no era necesario escudriñar su conducta con demasiada atención. La ley era vista en su aspecto más bajo; y sin embargo, con una cierta inteligencia, que preservaba a Edward de ser intelectualmente despreciable. Frank había albergado alguna idea de estudiar para ser abogado él mismo: no tanto como medio de vida, sino para hacerse una idea del código que hace y muestra la conciencia de una nación: pero los detalles de Edward sobre las formas en que la letra a menudo burla al espíritu, lo hicieron retroceder. Con algo de ira contra sí mismo, por ver la profesión con disgusto porque era degradada por quienes la abrazaban, en lugar de considerarla como lo que podría ser ennoblecida y purificada hasta convertirse en una vasta inteligencia por hombres de mente alta y pura, se levantó bruscamente y salió de la habitación.

Las chicas estaban sentadas junto al fuego del salón, con las velas sin encender sobre la mesa, hablando, sintió él, sobre su madre; pero cuando entró, se levantaron y cambiaron de tono. Erminia fue al piano y cantó sus aires franceses más nuevos y selectos. Frank estaba sombrío y silencioso; pero cuando ella cambió a una música más solemne, su humor se suavizó. La admiración sencilla y sincera de Maggie, sin el más mínimo matiz de envidia por los logros de Erminia, lo encantó. Una le parecía la perfección del arte elegante, la otra, de la gracia natural. Cuando miraba a Maggie y pensaba en el hogar del páramo del que nunca se había alejado, los versos misteriosamente hermosos de Wordsworth parecieron volverse claros como el sol para él.

«Y acercará su oído

a muchos rincones secretos

donde los arroyos danzan en su errante curso,

y la belleza nacida del murmullo

se grabará en su rostro».

El señor Buxton, en el comedor, realmente estaba empezando a interesarse en los intrincados casos de Edward. Eran como trucos de cartas. Un movimiento rápido, y del montón poco prometedor, todo confundido, ¡presto!, la carta correcta aparecía. Edward exponía su caso, de modo que no parecía haber resquicio para el veredicto deseado; pero a través de alguna conjura, siempre salía a flote al final. Tenía una forma gráfica de relatar

las cosas; y, como no escatimaba epítetos en su designación de la parte contraria, el señor Buxton dio por sentado que el demandado o el fiscal (según el caso) era un «leguleyo sinvergüenza» o un «avaro cascarrabias», y se regocijaba en consecuencia del triunfo sobre él obtenido por el ingenio rápido de «nuestro jefe», el señor Bish. Al final, quedó tan profundamente impresionado con el conocimiento de la ley de Edward, que lo consultó sobre unas propiedades de cabañas que tenía en Woodchester.

—Creo que son veintiuna cabañas, y no me rinden ni cuatro libras al año; y de eso tengo que pagar por la recaudación. ¿Habría alguna posibilidad de venderlas? Están en la calle Doughty; un mal barrio, me temo.

—Muy malo —fue la pronta respuesta de Edward—. Pero si realmente está ansioso por efectuar una venta, no dudo que podría encontrar un comprador en poco tiempo.

—Le estaría muy agradecido —dijo el señor Buxton—. Me haría un favor. Si encuentra un comprador y puede gestionar el asunto, preferiría que usted redactara las escrituras para la transferencia de la propiedad. Sería el comienzo de un negocio para usted; y solo espero traerle buena suerte.

Por supuesto, Edward podía hacer esto; y cuando se levantaron de la mesa, fue con un sentimiento por su parte de que estaba un paso más cerca de la agencia que codiciaba; y con una feliz conciencia por parte del señor Buxton de haber puesto unas cuantas libras en el camino de un joven meritorio y notablemente inteligente.

Desde que Edward se había ido de casa, Maggie había ido ganando, gradual pero seguramente, en importancia. Su juicio y su incansable altruismo no podían dejar de abrirse paso. Su madre sentía cierto respeto y una gran dependencia de ella; pero aun así, apenas era afecto lo que sentía por ella; o si lo era, era un tipo de sentimiento apagado y aletargado, comparado con el tierno amor y el exultante orgullo que sentía por Edward. Cuando él volvía para vacaciones ocasionales, el rostro de su madre resplandecía de felicidad, y sus modales hacia él eran incluso más cariñosos de lo que él aprobaba. Cuando Maggie lo vio apartar la mano que gustosamente habría acariciado su cabello como en días de infancia, un anhelo surgió en su corazón por algunas de estas descuidadas muestras de amor de su madre. Por lo demás, ella se hundía dócilmente en su antiguo lugar secundario, contenta de que su juicio fuera despreciado y sus deseos no fueran consultados mientras él

se quedaba. A veces, ahora empezaba a desaprobar y lamentar algunas cosas en él; su ostentación en los modales chocaba con su gusto; y un sentimiento más profundo y grave era provocado por su evidente falta de rápida percepción moral. «Inteligente y astuto», o «lento y torpe», ocupaban en él el lugar de «correcto e incorrecto». Por poco que él lo pensara, él mismo era de mente estrecha y torpe; lento y ciego para percibir la belleza y la sabiduría eterna de la simple bondad.

Erminia y Maggie se hicieron grandes amigas. Erminia solía suplicar por Maggie, hasta que ella misma puso fin a la práctica; pues vio que su madre cedía con más frecuencia de lo conveniente, por el honor de tener a su hija como invitada en casa del señor Buxton, de lo cual podía hablar con sus pocos conocidos que perseveraban en visitar la cabaña. Entonces Erminia se ofreció voluntaria para una visita de algunos días a Maggie, y el orgullo de la señora Browne se redobló; pero hizo tantos preparativos, y tanto alboroto, y se tomó tantas molestias, que estuvo positivamente enferma durante la estancia de Erminia; y Maggie sintió que en adelante debía negarse el placer de tener a su amiga como invitada, ya que no se podía persuadir a su madre de que no intentara proporcionar las cosas con la misma abundancia y estilo a los que Erminia estaba acostumbrada en casa; mientras que, como Nancy observó sagazmente, la joven dama no sabía si estaba comiendo gelatina o gachas, o si los platos eran de loza común o la mejor porcelana, mientras estuviera con su querida señorita Maggie. La primavera se fue y llegó el verano. Frank había ido y venido entre Cambridge y Combehurst, atraído por motivos cuya fuerza sentía, pero que no se preocupaba por examinar. Edward había vendido la propiedad del señor Buxton; y este, complacido con la posesión de la mitad del dinero de la compra (el resto del cual se pagaría a plazos), y feliz con la idea de que su hijo viniera tan frecuentemente a ver a Erminia, había recompensado ampliamente al joven abogado por sus servicios.

Un día de verano, tan caluroso como puede serlo un día, Maggie había estado ocupada toda la mañana; pues el tiempo era tan bochornoso que no permitió que ni Nancy ni su madre se esforzaran mucho. Había bajado con la vieja jarra marrón, coetánea suya, al manantial a por agua; y mientras goteaba, haciendo una música tintineante, se sentó en el suelo. El aire estaba tan quieto que oyó el arrullo de las lejanas palomas torcaces; y a su alrededor las abejas murmuraban afanosamente entre el brezo en flor. Por

algún pequeño toque de simpatía con estos bajos sonidos de agradable armonía, empezó a intentar tararear algunos de los aires de Erminia. Nunca cantaba en voz alta, ni ponía letra a sus canciones; pero su voz era muy dulce, y era un gran placer para ella dejarla convertirse en música. Justo cuando su jarra se llenó, se sobresaltó por la repentina aparición de Frank. Pensó que estaba en Cambridge y, por alguna u otra causa, su rostro, normalmente tan pálido, se tornó del más vivo escarlata. Ambos estaban demasiado cohibidos para hablar. Maggie se agachó (murmurando algunas palabras de sorpresa) para coger su jarra.

—No te vayas todavía, Maggie —dijo él, poniendo su mano sobre la de ella para detenerla; pero, de alguna manera, cuando ese propósito se cumplió, olvidó quitarla—. He venido desde Cambridge para verte. No podía soportar más la incertidumbre. Me impacienté tanto por tener alguna certeza, que fui a la ciudad anoche, para sentirme en camino hacia ti, aunque sabía que no podría estar aquí ni un poco antes por hacerlo. Maggie... querida Maggie, ¡cómo tiembles! ¡Te he asustado? Nancy me dijo que estabas aquí; pero fue muy desconsiderado aparecer tan de repente.

No fue la repentina aparición de él; fue la repentina agitación de su propio corazón, que saltó con los sentimientos provocados por sus palabras. Se puso muy pálida y se sentó en el suelo como antes. Pero se levantó de nuevo inmediatamente, y se quedó de pie, con la cabeza gacha y apartada. Él le había soltado la mano, pero ahora buscó tomarla de nuevo.

—Maggie, querida, ¿puedo hablar? —Sus labios se movieron, vio él, pero no pudo oír. Una punzada de espanto le recorrió al pensar que, quizás, ella no deseaba escuchar—. ¿Puedo hablarte? —preguntó de nuevo, con bastante timidez. Ella intentó hacer sonar su voz, pero no pudo; así que miró a su alrededor. Sus suaves ojos grises fueron elocuentes en esa única mirada. Y, más feliz de lo que sus palabras, apasionadas y tiernas como eran, podían decir, habló hasta que su temblor se transformó en vivos y encendidos sonrojos, e incluso una tímida sonrisa revoloteó sobre sus labios y formó hoyuelos en sus mejillas.

El agua burbujeó sobre la jarra sin que nadie le prestara atención. Finalmente, ella recordó todo el mundo cotidiano. Levantó la jarra y habría corrido a casa, pero Frank se la quitó decididamente.

—De ahora en adelante —dijo él—, tengo derecho a llevar tus cargas. — Así que, con un brazo alrededor de su cintura y con el otro llevando el agua, subieron la empinada ladera cubierta de hierba. Cerca de la cima, ella quiso tomarla de nuevo.

—A mamá no le gustará. A mamá le parecerá muy extraño.

—Por qué, querida, si viera a Nancy llevándola por esta pendiente se la quitaría. Sería extraño que un hombre no la llevara por cualquier mujer. Pero debes dejarme decirle a tu madre mi derecho a ayudarte. Es tu hora de comer, ¿no es así? Puedo entrar a comer como uno de la familia, ¿no es así, Maggie?

—No —dijo ella suavemente. Pues anhelaba estar sola; y temía ser abrumada por la expresión de los sentimientos de su madre, débil y agitada como se sentía—. Hoy no.

—¡Hoy no! —dijo él con reproche—. Eres muy dura conmigo. Déjame venir a tomar el té. Si quieres, te dejaré ahora. Déjame venir a tomar el té temprano. Debo hablar con mi padre. No sabe que estoy aquí. Puedo venir a tomar el té. ¿A qué hora es? A las tres. Oh, sé que tomas el té a alguna extraña hora temprana; quizás sea a las dos. Me aseguraré de llegar a tiempo.

—No vengas hasta las cinco, por favor. Debo decírselo a mamá; y necesito algo de tiempo para pensar. Parece tanto un sueño. Vete, por favor.

—¡Bueno! Si debo, debo. Pero no siento que esté en un sueño, sino en algún verdadero y bendito cielo mientras te vea.

Finalmente se fue. Nancy esperaba a Maggie en la puerta lateral.

—¡Dios nos guarde, niña! ¡Cuánto tiempo te ha llevado traer el agua! ¿Se ha secado el manantial con el calor?

Maggie pasó corriendo a su lado. Durante toda la comida, oyó la voz de su madre en un largo y continuo lamento sobre algo. Respondió al azar y sobresaltó a su madre al afirmar que pensaba que «eso» estaba muy bueno; el dicho «eso» era leche agria por la tormenta. La señora Browne habló con bastante aspereza: —Nadie es tan particular como tú, Maggie. Te he visto beber agua, día tras día, para el desayuno, cuando eras una niña pequeña, porque tu taza de leche tenía una mosca ahogada; y ahora me dices que no te importa esto, y no te importa aquello, como si pudieras comerte todas las

cosas que se estropean con el calor. Declaro que me duele tanto la cabeza que me iré a acostar tan pronto como termine la comida.

Si ese era su plan, Maggie pensó que no tenía tiempo que perder para hacer su confesión. Frank estaría aquí antes de que su madre se levantara de nuevo para el té. Pero temía hablar de su felicidad; parecía hasta ahora tan delicada como una telaraña, como si un toque pudiera estropear su belleza.

—Mamá, espera un minuto. Siéntate en tu silla mientras te digo algo. Por favor, querida mamá. —Tomó un taburete y se sentó a los pies de su madre; y luego empezó a girar el anillo de bodas en la mano de la señora Browne, mirando hacia abajo y sin hablar, hasta que esta última se impacientó.

—¿Qué tienes que decir, niña? Date prisa, que quiero subir.

Con un gran arranque de resolución, Maggie dijo:

—Mamá, Frank Buxton me ha pedido que me case con él.

Escondió el rostro en el regazo de su madre por un instante; y luego lo levantó, tan rebotante de la luz de la felicidad como la copa de un nenúfar del resplandor del sol.

—Maggie... no me digas —dijo su madre, medio incrédula—. No puede ser, porque está en Cambridge, y no es día de correo. ¿Qué quieres decir?

—Vino esta mañana, madre, cuando estaba en el pozo; y acordamos que yo te lo diría; y preguntó si podía venir otra vez para el té.

—¡Cielos! ¿Y toda la leche agria? Tendríamos nuestra propia leche si Edward no me hubiera persuadido de no comprar otra vaca.

—No creo que al señor Buxton le importe mucho —dijo Maggie, con hoyuelos en las mejillas, al recordar, medio inconscientemente, lo poco que él parecía preocuparse por nada que no fuera ella misma.

—¡Vaya, qué cosa para ti! —dijo la señora Browne, completamente despertada de su languidez y su dolor de cabeza—. Todo el mundo decía que estaba comprometido con la señorita Erminia. ¿Estás segura de que no te equivocaste, niña? ¿Qué dijo? A los jóvenes les gusta mucho hacer discursos floridos; y las jóvenes son tan tontas al creer que significan algo. Una vez conocí a una chica que pensó que un caballero que le envió a su madre

un regalo de un cochinillo, lo hizo como una forma delicada de hacerle una proposición. Dime sus palabras exactas.

Pero Maggie se sonrojó, y o no quiso o no pudo. Así que la señora Browne empezó de nuevo:

— Bueno, si estás segura, estás segura. Me pregunto cómo convenció a su padre. ¡Tanto tiempo que él y Erminia han estado planeados el uno para el otro! Aquel primer día que cenamos allí después de la muerte de tu padre, el señor Buxton casi me lo contó todo. Me imaginaba que solo estaban esperando a salir del luto.

Todo esto era nuevo para Maggie. Nunca había pensado que ni Erminia ni Frank estuvieran particularmente enamorados el uno del otro; y menos aún había tenido idea de los planes del señor Buxton para ellos. La sorpresa de su madre ante su compromiso también la desconcertó un poco: se había vuelto tan natural, incluso en estas últimas dos horas, sentir que le pertenecía a él. Pero había más discordias por venir. La señora Browne empezó de nuevo, medio en soliloquio:

— Yo diría que tendrá cuatro mil libras al año. No te lo dijo, amor, ¿verdad?, si todavía tenían esa mala propiedad en el canal, de la que se quejaba su padre. Pero tendrá cuatro mil. Vaya, tendrás tu propio carruaje, Maggie. ¡Bueno! Espero que el señor Buxton se lo haya tomado bien, porque tendrá mucho que ver con los acuerdos nupciales. Estaba segura de que estaba comprometido con Erminia.

Repitiendo estos temas toda la tarde, la señora Browne se sentó con Maggie. Ocasionalmente se desviaba para hablar de Edward, y de cómo sus perspectivas futuras se verían favorecidas por el compromiso.

— A ver... está la casa de Combehurst: el alquiler sería de ciento cincuenta libras al año, pero no lo contaremos. Pero están las canteras —estaba contando con los dedos a falta de una pizarra, que había buscado en vano—, las llamaremos doscientas libras al año, porque no me creo las historias del señor Buxton de que solo le rinden siete peniques; y está Newbridge, eso son ciertamente mil trescientas... ¿dónde me había quedado, Maggie?

— Querida mamá, ve a acostarte un rato; pareces bastante acalorada — dijo Maggie, suavemente.

¿Era esta la manera de ver su compromiso con un hombre como Frank? Los comentarios de su madre la deprimieron más de lo que habría creído posible; la excitación de la mañana estaba teniendo su reacción, y anhelaba subir a la soledad bajo el espino, donde había esperado pasar una tarde tranquila y pensativa.

Nancy entró para volver a colocar vasos y cucharas en el armario. Por algún accidente, la cuidadosa y vieja sirvienta rompió uno de los primeros. Miró rápidamente a su señora, que solía castigar todas esas ofensas con no poca reprimenda.

—No te preocupes, Nancy —dijo la señora Browne—. Es solo un vaso viejo; y Maggie se va a casar, y tenemos que comprar un juego nuevo para la cena de bodas.

Nancy las miró a ambas, desconcertada; finalmente, una luz amaneció en su mente, y su rostro devolvió una mirada astuta y sabionda a la señora Browne. Luego dijo, muy tranquilamente:

—Creo que llevaré yo misma la próxima jarra al pozo y probaré suerte. ¡Y pensar lo apenada que estaba por la señorita Maggie esta mañana! «Pobrecita», me dije a mí misma, «que la tengan todo este tiempo en ese maldito pozo» (porque no negaré que a veces digo palabrotas para mis adentros, endulza la sangre), «y ella tan cansada». Incluso pensé en ir a ayudarla; pero calculo que tuvo otra ayuda. ¿Puedo adivinar el nombre del joven?

—¡Cuatro mil libras al año, Nancy! —dijo la señora Browne, exultante.

—Y una mirada alegre, y un corazón cálido y amable, y un paso libre, y una manera noble con ricos y pobres... sí, sí, conozco el nombre. No hay necesidad de alterar todas mis pulcras M.B., hechas en hilo de algodón rojo turco. ¡Bueno, bueno! A cada uno le llega su turno alguna vez, pero el mío tarda un poco en llegar.

La fiel y anciana sirvienta se acercó a Maggie y le puso la mano cariñosamente en el hombro. Maggie le echó los brazos al cuello y besó el rostro moreno y marchito.

—Que Dios te bendiga, niña —dijo Nancy, solemnemente. Aquello devolvió la suave música de la paz a los tranquilos recesos del corazón de Maggie. Empezó a buscar a su amante; medio escondida detrás de la cortina

de muselina de la ventana, que se mecía suavemente con la brisa de la tarde. Oyó un paso firme y enérgico, y solo tuvo tiempo de echar un vistazo a su rostro, antes de apartarse. Pero esa única mirada le hizo pensar que las horas que habían transcurrido desde que lo vio no habían sido serenas para él, como tampoco para ella.

Cuando entró en el salón, su rostro estaba alegre y brillante. Se acercó de manera franca y gozosa a la señora Browne, quien evidentemente estaba bastante perpleja sobre cómo recibirlo, si como el prometido de Maggie o como el hijo del hombre más importante de su círculo.

—Estoy segura, señor —dijo ella—, ¡de que todos estamos muy agradecidos por el honor que ha hecho a nuestra familia!

Él pareció bastante perplejo en cuanto a la naturaleza del honor que había conferido sin saberlo; pero a medida que la luz lo iluminó, respondió de manera franca y alegre, que sin embargo estaba llena de respeto por su futura suegra:

—Y estoy seguro de que estoy verdaderamente agradecido por el honor que un miembro de su familia me ha hecho a mí.

Cuando Nancy trajo el té, vestía su traje de domingo para el buen tiempo; la primera vez que se lo ponía fuera de la iglesia y del paseo de ida y vuelta.

Después del té, Frank le preguntó a Maggie si quería salir a caminar con él; y en consecuencia, subieron por el sendero del páramo y salieron a los páramos, que parecían vastos e ilimitados como su amor.

—¿Se lo has dicho a tu padre? —preguntó Maggie; una tenue ansiedad acechaba en su corazón.

—Sí —dijo Frank. No continuó; y ella temió preguntar, aunque anhelaba saber cómo había recibido el señor Buxton la noticia.

—¿Qué dijo? —inquirió finalmente.

—¡Oh! Evidentemente, era una idea nueva para él que yo estuviera enamorado de ti; y no asimila una idea nueva rápidamente. Parece que tenía alguna noción de que Erminia y yo íbamos a casarnos; pero ella y yo acordamos, cuando lo hablamos, que nunca nos habríamos enamorado el uno del otro si no hubiera habido otro ser humano en el mundo. Erminia es una criatura pequeña y sensata, y dice que no le extraña que cualquier hombre

se enamore de ti. No, Maggie, no bajas tanto la cabeza; déjame entrever tu rostro.

—Lamento que a tu padre no le guste —dijo Maggie, con tristeza.

—Y a mí también. Pero debemos darle tiempo para que se reconcilie. No temas, le gustará a la larga; tiene demasiado buen gusto y buen sentimiento. Tiene que gustarle.

Frank no quiso decirle ni siquiera a Maggie con qué violencia su padre se había opuesto a su compromiso. Se sorprendió y molestó al principio al descubrir cuán decididamente su padre estaba poseído por la idea de que se casaría con su prima, y que ella, en cualquier caso, estaba enamorada de él, cualesquiera que fueran sus sentimientos hacia ella; pero después de haber ido francamente a Erminia y contárselo todo, descubrió que ella ignoraba tanto los planes de su tío para ella como él mismo; y estaba casi tan contenta como él por cualquier acontecimiento que los frustrara.

De hecho, ella vino a la cabaña del páramo al día siguiente, después de que Frank hubiera regresado a Cambridge. Había dejado su caballo a cargo del mozo de cuadra, cerca de los abetos en las alturas, y bajó corriendo la ladera con su traje de montar. Maggie salió a su encuentro, con un poco de asombro en el corazón por si lo que Frank había dicho podía ser verdad; y que Erminia, viviendo en la casa con él, pudiera haber permanecido indiferente a él. Erminia le echó los brazos al cuello, y se sentaron juntas en los escalones del patio.

—No me atreví a bajar esa colina a caballo; y Jem está sujetando mi caballo, así que no puedo quedarme mucho tiempo; ahora empieza, Maggie, de una vez, y entra en un arrebato sobre Frank. ¿No es un tipo encantador? ¡Oh! Estoy tan contenta. Ahora no te quedes ahí sonriendo y sonrojándote para tus adentros; sino cuéntamelo todo. Tenía tantas ganas de conocer a alguien que estuviera enamorado, para saber cómo era; y en cuanto pude, vine corriendo aquí. Frank acaba de irse. Ha tenido otra larga conversación con mi tío, desde que volvió de verte esta mañana; pero me temo que no ha avanzado mucho.

Maggie suspiró. —No me extraña que no me considere lo suficientemente buena para Frank.

— ¡No! La dificultad sería encontrar a alguien que él considerara digno de su dechado de hijo.

— Él pensaba que eras tú, querida Erminia.

— Así que Frank te ha contado eso, ¿eh? Supongo que ya no tendremos más secretos de familia — dijo Erminia, riendo —. Pero te aseguro que tenía una fuerte rival en lady Adela Castlemayne, la hija del duque de Wight; era la dama más hermosa que mi tío había visto nunca (solo la vio en la tribuna principal en las carreras de Woodchester, y nunca le dirigió una palabra en su vida). Y si ella hubiera aceptado a Frank, mi tío seguiría insatisfecho mientras la princesa Victoria estuviera soltera; ninguna habría sido lo suficientemente buena mientras quedara una mejor. Pero Maggie — dijo, sonriendo a la cara de su amiga —, creo que te habría hecho reír, a pesar de que pareces como si un beso te fuera a hacer saltar las lágrimas, si hubieras visto los modales de mi tío conmigo todo el día. Insiste en que estoy sufriendo por un amor no correspondido; así que me observó y me observó durante el desayuno; y al final, cuando me había comido un nido entero de huevos, y no sé cuántas tostadas, tocó la campana y pidió un poco de trucha en conserva. Yo no era consciente de que era para mí, y no lo quería cuando llegó; así que suspiró de la manera más melancólica, y dijo: «¡Mi pobre Erminia!». Si Frank no hubiera estado allí, y con una pinta terriblemente desdichada, estoy segura de que me habría echado a reír.

— ¿Frank parecía desdichado? — dijo Maggie, con ansiedad.

— ¡Ahí está! No te importa nada más que la mención de su nombre.

— ¿Pero parecía infeliz? — insistió Maggie.

— No puedo decir que pareciera feliz, querida ratoncilla; pero fue muy diferente cuando volvió de verte. Sabes que siempre tuviste el arte de calmar la preocupación de cualquier persona. Tú y mi tía Buxton sois las únicas dos que he conocido con ese don.

— Siento tanto que tenga alguna preocupación que calmar — dijo Maggie.

— Y creo que le hará un mundo de bien. ¡Piensa en lo exitosa que ha sido su vida! ¡Los honores que obtuvo en Eton! ¡Su retrato pintado, y no sé qué más! Y en Cambridge, la misma forma de proceder. Se volvería insufriblemente imperioso en pocos años si no se encontrara con algunos contratiempos.

— ¡Imperioso! ¡Oh, Erminia, cómo puedes decir eso!

— Porque es la verdad. Resulta que tiene muy buenas disposiciones; y por lo tanto su fuerte voluntad no es ni desagradable ni ofensiva; pero una vez que se le meta en la cabeza un deseo equivocado, entonces verías cuán vehemente e imperioso sería. Créeme, la resistencia de mi tío es algo excelente para él. Como habría dicho la querida y dulce tía Buxton: «Hay un propósito santo en ello»; y como no habría dicho la tía Buxton, pero como yo, una «tonta, me lanzo donde los ángeles temen pisar», decido que el propósito es enseñar al señorito Frank paciencia y sumisión.

— Erminia, ¿cómo pudiste evitar...? —y ahí Maggie se detuvo.

— Sé lo que quieres decir; ¿cómo pude evitar enamorarme de él? Creo que no tiene suficiente misterio y reserva para mí. Me gustaría un hombre con alguna oscuridad profunda e impenetrable a su alrededor; algo sobre lo que siempre pudiera estar preguntándome. Además, ¡piensa en el choque de voluntades que habría habido! Mi tío fue muy corto de miras en su plan; ¡pero no creo que pensara tanto en la idoneidad de nuestros caracteres y maneras, como en la idoneidad de nuestras fortunas!

— ¡Qué vergüenza, Erminia! ¡A nadie le importa menos el dinero que al señor Buxton!

— ¡He aquí una buena y pequeña nuera electa! Pero en serio, creo que está empezando a importarle el dinero; no en lo más mínimo para él, sino como un medio de engrandecimiento para Frank. He observado, desde que volví a casa en Navidad, una creciente ansiedad por sacar el máximo provecho de su propiedad; algo que nunca le importó antes. No creo que él mismo sea consciente de ello, pero por una o dos cositas que he notado, no me extrañaría que terminara siendo avaro en su vejez. — Erminia suspiró.

Maggie sentía casi simpatía por el padre, que buscaba lo que imaginaba que era para el bien de su hijo, y ese hijo, Frank. Aunque estaba tan convencida como Erminia de que el dinero no podía realmente ayudar a nadie a la felicidad, no pudo en ese instante resistirse a decir:

— ¡Oh! ¡Cómo desearía tener una fortuna! Me gustaría tanto dársela toda a él.

— ¡Ahora, Maggie, no seas tonta! Nunca antes te había oído desear algo diferente de lo que era, así que aprovecharé esta oportunidad para sermon-

parte sobre tu locura. ¡No! Tampoco lo haré, porque parece tristemente cansada con toda tu agitación; y además debo irme, o Jem se estará preguntando qué ha sido de mí. Queridísima prima política, vendré muy a menudo a verte; y quizás entonces te dé mi sermón.

## CAPÍTULO VI.

Era cierto tanto del señor Buxton como de su hijo, que tenía en sí la semilla de la imperiosidad. Su vida no había sido tal como para sacarla a la vista. Con más riqueza de la que necesitaba; con una esposa gentil, que si lo gobernaba nunca lo demostraba, ni era consciente del hecho ella misma; admirado por sus vecinos, un grupo de gente sencilla y afectuosa, cuyos padres habían vivido cerca de su padre y abuelo en la misma relación amable, recibiendo beneficios cordialmente dados, y correspondiéndolos con buena voluntad y atención respetuosa: tales habían sido las circunstancias que lo rodeaban; y hasta que su hijo salió de la infancia, no había parecido haber un deseo que no estuviera en su poder satisfacer tan pronto como se formaba. De nuevo, cuando Frank estaba en la escuela y en la universidad, todo marchaba prósperamente; obtenía suficientes honores para satisfacer a un padre mucho más ambicioso. De hecho, fueron los honores que obtuvo los que estimularon la ambición de su padre. Recibía cartas de tutores y directores, profetizando que, si Frank quería, podría alcanzar los «más altos honores en la iglesia o el estado»; y la idea así sugerida, vaga como era, permaneció y llenó la mente del señor Buxton; y, por primera vez en su vida, le hizo desear que su propia carrera hubiera sido tal que lo hubiera llevado a establecer conexiones entre los grandes y poderosos. Pero, tal como era, su timidez e incomodidad, por no estar acostumbrado a la sociedad, lo habían hecho reacio a las peticiones ocasionales de Frank de que pudiera

traer a tal o cual compañero de escuela, o amigo de la universidad, a casa de visita. Ahora lo lamentaba, por la falta de esas conexiones que podrían haberse formado así; y, en sus visiones, se volvió hacia el matrimonio como la mejor manera de remediar esto. Erminia tenía razón al decir que su tío había pensado en Lady Adela Castlemayne por un instante; aunque cómo la pequeña bruja lo había descubierto no puedo decir, ya que la idea había sido descartada inmediatamente de su mente.

Fue lo suficientemente sabio como para ver su total vanidad, mientras su hijo permaneciera sin distinción. Pero su esperanza era esta. Si Frank se casaba con Erminia, su propiedad unida (siendo ella la heredera de su padre) lo justificaría para presentarse por el condado; o si pudiera casarse con la hija de alguna persona importante del condado, podría llevar al mismo paso; y así, de una vez, obtendría una posición en el parlamento, donde sus grandes talentos tendrían suficiente alcance y margen. De estas dos visiones, la favorita (por el bien de su hermana) era la del matrimonio con Erminia.

Y, en medio de todo esto, cayó, como una bomba, la noticia de su compromiso con Maggie Browne; una niña buena y dulce, sí, pero sin fortuna ni conexiones; sin, hasta donde el señor Buxton sabía, el menor poder, capacidad o espíritu con el que ayudar a Frank en su carrera hacia la eminencia en la tierra. Resolvió considerarlo como una fantasía juvenil, fácil de reprimir; y así se lo trató como una niñería a Frank. Notó los labios apretados de su hijo y su frente tranquila y decidida, aunque nunca habló en un tono más respetuoso que mientras se oponía firmemente a su padre. Si hubiera mostrado más violencia en sus modales, lo habría irritado menos; pero, tal como fue, fue la entrevista más miserable que jamás había tenido lugar entre padre e hijo.

El señor Buxton intentó calmarse creyendo que Frank cambiaría de opinión si veía más mundo; pero, de alguna manera, tenía una desconfianza profética interna de esta idea. Lo peor era que no había falta que encontrar en la propia Maggie, aunque pudiera carecer de los logros que él deseaba ver en la esposa de su hijo. Sus conexiones, además, eran perfectamente respetables (aunque bastante humildes en comparación con los elevados deseos del señor Buxton), de modo que no había nada que objetar en ese sentido; su posición era la gran ofensa. En proporción a su falta de cualquier razón, excepto esta, para desaprobando el compromiso, era su molestia por

ello. Asumió una reserva hacia Frank, que era una restricción tan inusual para su disposición abierta y genial, que pareció hacerlo irritable hacia todos los demás en contacto con él, excepto Erminia. Le resultaba difícil comportarse correctamente con Maggie. Como todas las personas habitualmente cordiales, se iba al extremo opuesto cuando quería mostrar un poco de frialdad. Por muy enfadado que estuviera con los acontecimientos de los que ella era la causa, era demasiado inocente y dócil para justificar que él fuera más que frío; pero su torpeza era tan grande, que muchos hombres de mundo se han encontrado con su mayor enemigo, conociendo cada uno el odio del otro, con menos distancia glacial en sus modales que la del señor Buxton con Maggie. Mientras ella seguía sencillamente su propio camino, amándolo más a través de todo, por el bien de la antigua amabilidad, y porque era el padre de Frank, él evitaba encontrarse con ella con una ansiedad tan evidente y dolorosa, que al final ella intentó ahorrarse el encuentro, y salía apresuradamente de la iglesia, o se quedaba atrás de todos, para evitar la única oportunidad que ahora tenían de verse obligados a hablar; pues ya no iba a la querida casa de Combehurst, aunque Erminia venía a verla más que nunca.

La señora Browne estaba perpleja y molesta hasta más no poder. Reprochaba al señor Buxton ante todos excepto Maggie. A ella le decía: — Cualquiera en su sano juicio podría haber previsto lo que ha sucedido, y lo habría pensado bien, antes de ir y enamorarse de un joven de tales expectativas como el señor Frank Buxton.

En medio de toda esta consternación, Edward vino de Woodchester por un día o dos. Le habían contado el compromiso en una carta de la propia Maggie; pero era un tema demasiado sagrado para que ella se extendiera sobre él con él; y la señora Browne no era de escribir cartas. Así que este fue su primer saludo a Maggie, después de besarla:

— Bueno, Sancho, te las has arreglado de maravilla. Tan pronto como recibí tu carta le dije a Harry Bish: «Las aguas mansas son las más profundas; aquí está mi hermanita Maggie, una criatura tan tranquila como nunca ha habido, se las ha arreglado para pescar al joven Buxton, que tiene cinco mil libras al año si no es más». No te pongas tan roja, Maggie. Harry se iba a enterar pronto por alguien, y no veo la utilidad de mantenerlo en secreto, porque nos da importancia a todos.

—El señor Buxton está bastante disgustado por ello —dijo la señora Brown, quejumbrosa—; y estoy segura de que no debería estarlo, porque tiene suficiente dinero, si es eso lo que quiere; y el padre de Maggie era clérigo, y he visto «propietario rural», con mis propios ojos, en los carros del viejo señor Buxton (el padre del señor Lawrence); y un clérigo está por encima de un propietario rural cualquier día. Pero si Maggie hubiera tenido alguna consideración por los demás, nunca se habría comprometido, cuando podría haber estado segura de que ofendería. Ya no nos invitan a cenar. No he partido pan allí desde la última Navidad.

—¡Uf! —dijo Edward a esto. Fue un silbido de decepción; pero pronto se animó—. Pensé que podría echar una mano para apretarle las tuercas al viejo Buxton con los acuerdos nupciales; pero veo que todavía no hemos llegado a eso. Aun así, iré a ver al viejo caballero. Soy un poco su favorito, y dudo que no pueda hacerlo cambiar de opinión.

—Por favor, Edward, no vayas —dijo Maggie—. Frank y yo estamos contentos de esperar; y estoy segura de que preferiríamos que nadie le hablara al señor Buxton de un tema que evidentemente le causa tanto dolor; ¡por favor, Edward, no lo hagas!

—Bueno, bueno. Solo que tengo que ir por esta propiedad suya. Además, no tengo la intención de caer en desgracia; así que no pareceré saber nada al respecto, si eso lo enfadaría. Quiero mantener buenas relaciones, por lo de la agencia. Así que, quizás, sacudiré la cabeza y pensaré que es una gran presunción por tu parte, Maggie, haber pensado en convertirte en su nuera. Si no puedo hacerte ningún bien, bien puedo hacérmelo a mí mismo.

—Espero que no me menciones en absoluto —replicó ella.

Un consuelo (y casi el único que surgió de la visita de Edward) fue que ahora podía a menudo tener tiempo para subir al espino, y calmar su ansiedad, y llevar todas las discordias a la paz, bajo las dulces influencias de la naturaleza. La señora Buxton había intentado enseñarle la fuerza de la hermosa verdad, de que las «melodías del carillón eterno» pueden morar en los corazones de quienes realizan su tarea diaria en las ciudades y lugares concurridos y populosos; y que la soledad no es necesaria para que los fieles sientan la presencia inmediata de Dios; ni es necesario el silencio absoluto del sonido humano, antes de que puedan oír la música de los pasos de Sus ángeles; pero, por ahora, su alma era una joven discípula; y le resultaba más

fácil hablarle a Él, y acudir a Él en busca de ayuda, sentada solitaria, con los páramos salvajes hinchándose y oscureciéndose a su alrededor, y ni una criatura a la vista excepto las motas blancas de ovejas distantes, y los pájaros que rehúyen las moradas de los hombres, flotando en el aire quieto.

A veces anhelaba ir con el señor Buxton y decirle cuánto podía simpatizar con él, si su aversión a su compromiso surgía de pensarla indigna de su hijo. El carácter de Frank le parecía grandioso en su promesa. Con impulsos vehementes y dones naturales, anhelando un empleo digno, su voluntad se sentaba suprema sobre todo, como un joven emperador tranquilamente sentado en su trono, cuyos fogosos generales y sabios consejeros estaban igualmente dispuestos a obedecerle. Pero si el matrimonio se hiciera por medida y equilibrio de carácter, y si otros, con sus balanzas, fueran los jueces, ¿qué sería de todos los hermosos servicios prestados por la lealtad del verdadero amor? ¿Dónde estaría el levantamiento de los débiles por los fuertes? ¿O la paciente resistencia? ¿O la graciosa confianza de aquella:

«Cuya fe es firme e inamovible;

Oscuramente lo siente grande y sabio,

En él mora con ojos fieles,

“No puedo entender: amo”».

Los modales y la conducta de Edward le causaban más ansiedad real que cualquier otra cosa. De hecho, ninguna otra preocupación podría llamarse ansiedad en comparación con esta. Sus faltas, no podía dejar de percibir, se fortalecían con su fuerza y crecían con su crecimiento. No podía evitar preguntarse de dónde obtenía el dinero para pagar su ropa, que pensaba que era de un tipo muy caro. También lo oyó aludir incidentalmente a «escapadas a la ciudad», de las que, en ese momento, ni ella ni su madre habían sido informadas. Parecía confundido cuando ella lo interrogó sobre esto, aunque intentó disimularlo con una risa; y le preguntó cómo ella, una chica de campo, encerrada entre un solo grupo de gente, podía tener alguna idea de la vida que era necesario que un hombre llevara si «tenía alguna esperanza de progresar en el mundo». Debía tener conocidos y conexiones, y ver algo de la vida, y aparentar. Ella se quedó en silencio, pero no satisfecha. Tampoco estaba tranquila con respecto a su salud. Parecía enfermo y agotado; y, cuando no estaba parloteando y riendo, su rostro adoptaba una forma de an-

siedad e inquietud que era nueva para ella en él. Le recordaba dolorosamente un viejo grabado alemán que había visto en la carpeta de la señora Buxton, llamado «El Placer cavando una tumba»; el Placer representado por una figura espantosa de un joven, ansiosamente industrioso en su lúgubre trabajo.

Unos días después de que se fuera, Nancy vino a su dormitorio.

— Señorita Maggie — dijo ella —, ¿puedo decirle una palabra? — Pero cuando se le dio el permiso, vaciló.

— No es asunto mío, desde luego — dijo al fin —; solo que, verá, he vivido con su madre desde que se casó; y me preocupó mucho por usted y por el señorito Edward. Y creo que le está sacando el dinero a la señora; y eso me inquieta. Usted no lo sabía, pero él tenía el viejo reloj de su padre la última vez que estuvo aquí, la penúltima; pensé que ya tenía edad para tener un reloj, y que era todo natural. Pero, calculo que lo ha vendido, y se ha comprado esa baratija en su lugar. Eso quizás también sea natural. A los jóvenes les gustan las modas jóvenes. Pero, esta vez, creo que se ha llevado el reloj de su madre; al menos, no lo he visto desde que se fue. Y esta mañana me habló de mi salario. Estoy segura de que nunca se lo he pedido, ni la he molestado; pero debo admitir que hace ya casi doce meses que no me paga; y ella era tan puntual como un reloj hasta entonces. Ahora, señorita Maggie, no ponga esa cara de pena, o desearé no haber hablado nunca. La pobre señora parecía muy apurada, y dijo algo que no intenté oír; porque me molestó tanto que pensara que necesitaba disculpas, y ese tipo de cosas. Prefiero vivir con ustedes sin salario que verla con esa cara de vergüenza como la de esta mañana. No necesito dinero para nada, querida; tengo mucho en el banco. Pero me temo que el señorito Edward está gastando demasiado y haciendo pasar apuros a la señora.

Maggie lo sintió mucho. Su madre nunca le había contado nada de todo esto, así que evidentemente era un tema doloroso para ella; y Maggie decidió (después de pasar la mitad de la noche en vela) que le escribiría a Edward y le reconvendría; y que en cada gasto personal y doméstico, sería, más que nunca, rígidamente económica.

La relación plena, libre y natural entre su amante y ella no podía dejar de verse afectada por la aversión del señor Buxton al compromiso. Frank vino durante algún tiempo a principios del otoño. Había dejado Cambridge y

tenía la intención de matricularse en el Temple tan pronto como terminaran las vacaciones. No llevaba mucho tiempo en casa cuando Maggie se dio cuenta, en parte a través de Erminia, que no tenía noción del silencio discreto sobre ningún punto, y en parte por su propia observación, del creciente distanciamiento entre padre e hijo. El señor Buxton se mostraba reservado con Frank por primera vez en su vida; y Frank estaba deprimido y molesto por la obstinada repetición de su padre de la misma frase, en respuesta a todos sus argumentos a favor de su compromiso; argumentos que eran abrumadores para él y que requerían un esfuerzo de paciencia por su parte para repasarlos y recapitularlos, tan obvia era la conclusión; y luego tener siempre la misma respuesta, las mismas palabras incluso:

—¡Frank! No sirve de nada hablar. No aprueo el compromiso, y nunca lo haré.

Él cogía su sombrero y corría hacia Maggie para que lo consolara. Su padre sabía a dónde había ido sin que se lo dijeran; y estaba celoso de la influencia de ella sobre el hijo que durante mucho tiempo había sido su primer y primordial objeto en la vida.

No necesitaba estar celoso. Por muy enfadado e indignado que estuviera Frank cuando subía a la cabaña del páramo, Maggie casi lo persuadía, antes de que pasara media hora, de que su padre solo era irrazonable por su extremo afecto. Aun así, ella veía que tales diferencias frecuentes debilitarían el lazo entre padre e hijo; y, en consecuencia, instó a Frank a aceptar una invitación a Escocia.

—Me dijiste —dijo ella— que el señor Buxton insiste en que no es más que un apego de muchacho; y que cuando hayas visto a otra gente, cambiarás de opinión; ahora, prueba hasta qué punto puedes soportar los efectos de la ausencia. —Lo dijo en broma, pero él estaba de humor para enfadarse.

—¡Qué tontería, Maggie! A ti no te importa toda esta demora; y te aferras a las malas razones de mi padre como si las creyeras.

—No las creo; pero aun así pueden ser ciertas.

—¿Cómo te gustaría, Maggie, si te instara a que salieras y vieras algo de la sociedad, y probaras si no podías encontrar a alguien que te gustara más? Es más probable en tu caso que en el mío; porque tú nunca has salido de casa, y yo he recorrido media Europa.

—Tienes mucho miedo, ¿no es así, Frank? —dijo ella, con el rostro encendido en sonrojos y sus ojos grises sonriéndole—. Tengo la gran idea de que si pudiera ver a ese Harry Bish del que Edward siempre habla, quedaría encantada. ¡Debe llevar unos chalecos tan bonitos! ¿No crees que debería verlo antes de que nuestro compromiso sea del todo, del todo definitivo?

Pero Frank no quiso sonreír. De hecho, como todas las personas enfadadas, encontró nuevo motivo de ofensa en cada frase. Ella no consideraba el compromiso como del todo definitivo: así eligió entender su discurso juguetón. No quiso responder. Ella volvió a hablar:

—Querido Frank, no estás enfadado conmigo, ¿verdad? Es una tontería pensar que debemos ir por el mundo, escogiendo hombres y mujeres como si fueran frutas y tuviéramos que coger las mejores; como si no hubiera algo en nuestros propios corazones que, si lo escuchamos concienzudamente, nos dirá de inmediato cuándo hemos encontrado al único entre todos los demás. Ahí está, ¿soy sensata? Supongo que sí, porque tus rasgos sombríos se están relajando en una sonrisa. Así está bien. Pero ahora escucha esto. Creo que tu padre cedería antes, si no se irritara cada día al saber de tus visitas a mí. Si te fueras, él sabría que nos escribiríamos, pero olvidaría el momento exacto; pero ahora sabe tan bien como yo dónde estás cuando estás aquí arriba; y me parece, por lo que dice Erminia, que lo enfada todo el tiempo que estás fuera.

Frank guardó silencio. Al final dijo: —Es bastante irritante tener que reconocer que hay algo de verdad en lo que dices. Pero aunque quisiera, no estoy seguro de poder irme. Mi padre no me habla de sus asuntos como solía hacerlo; así que me sorprendió bastante ayer oírle decir a Erminia (aunque estoy seguro de que la información era para mí) que había contratado a un agente.

—Entonces habrá menos ocasión para que estés en casa. No necesitará tu ayuda en sus cuentas.

—Le he dado muy poca de eso. Hace mucho que quiero que tenga a alguien que se ocupe de sus asuntos. Son muy complicados y él es muy descuidado. Pero creo que se necesitará mi firma para algunos nuevos arrendamientos; al menos eso me dijo.

—Eso no debería llevarte mucho tiempo —dijo Maggie.

—No la mera firma. Pero quiero saber algo más sobre la propiedad y los inquilinos propuestos. Creo que este señor Henry que mi padre ha contratado es un tipo muy duro. Es lo que se llama escrupulosamente honesto y honorable; pero me temo que un poco demasiado inclinado a ser muy duro en los tratos para su cliente. Ahora quiero convencerme de lo contrario, si puedo, antes de dejar a mi padre en sus manos. Así que, juez cruel, no me deportarás todavía, ¿verdad?

—No —dijo Maggie, rebosante de alegría por su propia decisión, y sonrojándose de placer porque su razón estaba convencida de que era correcto que Frank se quedara un poco más.

El correo del día siguiente le trajo una carta de Edward. No había ni una palabra en ella sobre su pregunta o reconvención; podría no haber sido escrita nunca, o nunca recibida; sino unas pocas líneas apresuradas y ansiosas, pidiéndole que escribiera a vuelta de correo y dijera si era realmente cierto que el señor Buxton había contratado a un agente. «Es una jugarreta muy sucia si lo ha hecho, después de lo que me dijo hace tiempo. No puedo decirte cuánto dependo de que cumplas mi petición. Una vez más, escribe directamente. Si Nancy no puede llevar la carta al correo, corre tú misma a Combehurst con ella. Debo tener una respuesta mañana, y todos los detalles sobre quién, cuándo será nombrado, etc. Pero no puedo creer que el rumor sea cierto.»

Maggie le preguntó a Frank si podía mencionar lo que le había contado el día anterior a su hermano. Él dijo:

—Oh, sí, por supuesto, si le interesa saberlo. Por supuesto, no dirás nada sobre mi propia opinión del señor Henry. Viene mañana, y podré juzgar hasta qué punto tengo razón.

## CAPÍTULO VII.

Al día siguiente llegó el señor Henry. Era un hombre callado, de aspecto severo, de considerable inteligencia y refinamiento, y con tanto gusto por la música como para encantar a Erminia, que más bien había temido su visita. Pero todas las amenidades de la vida quedaban a un lado cuando entraba en el santuario del señor Buxton —su «despacho», como llamaba a la habitación donde recibía a sus inquilinos y a la gente de negocios—. Frank pensó que el señor Henry apenas fue cortés en la abierta evidencia de su sorpresa y desprecio por los hábitos, de los cuales los desordenados libros y registros no eran sino signos demasiado visibles. El propio señor Buxton se sintió más como un colegial que presenta una lección imperfecta, de lo que nunca se había sentido desde que tenía trece años.

—Lo único sorprendente, mi buen señor, es que le quede alguna propiedad; que no le hayan estafado hasta el último céntimo.

—Le aseguro —dijo el señor Buxton, en respuesta—, que no encontrará que se haya producido ningún engaño. No se atrevieron, señor; saben que daría un escarmiento al primer pícaro que descubriera.

El señor Henry enarcó las cejas, pero no habló.

—Además, señor, la mayoría de estos hombres han vivido durante generaciones bajo los Buxton. Le daría mi vida a que no me engañarían.

El señor Henry dijo fríamente:

—Imagino que un examen minucioso de estos libros por algún contable será la mejor prueba de la honestidad de dichos inquilinos. Si me lo permite, escribiré a un tipo listo que conozco y le pediré que venga e intente poner en orden esta masa de papeles.

—Cualquier cosa... cualquier cosa que quiera —dijo el señor Buxton, demasiado contento de escapar de la forma fría y despectiva del abogado de tratar el tema.

El contable vino; y él y el señor Henry estuvieron profundamente ocupados en el despacho durante varios días. El señor Buxton estaba desconcertado por las preguntas que le hacían. El señor Henry lo examinaba de la manera irritante en que se hace declarar a un testigo reacio. Muchas veces deseó de corazón haber seguido en el viejo camino hasta el final de su vida, en lugar de ponerse en manos de un agente; pero se consolaba pensando que, en

cualquier caso, se convencerían de que nunca se había dejado engañar ni imponer, aunque no hiciera alarde de exactitud.

Cuál no sería su consternación cuando, una mañana, el señor Henry mandó pedir su presencia y, con voz fría y clara, leyó en voz alta un estado de cuentas admirablemente redactado, informando al pobre propietario de los desfalcos, y aún más, de las imposiciones de aquellos en quienes había confiado. Si hubiera estado solo, habría roto a llorar al descubrir cómo se había abusado de su confianza. Pero tal como estaban las cosas, se enfureció apasionadamente.

—Los procesaré, señor. Ni un hombre escapará. Haré que me devuelvan hasta el último céntimo, lo haré. Y daños y perjuicios, también. ¿Crayston, dijo usted, señor? ¿Era ese uno de los nombres? Vaya, ¡ese es el mismo Crayston que fue capataz de mi padre durante años! ¡El canalla! Y yo lo instalé en mi mejor granja cuando se casó. ¿Y me ha estado estafando?

El señor Henry repasó las partidas de la cuenta: —421 libras, 13 chelines, 4 3/4 peniques. Parte de esto me temo que no podremos recuperar...

Iba a continuar, pero el señor Buxton interrumpió: —Pero lo recuperaré. Tendré hasta el último céntimo. Llevaré a esa víbora a los tribunales. No me importa el dinero, pero odio la ingratitud.

—Si lo desea, pediré la opinión de un abogado sobre el caso —dijo el señor Henry, con frialdad.

—Pida lo que quiera, señor. ¡Vaya, si este Crayston fue el primer hombre que me subió a un caballo, y pensar que me está engañando!

Unos días después de esta conversación, Frank hizo su visita habitual a Maggie.

—¿Puedes subir al espino, querida? —dijo él—. Es un día precioso, y necesito el consuelo de una hora de tranquila conversación contigo.

Así que fueron, y se sentaron en silencio durante un tiempo, contemplando el aire azul, tranquilo y sereno sobre las cimas de las colinas, donde nunca llegaba el tumulto del mundo a perturbar la paz, y cuya quietud en las alturas nunca era rota por los fuertes y apasionados gritos de los hombres.

—Me alegro de que te guste mi espino —dijo Maggie.

—Me gusta la vista desde él. La idea de la soledad que debe haber entre las hondonadas de esas colinas me complace particularmente hoy. ¡Oh, Maggie! Es uno de esos momentos en que me deprimó por los hombres y el mundo. Hemos tenido tanto dolor, y tantas revelaciones, y remordimiento, y pasión en casa hoy. Crayston (el viejo inquilino de mi padre) ha venido. Parece —me temo que no hay duda de ello— que ha estado malversando una gran cantidad. Mi padre ha sido demasiado descuidado, y ha puesto a sus dependientes en una gran tentación; y Crayston —es un hombre viejo, con una familia numerosa y extravagante— ha cedido. Se le ha notificado la intención de mi padre de procesarlo; y ha venido a confesarlo todo, y a pedir perdón, y tiempo para devolver lo que pudiera. Hace un mes, mi padre lo habría escuchado, creo; pero ahora, está dolido por los dichos del señor Henry, y se dejó llevar por una furia apasionada. Ha sido una mañana muy angustiada. El peor lado de todos parece haber salido a la luz. Incluso Crayston, con todo su arrepentimiento y apariencia de candor, tuvo que ser interrogado de cerca por el señor Henry antes de que dijera toda la verdad. ¡Santo Dios, que el dinero tenga tanto poder para corromper a los hombres! Ha sido todo por dinero, y por el valor del dinero, que esta degradación ha tenido lugar. En cuanto al señor Henry, para ahorrarle dinero a su cliente, y para proteger el dinero, no le importa —ni siquiera percibe— cómo induce al deterioro del carácter. Ha estado animando a mi padre a tomar medidas que no puedo llamar sino vengativas. Crayston va a ser un escarmiento, dicen. ¡Como si mi padre no tuviera la mitad de la culpa sobre su propia cabeza! ¡Como si hubiera cumplido correctamente sus deberes como hombre rico! El dinero era para él como escoria; pero debería haber recordado cómo podría ser como la vida misma para muchos, y ser anhelado y codiciado, hasta que el negro anhelo venciera al principio, como ha sucedido con este pobre Crayston. Dicen que el hombre fue una vez muy veraz, y ahora su autoestima se ha ido; y evidentemente ha perdido la naturaleza misma de la verdad. Temo a las riquezas. Temo la responsabilidad de ellas. En cualquier caso, desearía haber empezado la vida como un muchacho pobre, y haberme abierto camino hasta la suficiencia. Entonces podría entender y recordar las tentaciones de la pobreza. Temo que mi propio corazón se endurezca como el de mi padre. ¡No tienes idea de su apasionada severidad hoy, Maggie! ¡Fue algo completamente nuevo incluso para mí!

—Será solo por poco tiempo —dijo ella—. Debe estar muy apenado por este hombre.

—Si pensara que alguna vez podría volverme tan duro y diferente ante las súplicas abyectas de un criminal como lo ha sido mi padre esta mañana —uno a quien él ha ayudado a crear, además—, me iría a Australia de inmediato. De hecho, Maggie, creo que sería lo mejor que podríamos hacer. Me duele el corazón por las misteriosas corrupciones y males de un viejo estado de la sociedad como el que tenemos en Inglaterra. —¿Qué dices, Maggie? ¿Te irías?

Ella guardó silencio, pensando.

—Me iría contigo inmediatamente, si fuera lo correcto —dijo, al fin—. Pero, ¿lo sería? Creo que sería bastante cobarde. Entiendo lo que dices; pero ¿no crees que sería más valiente quedarse, y soportar mucha depresión y ansiedad de espíritu, por el bien que siempre pueden hacer aquellos que ven los males con claridad? Estoy hablando todo este tiempo como si ni tú ni yo tuviéramos deberes en casa, sino que fuéramos libres de hacer lo que quisiéramos.

—¿Qué podemos hacer tú o yo? Somos menos que gotas en el océano, en lo que respecta a nuestra influencia para modelar una nación.

—En cuanto a eso —dijo Maggie, riendo—, no puedo remodelar las anticuadas costumbres de Nancy; así que todavía no he planeado cómo remodelar una nación.

—Entonces, ¿qué querías decir con el bien que siempre pueden hacer aquellos que ven los males con claridad? Los males que veo son los de una nación cuyo dios es el dinero.

—Eso es solo porque acabas de salir de una escena angustiosa. Mañana oirás o leerás sobre alguna acción heroica que encuentre la simpatía de una nación, y te regocijarás y estarás orgulloso de tu país.

—Aun así, veré agudamente los males de su complejo estado de la sociedad; ¿y dónde está el bien que puedo hacer?

—¡Oh! No puedo decírtelo en un minuto. Pero, ¿no puedes enfrentar valientemente estos males, y aprender su naturaleza y sus causas; y entonces, no te ha dado Dios ningún poder para aplicar al descubrimiento de su remedio? ¡Querido Frank, piensa! Puede ser muy poco lo que puedas hacer —y puede que nunca veas el efecto de ello, como la viuda no vio el efecto mundial de su óbolo—. Entonces, si todos los hombres buenos y reflexivos

huyen de nosotros a algún nuevo país, ¿qué vamos a hacer con nuestra pobre y querida Vieja Inglaterra?

— ¡Oh, tú debes huir con los hombres buenos y reflexivos! (¡pienso considerar eso como un cumplido para mí, Maggie!) ¿Me permitirás desear haber nacido pobre, si he de quedarme en Inglaterra? No sería entonces propenso a esta falta en la que veo caer a los ricos, de olvidar las pruebas de los pobres.

— No estoy segura de si, habiendo sido pobre, no habrías caído en una falta exactamente paralela, y olvidado las pruebas de los ricos. Es tan difícil entender los errores en los que su posición hace que todos los hombres sean propensos a caer. ¿Recuerdas una historia en «Tardes en casa», llamada las Transmigraciones de Indra? ¡Bueno! Cuando era niña, solía desear ser transmigrada (¿es esa la palabra correcta?) a un dueño de esclavos americano por un tiempo, solo para poder entender cómo debe sufrir, y estar terriblemente perplejo, y rezar y anhelar ser liberado de su odiosa riqueza, hasta que al final se endureció a su naturaleza; y desde entonces, he deseado ser el Emperador de Rusia, por la misma razón. ¡Ah! puedes reírte; pero eso es solo porque no me he explicado bien.

— Solo sonreía al pensar lo ambiciosa que podría suponer que eras alguien que no te conociera.

— No veo ninguna ambición en ello; no pienso en la posición; solo quiero desesperadamente ver el «qué se ha resistido» de Burns, para poder tener más caridad por aquellos que me parecen haber sido la causa de tanto dolor y miseria infinitos.

— «Lo que se hace, en parte podemos computar; / pero no sabemos lo que se ha resistido» —repitió Frank pensativo. Después de un tiempo, comenzó de nuevo:

— Pero, Maggie, no renuncio a este deseo mío de ir a Australia — Canadá, si te gusta más —, a cualquier lugar donde haya un estado de la sociedad más nuevo y puro.

— La gran objeción parece ser tu deber, como hijo único, hacia tu padre. Es diferente al caso de uno de una familia numerosa.

— Ojalá fuera uno de veinte, entonces podría casarme donde quisiera mañana.

—Se necesitaría el consentimiento de dos personas para una medida tan rápida —dijo Maggie, riendo—. Pero ahora voy a pedir un deseo, que no requerirá un hada madrina para satisfacerlo. Mira, Frank, ¿ves en medio de esa franja de páramo de color púrpura oscuro un destello de luz amarilla? Es un estanque, creo, que en esta época del año atrapa un rayo oblicuo del sol. No puede estar muy lejos. He deseado ir a él cada otoño. ¿Quieres ir conmigo ahora? Tendremos tiempo antes del té.

La insatisfacción de Frank con las severas medidas que, instigado por el señor Henry, su padre tomó contra todos los que habían abusado de su descuido como propietario, aumentó en lugar de disminuir. Le habló acaloradamente sobre el tema, pero sin éxito. Protestó ante el señor Henry, y le dijo cómo sentía que, si su padre hubiera controlado su naturaleza descuidada, y hubiera sido un propietario exacto y vigilante, estos arrendatarios nunca habrían tenido la gran tentación de hacerle mal; y que por lo tanto consideraba que se les debería hacer alguna concesión, y darles alguna oportunidad para redimir sus caracteres, que serían destruidos y endurecidos para siempre por la publicidad de un pleito. Pero el señor Henry solo enarcó las cejas y respondió:

—Me gusta ver estas ideas en un joven, señor. Yo mismo las tuve a su edad. Creo que entonces tenía grandes ideas sobre el tema de la tentación y la fuerza de las circunstancias; y era tan quijotesco como cualquiera sobre la reforma de los pícaros. Pero mi experiencia me ha convencido de que la pillería es innata. Nada más que la fuerza externa puede controlarla y mantenerla dentro de los límites. Los terrores de la ley deben ser esa fuerza externa. Admiro su bondad de corazón; y a los veintitrés años no buscamos la sabiduría y la experiencia de los cuarenta o cincuenta.

Frank se indignó al ser descartado como un joven inmaduro. Desaprobaba tan fuertemente todas estas medidas, y tanto de lo que ahora sucedía en casa bajo la influencia del señor Henry, que decidió hacer su largamente prometida visita a Escocia; y Maggie, triste de corazón al ver cómo sufría, lo animó en su determinación.

## CAPÍTULO VIII.

Después de que se fue, llegó un noviembre del tipo más lúgubre y característico. Hubo una lluvia incesante y nieblas que se cerraban, sin un destello de sol que iluminara las gotas de agua e hiciera brillar los tallos y ramas húmedas de los árboles. Cada color parecía atenuado y oscurecido; y la crujiente gloria otoñal de las hojas caía empapada al suelo. Las últimas flores se pudrieron sin llegar a florecer; y parecía como si el cielo pesado y monótono se hubiera acercado cada vez más, y hubiera encerrado la pequeña cabaña del páramo como con un sudario. Adentro, las cosas no eran más alegres. Maggie vio que su madre estaba deprimida, y pensó que la extravagancia de Edward debía ser la ocasión. A menudo se preguntaba hasta qué punto podía hablar sobre el tema; y una o dos veces se acercó a él en la conversación; pero su madre se encogía, y Maggie todavía no podía ver ningún bien decidido que se ganara al enfrentar tal dolor. Para ella misma habría sido un alivio haber sabido la verdad —lo peor, hasta donde su madre lo sabía—; pero no tenía la costumbre de pensar en sí misma. Solo intentaba, con una larga y tierna atención, animar y consolar a su madre; y ella y Nancy se esforzaban de todas las maneras por reducir los gastos del hogar, pues había poco dinero en efectivo para cubrirlos. Maggie escribía regularmente a Edward; pero desde la nota preguntando por la agencia, no había vuelto a saber de él. Si su madre recibía cartas, no lo sabía; pero en cualquier caso, no expresaba ansiedad, aunque su aspecto y sus modales delataban que estaba inquieta. Fue casi un alivio para Maggie cuando se le dio un cambio a sus pensamientos al enfermar Nancy. El tiempo húmedo y sombrío provocó algún tipo de ataque reumático, que obligó a la vieja sirvienta a guardar cama. Antes, en una emergencia así, habrían contratado a la esposa de algún campesino para que viniera a hacer las tareas de la casa; pero ahora parecía tácitamente entendido que no podían permitirselo. Incluso cuando Nancy empeoró y requirió atención durante la noche, Maggie persistió en sus ocupaciones diarias. Fue lo suficientemente sabia como para descansar cuando y como podía; y, con un poco de previsión, esperaba

poder superar este tiempo agotador sin ningún mal efecto. Una mañana (era el dos de diciembre; e incluso el cambio de nombre en el mes, aunque no trajo ningún cambio de circunstancias o tiempo, fue un alivio — diciembre traía buenas nuevas incluso en su mismo nombre —), una mañana, oscura y lúgubre, Maggie había mirado el reloj al salir de la habitación de Nancy, y al ver que aún no eran las cinco y media, y sabiendo que su madre y Nancy estaban ambas dormidas, decidió acostarse y descansar durante una hora antes de levantarse a encender los fuegos. No tenía la intención de dormirse; pero estaba agotada y cayó en un sueño profundo. Cuando despertó fue con un sobresalto. Todavía estaba oscuro; pero tenía una idea clara de haber sido despertada por algún ruido distinto y seco. Allí estaba una vez más, contra la ventana, como una lluvia de perdigones. Fue a la celosía y la abrió para mirar. Tenía esa extraña conciencia, indescriptible, de la vecindad cercana de alguna criatura humana, aunque no vio ni oyó a nadie en el primer instante. Entonces Edward habló en un susurro ronco, justo debajo de la ventana, de pie sobre los macizos de flores.

— ¡Maggie! ¡Maggie! Baja y déjame entrar. Por tu vida, no hagas ningún ruido. Nadie debe saberlo.

Maggie se sintió mal. Algo andaba mal, evidentemente; y ella estaba débil y cansada. Sin embargo, bajó sigilosamente por las viejas y chirriantes escaleras, descorrió el pesado cerrojo y dejó entrar a su hermano. Sintió que su ropa estaba completamente mojada, y lo condujo, con pasos cautelosos, a la cocina, cerró la puerta y atizó el fuego, antes de hablar. Él se hundió en una silla, como agotado por la fatiga. Ella se quedó de pie, esperando alguna explicación. Pero cuando vio que no podía hablar, se apresuró a prepararle una taza de té; y, agachándose, le quitó las botas mojadas, le ayudó a quitarse el abrigo y le trajo su propia manta para envolverlo. Durante todo este tiempo su corazón se hundía cada vez más. Él le permitió hacer lo que quisiera, como si fuera un autómatas; su cabeza y sus brazos colgaban flojamente, y sus ojos estaban fijos, de manera deslumbrante, en el fuego. Cuando le trajo un poco de té, habló por primera vez; no pudo oír lo que dijo hasta que lo repitió, tan ronca era su voz.

— ¿No tienes coñac?

Ella tenía la llave de la pequeña bodega y trajo un poco. Pero mientras cogía una cucharilla para medirlo, él agarró temblorosamente la botella,

echó una cantidad en la taza de té vacía y se lo bebió de un solo trago. Volvió a caer en su silla; pero en pocos minutos se recuperó y pareció más fuerte.

—Edward, querido Edward, ¿qué ocurre? —dijo Maggie, al fin; pues él se levantó y se tambaleaba hacia la puerta exterior, como si fuera a salir de nuevo a la lluvia y al lúgubre amanecer.

La miró ferozmente cuando ella le puso la mano en el brazo.

—¡Maldita seas! No me toques. ¡No me quedaré aquí para que me atrapen y me ahorquen!

Por un instante pensó que estaba loco.

—¡Atrapado y ahorcado! —repitió ella—. ¡Mi pobre Edward! ¿Qué quieres decir?

Se sentó de repente en una silla cercana y se cubrió la cara con las manos. Cuando habló, su voz era débil e implorante.

—¡La policía me persigue, Maggie! ¿Qué debo hacer? ¡Oh! ¿Puedes esconderme? ¿Puedes salvarme?

Parecía enloquecido, como una criatura acosada. Maggie se quedó horrorizada. Él continuó:

—¡Mi madre! ¡Nancy! ¿Dónde están? Estaba empapado y muerto de hambre, y vine aquí. No dejes que me lleven, Maggie, hasta que esté más fuerte y pueda dar batalla.

—¡Oh! ¡Edward! ¡Edward! ¿Qué estás diciendo? —dijo Maggie, sentándose en el aparador, en una absoluta y desconcertada desesperación—. ¿Qué has hecho?

—Apenas lo sé. Estoy en un sueño horrible. Veo que crees que estoy loco. Ojalá lo estuviera. ¿No bajaré Nancy pronto? Debes esconderme.

—¡La pobre Nancy está enferma en la cama! —dijo Maggie.

—Gracias a Dios —dijo él—. Hay una menos. Pero mi madre se levantará pronto, ¿no es así?

—Todavía no —replicó Maggie—. Edward, querido, intenta decirme qué has hecho. ¿Por qué te perseguiría la policía?

— Vaya, Maggie — dijo él con una especie de risa forzada y antinatural —, dicen que he falsificado.

— ¿Y lo has hecho? — preguntó Maggie, en un tono bajo y tranquilo de quieta agonía.

No respondió durante un tiempo, sino que se sentó, mirando al suelo con los ojos sin parpadear. Al final dijo, como si hablara consigo mismo:

— Si lo he hecho, no es más de lo que otros han hecho antes, y nunca han sido descubiertos. Solo estaba pidiendo dinero prestado. Tenía la intención de devolverlo. Si se lo hubiera pedido al señor Buxton, me lo habría prestado.

— ¡El señor Buxton! — dijo Maggie.

— ¡Sí! — respondió él, mirándola de repente y bruscamente —. Tu futuro suegro. El viejo amigo de mi padre. ¡Es él quien me está persiguiendo a muerte! ¡No hay necesidad de que te pongas tan blanca y horrorizada, Maggie! Es la forma del mundo, como podría haber sabido si no hubiera sido un tonto ciego.

— ¡El señor Buxton! — susurró ella, débilmente.

— ¡Oh, Maggie! — dijo él, arrojándose de repente a sus pies —, ¡sálvame! Puedes hacerlo. Escríbele a Frank, y haz que convenza a su padre de que me deje libre. ¡Vine a verte, mi dulce y misericordiosa hermana! Sabía que me salvarías. ¡Santo Dios! ¿Qué ruido es ese? ¡Hay pasos en el patio!

Y antes de que pudiera hablar, se había precipitado en el pequeño armario de la porcelana, que se abría desde el salón, y se había agazapado en la oscuridad. Era solo el hombre que traía el suministro matutino de leche de una granja vecina. Pero cuando Maggie abrió la puerta de la cocina, vio cómo la fría y pálida luz de un día de invierno había llenado el aire.

— Hoy llega tarde con las contraventanas, señorita — dijo el hombre —. Espero que Nancy no les haya dado una mala noche a todos. Le digo a Thomas, que vino conmigo hasta la puerta: «Hace muchos años que no veía esas contraventanas del salón echadas a las ocho y media».

Maggie fue, tan pronto como él se fue, y abrió todas las ventanas bajas, para que parecieran como de costumbre. Se maravilló de su propia composición exterior, mientras se sentía tan muerta y enferma de corazón. Su madre

se levantaría pronto; ¿debía decírselo? Edward le hablaba de vez en cuando desde su escondite. No se atrevía a volver a la cocina, a la que los pocos vecinos que tenían solían entrar, de camino a Combehurst por la mañana, para preguntar si podían hacer algún recado allí para la señora Browne o Nancy. Quizás había transcurrido un cuarto de hora o así desde la primera alarma, cuando, mientras Maggie intentaba encender el fuego del salón, para que el médico, cuando llegara, lo encontrara todo como de costumbre, oyó el clic de la puerta del jardín, y el paso de un hombre por el sendero. Subió corriendo las escaleras para lavar los rastros de las lágrimas que habían estado corriendo por su rostro mientras hacía su trabajo, antes de abrir la puerta. Allí, contra la luz acuosa del día lluvioso de fuera, estaba el señor Buxton. Apenas le habló, sino que la empujó al pasar y entró en el salón. Se sentó, como si no supiera lo que estaba haciendo. Maggie intentó reprimir su temblorosa alarma. Hacía mucho que no lo veía; y la vieja idea de su disposición amable y genial se había visto tristemente perturbada por lo que había oído de Frank, de sus severos procedimientos contra sus indignos arrendatarios; y ahora, si estaba poniendo a la policía en busca de Edward, era ciertamente de temer; ¡y con Edward tan cerca, al alcance del oído! ¡Si la porcelana se cayera! No sospecharía nada de eso; solo sería su propio terror. ¡Si su madre bajara! Pero, con todos estos pensamientos, estaba muy quieta, exteriormente, mientras esperaba que él hablara.

—¿Has tenido noticias de tu hermano últimamente? —preguntó él, mirando hacia arriba de manera airada y perturbada—. Pero te aseguro que no ha estado escribiendo a casa desde hace tiempo. No podría, con la culpa que ha tenido en su conciencia. No volveré a creer en la gratitud. Quizás existió una vez; pero hoy en día, cuanto más haces por una persona, más seguros están de volverse contra ti y engañarte. Ahora, no te pongas blanca y pálida. Sé que eres una buena chica en general; y he estado despierto toda la noche, y tengo mucho que decirte. ¡Ese canalla de tu hermano!

Maggie no podía preguntar (como habría sido natural, si hubiera sido ignorante) qué había hecho Edward. Lo sabía demasiado bien. Pero el señor Buxton estaba demasiado lleno de sus propios pensamientos y sentimientos como para prestarle mucha atención.

—¿Sabes que ha sido como los demás? ¿Sabes que me ha estado engañando, falsificando mi nombre? No sé qué más. Es una suerte para él que hayan cambiado las leyes, y no puedan ahorcarlo por ello (un peso muerto y

pesado fue quitado de la mente de Maggie), pero el señor Henry va a deportarlo. Es peor que Crayston. Crayston solo aró el césped, y no pagó el alquiler, y vendió la madera, pensando que nunca la echaría de menos. Pero tu hermano ha ido y ha falsificado mi nombre. Había recibido todo el dinero de la compra, mientras que solo me dio la mitad, y dijo que el resto vendría después. ¡Y el canalla ingrato ha ido y ha dado un recibo falso! Podrías haberme derribado con una paja cuando el señor Henry me lo contó todo anoche. «No me hables más de virtud y esas pamplinas», le dije, «nunca creeré en ellas. Cada uno va a lo suyo». Sin embargo, el señor Henry escribió al superintendente de policía de Woodchester; y ha ido él mismo esta mañana a ocuparse del asunto. ¡Pero pensar que tu padre tuviera un hijo así!

— ¡Oh, mi pobre padre! — sollozó Maggie —. ¡Qué contenta estoy de que estés muerto antes de que esta desgracia cayera sobre nosotros!

— Bien puedes decir desgracia. Eres una buena chica, Maggie. Siempre lo he dicho. Cómo Edward ha resultado ser como es, no puedo concebirlo. Pero ahora, Maggie, tengo algo que decirte. — Se movió inquieto, como si no supiera por dónde empezar. Maggie estaba de pie, con la cabeza apoyada en la repisa de la chimenea, deseando que su visitante se fuera, temiendo el minuto siguiente y deseando encogerse en algún rincón oscuro del olvido donde pudiera olvidarlo todo por un tiempo, hasta recuperar una pequeña porción de la fuerza corporal que tan duramente había sido probada últimamente. El señor Buxton vio su blanca mirada de angustia y la leyó en parte, pero no del todo. Estaba demasiado concentrado en lo que iba a decir.

— He estado despierto toda la noche, pensando. Ves la desgracia que es para ti, aunque seas inocente; y estoy seguro de que no puedes pensar en involucrar a Frank en ella.

Maggie fue al pequeño sofá y, arrodillándose junto a él, escondió el rostro en los cojines. Él no continuó, pues pensó que no lo estaba escuchando. Al fin dijo:

— Vamos ahora, sé una chica sensata y enfréntalo. Tengo un plan que proponerte.

— Le oigo — dijo ella, con una voz apagada y velada.

— Vaya, sabes lo contrario que siempre he estado a este compromiso. Frank solo tiene veintitrés años, y no sabe lo que quiere, como le digo.

Además, podría casarse con quien quisiera.

—Me ha elegido a mí —murmuró Maggie.

—Por supuesto, por supuesto. Pero no pensarás en obligarlo a cumplirlo, después de lo que ha pasado. No querrías que un tipo tan estupendo como Frank fuera señalado como el cuñado de un falsificador, ¿verdad? Estaba lejos de lo que deseaba para él antes; ¡pero ahora! Vaya, te alegras de que tu padre esté muerto, en lugar de que haya vivido para ver este día; y con razón, creo. Y no irás a deshonrar a Frank. Por lo que oye el señor Henry, Edward ha sido un descrédito para ti de muchas maneras. El señor Henry estuvo en Woodchester ayer, y dice que si Edward ha sido debidamente admitido como abogado, su nombre puede ser borrado del registro por muchas cosas que ha hecho. ¡Piensa en que el brillante nombre de mi Frank se vea empañado por cualquier conexión con un hombre así! El señor Henry dice que, incluso en un tribunal de justicia, lo que ha salido a la luz sobre Edward sería excusa suficiente para una ruptura de promesa de matrimonio.

Maggie levantó su rostro demacrado; las pupilas de sus ojos estaban dilatadas, sus labios estaban mortalmente pálidos. Miró directamente al señor Buxton con indignada impaciencia:

—¡Señor Henry! ¡Señor Henry! ¿Qué tiene que ver el señor Henry conmigo?

El señor Buxton se quedó atónito ante la mirada salvaje e imperiosa, tan nueva en su rostro apacible y dulce. Pero estaba resuelto por el bien de Frank, y volvió a la carga después de una pausa de un momento.

—El señor Henry es un buen amigo mío, que se preocupa por mis intereses. Sabe qué motivo de pesar ha sido para mí su compromiso; aunque realmente mi repugnancia hacia él carecía de causa antes, en comparación con lo que es ahora. Ahora, sé razonable, querida. Estoy dispuesto a hacer algo por ti si tú haces algo por mí. Debes ver qué fin ha puesto este triste asunto a cualquier pensamiento entre tú y Frank. Y debes ver qué motivo tengo para desear castigar a Edward por su comportamiento ingrato, por no hablar de la falsificación. ¡Bueno, pues! No sé qué me dirá el señor Henry, pero he pensado en esto. Si escribes una carta a Frank, diciendo simplemente y con claridad que, por razones que deben permanecer siempre en secreto...

—¿Permanecer en secreto para Frank? —dijo Maggie, levantando de nuevo la cabeza—. ¿Por qué?

—¿Por qué? ¡querida! Me asustas con esos modales tuyos; déjame terminar mi frase. Si dices que, por razones que deben permanecer siempre en secreto, renuncias decidida e inalterablemente a toda conexión, a todo compromiso con él (lo cual, de hecho, la conducta de Edward ha puesto fin), yo iré a Woodchester y le diré al señor Henry y a la policía que no necesitan seguir buscando a Edward, porque no declararé contra él. Puedes salvar a tu hermano; y no te harás ningún daño escribiendo esta carta, porque, por supuesto, ves que tu compromiso está roto. Pues nunca querrías deshonorar a Frank.

Hizo una pausa, esperando ansiosamente su respuesta. Ella no habló.

—Estoy seguro de que, si declaro contra él, es como si lo deportaran —añadió, después de un rato.

Justo en ese momento, se oyó un pequeño sonido de porcelana desplazada en el armario. El señor Buxton no le prestó atención, pero Maggie lo oyó. Se levantó y se plantó, muy tranquila, ante el señor Buxton.

—Debe irse —dijo ella—. Le conozco; y sé que no es consciente de la manera cruel en que me ha hablado, mientras me pedía que renunciara a la esperanza misma y a la médula de mi vida... —no pudo continuar por un momento; estaba ahogada por la angustia.

—Era la verdad, Maggie —dijo él, algo avergonzado.

—Fue la verdad lo que hizo su crueldad. Pero no pretendía hablarme con crueldad, lo sé. Solo que es duro, de repente, ser llamada a enfrentar la vergüenza y el carácter arruinado de quien una vez fue un niño inocente a la rodilla del mismo padre.

—Puede que haya hablado con demasiada franqueza —dijo el señor Buxton—, pero era necesario exponer la pura verdad ante ti, por el bien de mi hijo. ¿Escribirás la carta que te pido?

Su mirada era errante e incierta. Su atención estaba distraída por sonidos que para él no tenían significado; y sintió que su juicio vacilaba y se perturbaba.

—No puedo decirlo. Deme tiempo para pensar; lo haré, estoy seguro. Váyase ahora, y déjeme sola. Si es lo correcto, Dios me dará fuerzas para hacerlo, y quizás Él me consolará en mi desolación. Pero no lo sé, no puedo decirlo. Debo tener tiempo para pensar. Váyase ahora, si le place, señor — dijo ella, implorante.

—Estoy seguro de que verá que es algo correcto lo que le pido —insistió él.

—Váyase ahora —repitió ella.

—Muy bien. En dos horas, volveré; por tu bien, el tiempo es precioso. Incluso mientras hablamos puede ser arrestado. A las once, volveré.

Se fue, dejándola enferma y mareada por el esfuerzo de estar tranquila y serena para poder pensar. Había olvidado por un momento lo cerca que estaba Edward; y se sobresaltó cuando vio abrirse la puerta del armario y asomar su rostro.

—¿Se ha ido? Pensé que no se iría nunca. ¡Cuánto tiempo lo has entretenido, Maggie! Tuve tanto miedo, una vez, de que te sentaras a escribir la carta en esta habitación; y entonces supe que se quedaría y te importunaría con interrupciones y consejos, de modo que nunca terminarías; y casi se me rompe la espalda. Pero lo despachaste de maravilla. ¡Vaya, Maggie! ¡Maggie! ¡No te irás a desmayar, seguramente!

Su repentino estallido de un susurro a una fuerte exclamación de sorpresa la hizo reaccionar; pero no podía mantenerse en pie. Intentó sonreír, pues él parecía realmente asustado.

—He estado velando muchas noches... ¡y ahora este dolor! —Su sonrisa se desvaneció en un gemido débil y lastimero.

—¡Bueno, bueno! ya pasó, ¿ves? Yo mismo estaba bastante asustado esta mañana, lo reconozco; y entonces fuiste valiente y amable. Pero sabía que podías salvarme, desde el principio.

En ese momento se abrió la puerta y entró la señora Browne.

—¡Vaya, Edward, querido! ¡Quién hubiera pensado en verte! Esto es muy amable de tu parte; ¡qué agradable sorpresa! A menudo decía que podrías venir un día desde Woodchester. ¿Qué pasa, Maggie, pareces tan agotada? Está perdiendo toda su belleza, ¿no es así, Edward? ¿Dónde está el

desayuno? Pensé que lo encontraría todo listo. ¿Qué pasa? ¿Por qué no habláis? —dijo ella, poniéndose ansiosa ante su silencio. Maggie dejó la explicación a Edward.

—Madre —dijo él—, he sido un chico un poco travieso y me he metido en algunos problemas; pero Maggie va a ayudarme a salir de ellos, como una buena hermana.

—¿Qué es? —dijo la señora Browne, con aspecto desconcertado e inquieto.

—Oh... me tomé una pequeña libertad con el nombre de nuestro amigo el señor Buxton; y lo escribí en un recibo, eso fue todo.

El rostro de la señora Browne mostraba que la luz entraba lentamente en su mente.

—Pero eso es falsificación, ¿no es así? —preguntó al fin, aterrorizada.

—La gente lo llama así —dijo Edward—; yo lo llamo pedir prestado a un viejo amigo, que siempre estuvo dispuesto a prestar.

—¿Lo sabe él? ¿Está enfadado? —preguntó la señora Browne.

—Sí, lo sabe; y fanfarronea mucho. Al principio se estaba enfadando mucho. ¡Maggie! Te digo que me estaba asustando de verdad.

—¿Ha estado aquí? —dijo la señora Browne, con un espanto desconcertado.

—¡Oh, sí! Él y Maggie han tenido una larga conversación, mientras yo estaba escondido en el armario de la porcelana. No volvería a pasar por esa media hora por ningún dinero. Sin embargo, él y Maggie llegaron a un acuerdo, al final.

—¡No, Edward, no lo hicimos! —dijo Maggie, con una voz baja y temblorosa.

—Casi. Ella va a renunciar a su compromiso, y entonces él me dejará libre.

—¿Quieres decir que Maggie va a renunciar a su compromiso con el señor Frank Buxton? —preguntó su madre.

—Sí. Nunca habría llegado a nada, eso se veía. El viejo Buxton se habría opuesto hasta el día del juicio final. Y, tarde o temprano, Frank se habría cansado. Si Maggie hubiera tenido algo de espíritu, podría haberlo convencido para que se casara con ella antes; y entonces me habría ahorrado incluso este susto, pues nunca habrían mandado a la policía tras el hermano de la señora Frank Buxton.

—Vaya, querido Edward, la policía no te persigue, ¿verdad? —dijo la señora Browne, por primera vez consciente de la urgencia del caso.

—Creo que sí —dijo Edward—. Pero después de lo que el señor Buxton prometió esta mañana, no importa.

—No prometió nada —dijo Maggie.

Edward se volvió bruscamente hacia ella y la miró. Luego fue y le agarró las muñecas con no poca fuerza, y le habló entre dientes apretados.

—¿Qué quieres decir, Maggie? ¿Qué quieres decir? (dándole una pequeña sacudida). ¿Quieres decir que te aferrarás a tu amante contra viento y marea, y dejarás que a tu hermano lo deporten? Habla, ¿no puedes?

Ella lo miró e intentó hablar, pero no salieron palabras de su garganta seca. Al final hizo un gran esfuerzo.

—Debes darme tiempo para pensar. Haré lo que es correcto, con la ayuda de Dios.

—Como si no fuera correcto —y qué tontería— salvar a tu hermano —dijo él, apartando las manos de ella de manera apasionada.

—Necesito estar sola —dijo Maggie, levantándose e intentando mantenerse firme en la habitación que se tambaleaba. Oyó a su madre y a Edward hablar, pero sus palabras no le dieron ningún significado, y salió. Estaba saliendo de la casa por la puerta de la cocina, cuando se acordó de Nancy, dejada sola e indefensa durante toda esta larga mañana; y, por muy mal que pudiera soportar la detención de la soledad que anhelaba buscar, cumplió pacientemente sus pequeños deberes y buscó algo de desayuno para la pobre anciana.

Cuando lo subió, Nancy dijo:

—Algo pasa. Tienes problemas en tu dulce rostro, mi niña. No te preocupes por contármelo... solo no solloces así. Rezaré por ti, niña, y Dios te ayudará.

—Gracias, Nancy. Hazlo. —Y salió de la habitación.

## CAPÍTULO IX.

Cuando abrió la puerta de la cocina, había la misma llovizna pequeña y fina que había oscurecido la luz durante semanas, y ahora parecía oscurecer la esperanza.

Subió lentamente (pues en verdad estaba muy débil) por el sendero del páramo, y se arrojó bajo el espino sin hojas, cada pequeña rama y ramita del cual estaba cargada de gotas de lluvia. No vio el amado y familiar paisaje por sus lágrimas, y no echó de menos las colinas en la distancia que estaban ocultas detrás de las nubes de lluvia y los chubascos.

La señora Browne y Edward se sentaron junto al fuego. Él le contó su propia historia; haciendo la tentación fuerte; el crimen un mero error trivial y venial, en el que había caído, por su idea de que iba a convertirse en el agente del señor Buxton.

—Pero si es solo eso —dijo la señora Browne—, seguramente el señor Buxton no pensará en llevarte a juicio.

—No es solo llevarme a juicio lo que pensará, sino juzgarme y deportarme. Ese Henry que ha contratado como agente es tan astuto como una aguja y tan duro como la muela inferior del molino. Y el tipo ha conseguido tal dominio sobre el señor Buxton, que no se atreve a hacer más que lo que

le dice. No puedo imaginar cómo le quedó tanta voluntad propia como para venir con su propuesta a Maggie; a menos que, en efecto, Henry lo sepa, o, lo que es más probable de todo, lo haya instigado a ello. Entre los dos le han dado a ese pobre tonto de Crayston una buena dosis; y yo habría salido aún peor si no hubiera sido por Maggie. Que me libere esta vez, y me mantendrá a barlovento de la ley en el futuro.

—Si vendiéramos la cabaña podríamos devolverlo —dijo la señora Browne, meditando—. Maggie y yo podríamos vivir con muy poco. Pero ya ves que esta propiedad está en fideicomiso para vosotros dos.

—No, madre; no debes hablar de devolverlo. Créeme, estará tan contento de tener a Frank libre de su compromiso, que no pensará en pedir el dinero. Y si el señor Henry dice algo al respecto, podemos decirle que no es ni la mitad de los daños y perjuicios que habrían tenido que darle a Maggie, si Frank se hubiera librado de cualquier otra manera. Ojalá volviera; la prepararé un poco sobre qué decir. Vigila, madre, no sea que el señor Buxton regrese y me encuentre aquí.

—Ojalá Maggie entrara también —dijo la señora Browne—. Me temo que se resfriará con este día húmedo, y entonces tendré a dos que cuidar. Crees que lo dejaré, ¿verdad, Edward? Si no lo hace, me temo que te pase algo malo. ¿No sería mejor que te mantuvieras fuera de la vista?

—Es fácil hablar. ¿A dónde voy a ir fuera de la vista de la policía en este día lluvioso, y sin un chelín en el mundo, además? Si me das algo de dinero, me iré lo más rápido posible, y me aseguraré doblemente. No tengo mucho miedo de Maggie. Es una criatura dócil y manejable, y siempre puedo convencerla de lo que queremos. Más le vale tener cuidado, también —dijo él, con una mirada desesperada en el rostro—, porque, por Dios, haré que renuncie a toda idea de Frank, antes que ser capturado y juzgado. ¡Vaya! Es mi oportunidad para toda mi vida; ¿y crees que la frustraré por el capricho de una chica?

—Creo que también es bastante duro para ella —suplicó su madre—. Le tiene mucho cariño; y habría sido un partido tan bueno para ella.

—¡Bah! Todavía no tiene diecinueve años, y tiene mucho tiempo por delante para encontrar a otro; mientras que, ¿no ves?, si me atrapan y me deportan, estoy acabado de por vida. Además, tengo la idea de que Frank ya

había empezado a cansarse del asunto; se habría roto en un mes o dos, sin que ella ganara nada con ello.

—Bueno, si tú lo crees —respondió la señora Browne—. Pero lo siento por ella. Siempre le dije que era una tonta por pensar tanto en él; pero sé que se apenará mucho si se deja.

—¡Oh! Pronto se consolará pensando que me ha salvado. Ojalá viniera. Deben ser cerca de las once. Ojalá viniera. ¡Escucha! ¿No es esa la puerta de la cocina? —dijo él, poniéndose blanco y refugiándose una vez más en el armario de la porcelana. Lo mantuvo entreabierto hasta que oyó a Maggie cruzar el suelo suave y lentamente. Abrió la puerta del salón y se quedó mirando, con la extraña mirada imperceptiva de una sonámbula. Luego se despabiló y vio que él no estaba allí; así que entró uno o dos pasos, y se sentó con su capa empapada en una silla cerca de la puerta.

Edward regresó, audaz ahora que no había peligro.

—¡Maggie! —dijo él—, ¿qué has decidido decirle al señor Burton?

Ella suspiró profundamente; y luego alzó sus grandes e inocentes ojos hacia su rostro.

—No puedo renunciar a Frank —dijo ella, con una voz baja y tranquila.

La señora Browne levantó las manos y exclamó aterrorizada:

—¡Oh, Edward, Edward! Vete, te daré toda la plata que tengo; puedes venderla. ¡Querido mío, vete!

—No hasta que haya hecho entrar en razón a Maggie —dijo él, de una manera tan tranquila como la de ella, pero con una ferocidad contenida, que ella vio, pero que no la intimidó.

Se acercó a ella y habló en voz baja.

—Maggie, fuimos niños juntos... nosotros dos... ¡hermano y hermana de una misma sangre! ¿Me entregas para que me metan en la cárcel... en los presidios... entre los criminales más viles... no sé dónde... todo por el bien de tu propia felicidad egoísta?

Ella tembló mucho; pero no habló ni lloró, ni hizo ningún ruido.

—Siempre fuiste egoísta. Siempre pensaste en ti misma. Pero esta vez pensé que habrías demostrado lo diferente que podías ser. Pero es el egoísmo... el egoísmo... por encima de todo.

—¡Oh, Maggie! ¿Cómo puedes ser tan desalmada y egoísta? —repitió la señora Browne, llorando y sollozando.

—¡Madre! —dijo Maggie—, sé que pienso demasiado a menudo y demasiado en mí misma. Pero esta vez pensé solo en Frank. Él me ama; le rompería el corazón si escribiera como desea el señor Buxton, separando nuestras vidas y sin dar ninguna razón para ello.

—¡Te ama tanto! —dijo Edward, burlonamente—. ¡El amor de un hombre romperle el corazón! ¡Tienes unas ideas muy bonitas! ¿Quién te dijo que te amaba tan desesperadamente? ¿Cómo lo sabes?

—Porque yo lo amo así —dijo ella, con voz tranquila y seria—. No conozco ninguna otra razón; pero esa es suficiente para mí. Le creo cuando dice que me ama; y no tengo derecho a causarle el infinito... el terrible dolor, que mi propio corazón me dice que sentiría, si hiciera lo que el señor Buxton me pide.

Sus modales eran tan sencillos y absolutamente veraces, que eran tan tranquilos y valientes como los de un niño; las feroces miradas de ira de su hermano no tenían poder sobre ella; y su fanfarronería se desvaneció ante ella hasta convertirse en algo de la cobardía asustada que había mostrado por la mañana. Pero la señora Browne se acercó a Maggie y le tomó la mano entre las suyas, que temblaban. —Maggie, puedes salvar a Edward. Sé que no te he querido como debería; pero te querré y te consolaré para siempre, si tan solo escribes como dice el señor Buxton. ¡Piensa! Quizás el señor Frank no te tome la palabra, sino que venga a verte, y todo se arregle, y aun así Edward se salve. Es solo escribir esta carta; no tienes que cumplirla.

—¡No! —dijo Edward—. Una firma, si puedes probar coacción, no es válida. Todos probaremos que escribes esta carta bajo coacción; y si Frank te ama tan desesperadamente, no te abandonará sin intentar hacerte cambiar de opinión.

—¡No! —dijo Maggie, con firmeza—. Si escribo la carta, la mantengo. No jugaré con mi conciencia. ¡Edward! No me casaré, iré a vivir cerca de ti,

y vendré a verte siempre que pueda, y te entregaré mi vida si te envían a prisión; mi madre y yo iremos, si es necesario. No sé todavía qué puedo o no puedo hacer por ti, pero todo lo que pueda lo haré; pero esto, una cosa, no puedo.

— ¡Entonces me largo! — dijo Edward—. Que en tu lecho de muerte recuerdes esta hora, y cómo negaste la petición de tu único hermano. Que pidas mi perdón con tu último aliento, y que yo esté allí para negártelo.

— ¡Espera un minuto! — dijo Maggie, levantándose rápidamente—. Edward, no me maldigas con palabras tan terribles hasta que todo esté hecho. Madre, te imploro que lo retengas aquí. Escóndelo, haz lo que puedas para ocultarlo. Haré un intento más. — Cogió su sombrero y se fue, antes de que tuvieran tiempo de pensar o hablar para detenerla.

Voló por el camino de Combehurst. Mientras iba, las lágrimas caían como lluvia por su rostro, y hablaba consigo misma.

«No debería haber dicho eso. ¡No! no debería haber dicho eso. Éramos los únicos dos». Pero aun así siguió adelante, sobre el brezo espeso, húmedo y marrón. Vio venir al señor Buxton; y fue aún más rápido. La lluvia había cesado, y un amarillento y acuoso rayo de sol luchaba por salir. Se detuvo o él la habría pasado sin prestarle atención; poco esperaba encontrarla allí.

— Quería verle — dijo ella, recuperando de repente la compostura, y asumiendo casi un aire digno—. No debe bajar a nuestra casa; ya tenemos suficiente dolor allí. Venga bajo estos abetos, y déjeme hablarle.

— Espero que haya pensado en lo que dije, y esté dispuesta a hacer lo que le pedí.

— ¡No! — dijo ella—. He pensado y pensado. No pensé con espíritu egoísta, aunque digan que sí. Recé primero. No podría hacerlo con fervor y ser egoísta, creo. No puedo renunciar a Frank. Conozco la deshonra; y si él, sabiéndolo todo, decide abandonarme, nunca diré una palabra, sino que inclinaré la cabeza, e intentaré vivir mis días señalados tranquila y alegremente. Pero él es el juez, no usted; ni yo tengo derecho alguno a hacer lo que me pide. — Se detuvo, porque la agitación le quitaba el aliento.

Él comenzó con frialdad: — Lo siento mucho. La ley debe seguir su curso. Habría salvado a mi hijo del dolor de todo este conocimiento, y del que,

por supuesto, sentirá ante la necesidad de renunciar a su compromiso. Me habría negado a declarar contra su hermano, por muy vergonzosamente ingrato que haya sido. Ahora no puede extrañarle que actúe según el consejo de mi agente y procese a su hermano como si fuera un extraño.

Se volvió para irse. Era tan frío y decidido que por un momento Maggie se sintió tímida. Pero entonces le puso la mano en el brazo.

— Señor Buxton — dijo ella —, no hará lo que amenaza. Le conozco mejor. ¡Piense! Mi padre fue su viejo amigo. Ese derecho, quizás, ha desaparecido con la conducta de Edward. Pero no creo que pueda olvidarlo para siempre. Si cumpliera la amenaza que acaba de proferir, llegarían momentos, a medida que envejeciera y la vida se desvaneciera ante usted — tiempos tranquilos de reflexión, en los que recordaría los días de su juventud, y los amigos que entonces tuvo y conoció —; recordaría que uno de ellos había dejado un único hijo, que había obrado mal, que había pecado, pecado contra usted en su debilidad; y pensaría entonces — no podría evitarlo — cómo había olvidado la misericordia en la justicia; y, como la justicia requería que fuera tratado como un criminal, lo arrojó entre criminales, donde todo destello de bondad se oscureció para siempre. Edward es, después de todo, más débil que malvado; pero se volverá malvado si lo mete en la cárcel y lo deporta. Dios es misericordioso; no podemos decir ni pensar cuán misericordioso. Oh, señor, estoy tan segura de que será misericordioso y le dará a mi hermano — mi pobre hermano pecador — una oportunidad, que se lo contaré todo. Me arrojaré a su piedad. Edward está ahora mismo en casa — miserable y desesperado —; mi madre está demasiado aturdida para comprender toda nuestra desdicha, pues muy desdichados somos en nuestra vergüenza.

Mientras hablaba, el viento se levantó y tembló en las hojas filamentosas de los abetos, y hubo un sonido quejumbroso como de un Ariel aprisionado en las espesas ramas que, enredadas sobre sus cabezas, les daban cobijo. O bien el ruido o la fantasía del señor Buxton evocaron un eco a la voz de Maggie — una súplica con su súplica —, un triste tono de pesar, distinto pero mezclándose con su discurso, y un sonido descendente y moribundo, mientras su voz se desvanecía en una miserable suspense.

Podría ser que, formada como estaba por el cuidado y el amor de la señora Buxton, sus acentos y palabras fueran tales como los que aquella dama,

ahora en reposo de todo dolor, habría usado; de alguna manera, en cualquier caso, el pensamiento cruzó la mente del señor Buxton, de que mientras Maggie hablaba, se oía la voz de su difunta esposa, implorando misericordia en un tono claro y distinto, aunque débil, como si estuviera separada de él por una infinita distancia de espacio. Al menos, esta es la explicación que el señor Buxton habría dado de la manera en que la idea de su esposa se le hizo presente, y de lo que ella habría deseado que él hiciera, un motivo poderoso en su conducta. Palabras tuyas, dichas hace mucho tiempo, y expresiones misericordiosas y perdonadoras utilizadas en días pasados para ablandarlo en algún estado de ánimo airado, fueron claramente recordadas mientras Maggie hablaba; y su influencia fue perceptible en el cambio de su tono, y la vacilación de sus modales en adelante.

—Y sin embargo, no salvaré a Frank de verse envuelto en su desgracia —dijo él; pero más como si sopesara y deliberara el caso que como había hablado antes.

—Si Frank lo desea, me retiraré tranquilamente de su vista para siempre; le doy mi promesa, ante Dios, de hacerlo. No pronunciaré ni una palabra de súplica o queja. Intentaré no preguntarme ni sentir sorpresa; bendeciré cada acción de su vida futura; pero piense cuán diferente sería la desgracia que él incurriría voluntariamente a la vergüenza de mi pobre madre, cuando despierte y sepa lo que ha hecho su hijo. Su mismo letargo al respecto ahora es más doloroso de lo que las palabras pueden decir.

—¿Qué podría hacer Edward? —preguntó el señor Buxton—. El señor Henry no quiere ni oír hablar de que yo pase por alto ningún fraude.

—¡Oh, cede usted! —dijo Maggie, tomándole la mano y apretándosela—. ¿Qué podría hacer? Podría hacer lo mismo, fuera lo que fuese, que usted pensó que haría, si yo hubiera escrito esa terrible carta.

—¿Y estarás dispuesta a renunciar a él, si Frank lo desea, cuando lo sepa todo? —preguntó el señor Buxton.

Cruzó las manos y bajó la cabeza, pero respondió con firmeza.

—Lo que Frank desee, cuando lo sepa todo, lo haré con gusto. Diré la verdad. No creo que ninguna vergüenza que me rodee, y no que esté en mí, altere en lo más mínimo el amor de Frank.

— Ya veremos — dijo el señor Buxton—. Pero lo que yo pensaba que Edward haría, en caso de... Bueno, no importa (viendo cómo ella se encogía ante toda mención de la carta que le había pedido que escribiera), era irse a América, para quitarse de en medio. Entonces el señor Henry pensaría que había escapado, y nunca necesitaría que le contaran mi connivencia. Creo que renunciaría a la agencia, si lo hiciera; y es un hombre muy inteligente. Si Ned está en Inglaterra, el señor Henry lo descubrirá. Y, además, este asunto se ha divulgado tanto que no creo que pudiera volver a su profesión. ¿Qué dices a esto, Maggie?

— Se lo diré a mi madre. Debo preguntarle. A mí me parece de lo más deseable. Solo que, me temo que está muy enfermo; y parece solitario; ¡pero no importa! Deberíamos estarle agradecidos para siempre. No puedo decirle cuánto espero y confío en que vivirá para demostrarle lo que su bondad ha hecho de él.

— Pero no debes perder tiempo. Si el señor Henry lo rastrea, no respondo de mí mismo. No tendré una buena razón que dar, como la habría tenido si le hubiera podido decir que Frank y tú ibais a ser como extraños el uno para el otro. E incluso entonces habría tenido miedo, es un tipo tan decidido; pero extraordinariamente inteligente. ¡Espera! — dijo, cediendo a un deseo repentino e inexplicable de ver a Edward y descubrir si su criminalidad había cambiado de alguna manera su apariencia exterior—. Iré contigo. Puedo acelerar las cosas. Si Edward se va, debe partir lo antes posible hacia Liverpool y no dejar rastro. El próximo paquebote zarpa pasado mañana. Lo anoté del Times .

Maggie y él se apresuraron por el camino. Él expresaba sus pensamientos en voz alta:

— Me pregunto si me estará agradecido por esto. No es que piense buscar gratitud nunca más. Pienso intentar no preocuparme por nadie más que por Frank. «Gobierna a los hombres por la fuerza externa», dice el señor Henry. Es un hombre extraordinariamente inteligente, y dice que cuanto más vive, más se convence de la maldad de los hombres. Ahora siempre la busca, incluso en los que son los mejores, aparentemente.

Maggie estaba demasiado ansiosa para responder, o incluso para prestarle atención. En la cima de la ladera, le pidió que esperara mientras ella corría a contar el resultado de su conversación. Su madre estaba sola, con aspecto

pálido y enfermo. Le dijo que Edward se había ido al pajar, sobre el viejo y en desuso establo.

Maggie relató la esencia de su entrevista con el señor Buxton, y su deseo de que Edward se fuera a América.

— ¡A América! — dijo la señora Browne—. Vaya, eso está tan lejos como Botany Bay. Es como deportarlo. Pensé que habías hecho algo por nosotros, parecías tan contenta.

— Queridísima madre, es algo. No va a ser sometido a prisión ni a juicio. Debo ir a decírselo, solo que primero debo hacerle una seña al señor Buxton. Pero cuando venga, demuéstrole lo agradecidos que estamos por su misericordia hacia Edward.

Los murmullos de la señora Browne, fuera cual fuera su significado, se perdieron para Maggie. Corrió a través del patio y subió la ladera, con la ligereza de un cervatillo; pues aunque estaba cansada de cuerpo en un exceso que nunca antes había experimentado en su vida, el rayo de esperanza que se abría en el oscuro cielo hizo que su espíritu venciera a su carne por el momento.

No se detuvo a hablar, sino que se dio la vuelta tan pronto como le hizo una seña al señor Buxton para que la siguiera. Dejó la puerta de la casa abierta para su entrada, y salió de nuevo por la cocina al espacio de atrás, que era en parte un patio sin cercar y en parte un páramo rocoso. Corrió a través del pequeño prado hasta el establo, y subió la escalera hasta el desván tenuemente iluminado. Arriba, en un rincón oscuro, estaba Edward, con un viejo rastrillo en la mano.

— ¡Pensé que eras tú, Maggie! — dijo, exhalando un profundo suspiro de alivio—. ¿Qué has hecho? ¿Has aceptado escribir la carta? Has hecho algo por mí, lo veo en tu cara.

— ¡Sí! Se lo he contado todo al señor Buxton. Te espera en el salón. ¡Oh! ¡Sabía que no podía ser tan duro! — Estaba sin aliento.

— ¡No te entiendo! — dijo él—. ¿No habrás sido tan tonta de ir a decirle dónde estoy?

— Sí, lo he hecho. Sentí que podía confiar en él. Ha prometido no procesarte. Lo peor es que dice que debes ir a América. Pero baja, Ned, y háblale.

Le debes las gracias, y quiere verte.

—No puedo pasar por una escena. No estoy para eso. Además, ¿estás segura de que no me está tendiendo una trampa para entregarme a la policía? Si tuviera un céntimo no confiaría en él, sino que me iría a los páramos.

—¡Oh, Edward! ¿Cómo crees que haría algo tan traicionero y mezquino? Te ruego que no pierdas tiempo en desconfianzas. Él mismo dice que si el señor Henry llega antes de que te vayas, no sabe cuál será la consecuencia. El paquebote zarpa para América en dos días. Es triste para ti tener que irte. Quizás incluso todavía piense en algo mejor, aunque no sé cómo podemos pedirlo o esperarlo.

—No quiero nada mejor —replicó él— que tener suficiente dinero para llevarme a América. Estoy en más apuros que este (aunque ninguno tan grave) en Inglaterra; y en América hay muchas oportunidades para hacer fortuna. —La siguió bajando los escalones mientras hablaba. Una vez bajo la luz amarilla del día acuoso, le impresionó su aspecto macabro. Afiladas líneas de sospecha y astucia parecían haberse grabado en su rostro, haciéndolo parecer muchos años mayor de lo que su edad justificaba. Su elegante traje de noche, todo manchado por el tiempo y sucio, se sumaba a su apariencia desamparada y de mala reputación; pero sobre todo —más profundamente que todo— fue la impresión que recibió de que no le quedaba mucho tiempo en este mundo; y, ¡oh!, ¡qué poco preparado para el siguiente! Aun así, si se le daba tiempo, si se le alejaba de la tentación, pensó que el hijo de su padre aún podría arrepentirse y salvarse. Le tomó la mano, pues él se estaba quedando atrás mientras se acercaban a la puerta del salón, y lo condujo adentro. Parecía un ángel guardián, con su rostro que irradiaba confianza, esperanza y gratitud. Él, por el contrario, bajó la cabeza con una vergüenza airada y torpe; y casi deseó haber confiado en su propio ingenio e intentado evadir a la policía, en lugar de haber sido forzado a esta entrevista.

Su madre se acercó a él; pues lo amaba con más ternura ahora que parecía degradado y sin amigos. No podía, o no quería, comprender el alcance de su culpa; y había reprochado al señor Buxton hasta el límite por pensar en enviarlo a América. Hubo un silencio cuando entró que le resultó insoportable. Levantó la vista con ojos nublados, que no se atrevían a encontrarse con los del señor Buxton.

—Estoy aquí, señor, para saber qué desea que haga. Maggie dice que debo ir a América; si es allí donde quiere enviarme, estoy listo.

El señor Buxton deseó estar lejos con tanto fervor como Edward. Los reproches de la señora Browne, justo cuando sentía que había hecho una buena acción y había cedido, en contra de su juicio, a las súplicas de Maggie, le habían hecho sentirse muy maltratado. Y ahora aquí estaba Edward hablando de una manera hosca y salvaje, en lugar de mostrar gratitud alguna. La idea del severo disgusto del señor Henry se cernía en el fondo.

—¡Sí! —dijo él—. Me alegro de ver que aceptas la idea de ir a América. Es el único lugar para ti. Cuanto antes puedas ir, mejor.

—No puedo ir sin dinero —dijo Edward, obstinadamente—. Si hubiera tenido dinero, no habría necesitado venir aquí.

—¡Oh, Ned! ¿Te habrías ido sin verme? —dijo la señora Browne, rompiendo a llorar—. Señor Buxton, no puedo dejar que se vaya a América. Mire lo enfermo que está. Morirá si lo envía allí.

—Madre, no te dejes llevar así —dijo Edward, amablemente, tomándole la mano—. No estoy enfermo, al menos no de importancia. El señor Buxton tiene razón: América es el único lugar para mí. A decir verdad, aunque el señor Buxton sea lo suficientemente bueno (dijo esto como si no quisiera expresar ninguna palabra de agradecimiento) para no procesarme, hay otros que pueden, y lo harán. Estoy más seguro fuera del país. Deme suficiente dinero para llegar a Liverpool y pagar mi pasaje, y me iré en este mismo instante.

—¡No lo harás! —dijo la señora Browne, sujetándolo con fuerza—. Me dijiste esta mañana que te viste tentado y te equivocaste porque no tenías un hogar cómodo, ni nadie que se preocupara por ti y te hiciera feliz. Será peor en América. Volverás a equivocarte, y estarás lejos de todos los que puedan ayudarte. O morirás solo, en algún bosque remoto. ¡Maggie! podrías hablar y ayudarme, ¡cómo puedes quedarte tan quieta y dejar que se vaya a América sin decir una palabra!

Maggie alzó la vista, brillante y firme, como si viera algo más allá del presente material. Aquí estaba la oportunidad para el autosacrificio de la que la señora Buxton le había hablado en sus días de infancia: el momento

que llega para todos, pero que llega desapercibido e inadvertido para aquellos cuyos ojos no están entrenados para la vigilia.

— ¡Madre! ¿Podrías prescindir de mí por un tiempo? Si pudieras, y eso te tranquilizara y ayudara a Edward a... — La palabra en sus labios se desvaneció; pues parecía implicar un reproche a quien estaba en su vergüenza entre todos ellos.

— ¡Tú irías! — dijo la señora Browne, aferrándose a la frase inacabada—. ¡Oh, Maggie, eso es lo mejor que has dicho o hecho desde que naciste! Edward, ¿no te gustaría tener a Maggie contigo?

— Sí — dijo él —, bastante bien. Sería mucho mejor para mí que ir solo; aunque me atrevo a decir que podría abrirme camino bastante bien después de un tiempo. Si ella fuera, podría quedarse hasta que me sintiera asentado y hubiera hecho algunos amigos, y entonces podría volver.

El señor Buxton se asombró al principio por esta propuesta de Maggie. No pudo comprender de inmediato la diferencia entre lo que ella ahora ofrecía hacer y lo que él le había instado solo esa misma mañana. Pero al pensar en ello, percibió que lo que era suyo estaba dispuesta a sacrificarlo; pero que el corazón de Frank, una vez entregado a su fiel custodia, ella era responsable de él ante él y ante Dios. Esta luz descendió sobre él lentamente; pero cuando comprendió, admiró con una admiración casi maravillada. ¡Esa niña pequeña y tímida, lo suficientemente valiente como para cruzar el océano e ir a una tierra extraña, si tan solo pudiera ayudar a salvar a su hermano!

— Estoy seguro, Maggie — dijo él, volviéndose hacia ella —, que eres una criatura buena y considerada. Puede ser la salvación de Edward; creo que lo será. Creo que Dios te bendecirá por ser tan devota.

— El gasto se duplicará — dijo Edward.

— ¡Querido hijo! No te preocupes por el dinero. Puedo conseguirlo como adelanto sobre esta cabaña.

— En cuanto a eso, yo lo adelantaré — dijo el señor Buxton.

— ¿No podríamos — dijo Maggie, dudando por su falta de conocimiento — ceder los muebles, los libros de papá y la poca plata que tenemos al señor Buxton, algo así como empeñarlos, si él adelantara el dinero nece-

sario? Él, por extraño que parezca, es la única persona a la que podemos pedir en este gran aprieto.

Y así se arregló, después de algunas objeciones por parte del señor Buxton. Pero Maggie se mantuvo firme en su punto tan pronto como descubrió que era alcanzable; y la señora Browne fue igualmente inflexible, aunque por un sentimiento diferente. Consideraba al señor Buxton como la causa del destierro de su hijo, y se negaba a aceptar ningún favor de él. Si hubiera habido tiempo, de hecho, habría preferido obtener el dinero de la misma manera de cualquier otra persona. Edward se animó un poco cuando oyó que se podía conseguir la suma; le era casi indiferente cómo; y, extrañamente insensible, como pensó Maggie, incluso propuso redactar un formulario legal de cesión. El señor Buxton solo pensaba en apresurar la partida; pero no pudo abstenerse de expresar su aprobación y admiración por Maggie cada vez que se acercaba a ella. Antes de irse, la llamó a un lado.

—Querida, no estoy seguro de si Frank puede hacer algo mejor que casarse contigo, después de todo. ¡Ojo! No le he dado tanto pensamiento como me gustaría. Pero si vuelves como planeamos, el próximo otoño, y él te es fiel hasta entonces, y a Edward le va bien (si puede mantenerse bueno, lo logrará, porque es muy astuto; ese es un papel inteligente el que redactó), pues, lo pensaré. Solo deja que Frank vea un poco de mundo primero. Preferiría que no le dijeras que tengo intenciones de ceder, para que tenga una prueba justa; y se lo ocultaré a Erminia si puedo, o ella se lo contará todo. Te veré mañana en el coche de línea. Que Dios te bendiga, mi niña, y te guarde en el gran y ancho mar. —Estaba absolutamente en lágrimas cuando se fue, lágrimas de admiración y pesar por Maggie.

## CAPÍTULO X.

Cuanto más pensaba Maggie, más segura estaba de que el impulso con el que había actuado al proponer ir con su hermano era el correcto. Temía que hubiera pocas esperanzas para su carácter, cualesquiera que fueran las de su fortuna mundana, si era arrojado, en el estado de ánimo en que se encontraba ahora, entre el grupo de hombres aventureros que continuamente van a América en busca de un El Dorado que descubrir con su ingenio. Sabía que tenía poca influencia sobre él en el presente; pero no dudaría ni vacilaría en su esperanza de que la paciencia y el amor pudieran enderezarlo al final. Tenía la intención de conseguir algún empleo —enseñando, cosiendo, en

una tienda—, sin importar cuán humilde fuera, y no ser una carga para él, y hacerle un hogar feliz, del cual no sintiera ningún deseo de alejarse. Su principal ansiedad era por su madre. No se detenía más de lo que podía evitar en su larga ausencia de Frank; era demasiado triste y, sin embargo, demasiado necesario. Tenía la intención de escribirle y contarle todo sobre ella y Edward. Lo único que guardaría para algún feliz futuro sería la posible revelación de la propuesta que el señor Buxton había hecho, de que ella renunciara a su compromiso como condición para que él no procesara a Edward.

Hubo mucho ajeteo doloroso en la cabaña del páramo ese día. Erminia trajo una parte del dinero que el señor Buxton iba a adelantar, con la súplica de que Edward no se mostrara fuera de su casa; y un informe de una carta del señor Henry, afirmando que la policía de Woodchester creía que estaba en Londres, y que se le estaba buscando allí.

Erminia parecía muy seria y pálida. Le dio su mensaje a la señora Browne, hablando poco más de lo absolutamente necesario. Luego llevó a Maggie a un lado y de repente rompió a llorar.

—Maggie, querida, ¿qué es esto de ir a América? Siempre, siempre te has estado sacrificando por tu familia, y ahora te vas, nadie sabe a dónde, con la vana esperanza de reformar a Edward. Ojalá no fuera tu hermano, para poder hablar de él como me gustaría.

—Ha estado haciendo lo que está muy mal —dijo Maggie—. Pero tú, ninguno de vosotros, conocéis sus buenos puntos, ni cómo ha estado expuesto a toda clase de malas influencias, estoy segura; y nunca tuvo la ventaja de la formación y la amistad de un padre, que son tan inestimables para un hijo. ¡Oh, Minnie! Cuando recuerdo cómo los dos solíamos arrodillarnos por las noches a la rodilla de mi padre, y rezar nuestras oraciones; y luego escuchar en silencio sobrecogido su ferviente bendición, que se parecía más a una oración por nosotros a medida que su vida se desvanecía, haría cualquier cosa por Edward antes de que esa angustia batalladora de la súplica hubiera sido en vano. Pienso en él como el niño pequeño e inocente, cuyo brazo me rodeaba como para sostenerme en la Presencia Terrible, cuyo verdadero nombre de Amor no habíamos aprendido. ¡Minnie! No ha tenido una formación adecuada, ninguna formación, quiero decir, que le permitiera resistir la tentación, y ha sido arrojado a ella sin advertencia ni

consejo. Ahora sabe lo que es; y debo intentar, aunque no soy más que una chica ignorante, advertirle y fortalecerle. No debilites mi fe. ¿Quién puede hacer lo correcto si perdemos la fe en ellos?

— ¡Y Frank! — dijo Erminia, después de una pausa—. ¡Pobre Frank!

— ¡Querido Frank! — replicó Maggie, levantando la vista e intentando sonreír; pero, a pesar de sí misma, sus ojos se llenaron de lágrimas—. Si le hubiera podido preguntar, sé que aprobaría lo que voy a hacer. Sentiría que es correcto que haga todo el esfuerzo... No quiero decir — dijo, mientras las lágrimas caían por sus mejillas a pesar de su tembloroso esfuerzo por sonreír— que no me hubiera gustado verlo. Pero no sirve de nada hablar de lo que a uno le hubiera gustado. Le estoy escribiendo una larga carta en cada pausa de ocio.

— Y te estoy entreteniendo todo este tiempo — dijo Erminia, levantándose, pero reacia a marcharse—. ¿Cuándo piensas volver? Hagamos que haya un tiempo fijo. ¡América! Vaya, está a miles de millas de distancia. ¡Oh, Maggie! ¡Maggie!

— Volveré el próximo otoño, confío — dijo Maggie, consolando a su amiga con muchas suaves caricias—. Edward estará establecido entonces, espero. Tú estuviste más tiempo en Francia, Minnie. Frank estuvo más tiempo fuera aquella vez que pasó el invierno en Italia con el señor Monro.

Erminia se dirigió lentamente hacia la puerta. Luego se volvió, de cara a Maggie.

— ¡Maggie! Di la verdad. ¿Te ha estado instando mi tío a que te vayas? Porque si lo ha hecho, no confíes en él; es solo para romper tu compromiso.

— No, no lo ha hecho, de verdad. Fue idea mía al principio. Luego, en un momento, vi el alivio que era para mi madre... ¡mi pobre madre! Erminia, la idea de su dolor por la ausencia de Edward es la prueba; por mi bien, vendrás a menudo, muy a menudo, y la consolarás de todas las maneras que puedas.

— ¡Sí! Eso haré; dime todo lo que pueda hacer por ti. — Besándose mutuamente, con una larga y demorada despedida, se separaron.

Nancy quiso ser informada de la causa de la conmoción en la casa; y cuando en cierto grado se hubo enterado de su naturaleza, no perdió tiempo

en hacer más preguntas, sino que tranquilamente se levantó y se vistió; y apareció entre ellos, débil y temblorosa, ciertamente, pero tan tranquila y reflexiva, que su presencia fue una ayuda infinita para Maggie.

Cuando el día se cerró, Edward se deslizó de nuevo a la casa. Estaba lo suficientemente demacrado como para haber estado en ansiedad y ocul-tamiento durante un mes. Pero cuando su cuerpo se refrescó, su ánimo se levantó de una manera inconcebible para Maggie. Los españoles que salieron con Pizarro no fueron atraídos por nociones más fantásticas de la riqueza que se podía adquirir en el Nuevo Mundo de lo que él lo estaba. Se detuvo en estas visiones de una manera tan enérgica y vívida, que incluso hizo que su madre cesara su cansado llanto (que había durado todo el santo día, a pesar de todos los esfuerzos de Maggie) para levantar la vista y escucharlo.

—Te lo aseguro —dijo—: antes de mucho tiempo seré un juez americano con millas de plantaciones de algodón.

—Pero en América —suspiró su madre.

—¡No te preocupes, madre! —dijo él, con una ternura que alegró el corazón de Maggie—. Si no vienes a América a verme, pues, las venderé todas y volveré a vivir en Inglaterra. La gente olvidará los líos en los que el rico americano se metió en su juventud.

—Entonces podrás devolverle el dinero al señor Buxton —dijo su madre.

—Oh, sí... por supuesto —replicó él, como si cayera en una idea nueva y trivial.

Así transcurrió la tarde. La madre y el hijo se sentaron, mano a mano, ante el pequeño y parpadeante fuego del salón, con las velas sin encender sobre la mesa de atrás. Maggie, ocupada en los preparativos, entraba y salía suavemente. Y cuando todo lo que se podía hacer antes de ir a Liverpool, donde esperaba tener dos días para preparar su equipo más completamente, estuvo hecho, se deslizó de nuevo al lado de su madre. Pero sus pensamientos se desviaban hacia Frank, «abriéndose camino hacia el sur a través de todos los condados de caza», como le había escrito. Si no hubiera instado a su ausencia, él habría estado aquí para que ella viera su noble rostro una vez más; pero entonces, quizás, nunca habría tenido la fuerza para irse.

Tarde, muy tarde en la noche se separaron. Maggie no podía descansar, y se deslizó en la habitación de su madre. La señora Browne se había quedado dormida llorando, como una niña. Maggie se quedó de pie y miró su rostro, y luego se arrodilló junto a la cama y rezó. Cuando se levantó, vio que su madre estaba despierta y la había estado mirando.

— ¡Maggie, querida! Eres una buena chica, y creo que Dios oirá tu oración, sea cual sea. No puedo decirte qué alivio es para mí pensar que vas con él. Me habría roto el corazón de otro modo. Si a veces no he sido tan amable como podría haber sido, te pido perdón ahora, querida; y te bendigo y te agradezco por irte con él; porque estoy segura de que no está bien ni fuerte, y necesitará a alguien que lo cuide. Y no saldrás perdiendo con el señor Frank, porque tan pronto como lo vea le diré qué buena hija y hermana has sido; y le diré que, por muy rico que sea, creo que puede buscar mucho antes de encontrar una esposa para él como nuestra Maggie. Ojalá Ned se hubiera traído ese abrigo nuevo y grande que dice que dejó en Woodchester. — Su mente volvía a su hijo predilecto; pero Maggie tomó su corto sueño al lado de su madre, con los brazos de su madre a su alrededor; y despertó y sintió que su sueño había sido bendecido. En la oficina del coche de línea a la mañana siguiente se encontraron con el señor Buxton, todo listo como para un viaje, pero mirando a su alrededor como si temiera a algún enemigo que se acercara.

— Voy con vosotros a Liverpool — dijo —. No hagáis ningún escándalo al respecto, por favor. Me gustaría despediros; y puedo seros de alguna utilidad, y Erminia me lo suplicó; y, además, me mantendrá fuera del camino del señor Henry por un tiempo, y me temo que lo descubrirá todo y me considerará muy débil; pero ya veis, me hizo ser demasiado duro con Crayston, así que puedo desquitarme con un poco de blandura de corazón hacia el hijo de un viejo amigo.

Justo en ese momento, Erminia llegó corriendo a través de la blanca niebla matutina, toda encendida por la prisa.

— Maggie — dijo —, he venido a cuidar de tu madre. Mi tío dice que ella y Nancy deben venir con nosotros para una visita muy, muy larga. O si prefiere ir a casa, iré con ella hasta que se sienta capaz de venir con nosotros, y haré cualquier cosa que se me ocurra por ella. Intentaré ser una hija hasta

que vuelvas, Maggie; solo no tardes, o Frank y yo nos romperemos el corazón.

Maggie esperó hasta que su madre hubo terminado su largo y apretado abrazo a Edward, que estaba bastante sometido esa mañana; y luego, con algo parecido al anhelo de Esaú por una bendición, se acercó a despedirse de su madre y recibió la cálida caricia que había anhelado durante años. En otro instante, el coche se había ido; y antes de que pasara media hora, el campanario de la iglesia de Combehurst se había perdido en una curva del camino.

Edward y el señor Buxton no se hablaron, y Maggie guardó casi silencio. Llegaron a Liverpool por la tarde; y el señor Buxton, que había estado allí una o dos veces antes, los llevó directamente a un hotel tranquilo. Estaba mucho más ansioso de que Edward no se expusiera a ninguna posibilidad de reconocimiento que el propio Edward. Bajó a los muelles para asegurar los camarotes en el barco que estaba a punto de zarpar al día siguiente, y a su regreso, sacó a Maggie para hacer las compras necesarias.

—¿Pagó usted por nosotros, señor? —dijo Maggie, ansiosa por saber la cantidad de dinero que le quedaba, después de pagar el pasaje.

—Sí —replicó él, algo confundido—. Erminia me suplicó que no te lo contara, pero no se me da bien guardar un secreto. Verás, no le gustaba la idea de que fuerais como pasajeros de entrepuente como teníais pensado; y me pidió que os tomara plazas de camarote de su parte. No es obra mía, querida. No lo pensé; pero ahora que he visto lo abarrotado que está el entrepuente, estoy muy contento de que Erminia tuviera tanta consideración. Edward podría haberlo pasado bastante bien allí, pero para ti nunca habría servido.

—Fue muy amable de parte de Erminia —dijo Maggie, conmovida por esta consideración de su amiga—; pero...

—Ahora no pongas peros —interrumpió él—. Erminia es muy rica, y tiene más dinero del que sabe qué hacer. Solo me molesta no haberlo pensado yo mismo. Porque Maggie, aunque pueda tener mis propias formas de pensar en algunos puntos, no puedo estar ciego a tu bondad.

Toda la tarde el señor Buxton estuvo ocupado, y ocupado en su favor. Incluso Edward, cuando vio la atención que se prestaba a su comodidad físi-

ca, sintió una especie de arrepentimiento; y después de atragantarse una o dos veces en el intento, venció su orgullo (así lo llamo por falta de una palabra mejor) hasta el punto de expresar cierto pesar por su conducta pasada y cierta gratitud por la amabilidad presente del señor Buxton. Lo hizo con bastante torpeza, pero agradó al señor Buxton.

—Bueno, bueno, todo eso está muy bien —dijo él, enrojeciendo por su propia incomodidad—. Ahora no digas nada más al respecto, sino haz lo mejor que puedas en América; no me hagas sentir que he sido un tonto al dejarte libre. Sé que el señor Henry me considerará así. Y, sobre todo, cuida de Maggie. Haz caso de lo que ella diga, y seguro que irás bien.

Les pidió que subieran a bordo temprano al día siguiente, ya que le había prometido a Erminia verlos allí, y sin embargo deseaba regresar tan pronto como pudiera. Era evidente que esperaba, haciendo su ausencia lo más corta posible, evitar que el señor Henry supiera que había salido de casa, o que de alguna manera había conspirado en la fuga de Edward.

Así que, aunque el barco no zarparía hasta la marea de la tarde, dejaron el hotel poco después del desayuno y se dirigieron al «Anna-Maria». Estaban entre los primeros pasajeros a bordo. El señor Buxton llevó a Maggie a su camarote. Entonces vio la razón de sus quehaceres de la tarde anterior. Todas las provisiones que se podían proporcionar estaban allí. Un número de libros yacían sobre la pequeña mesa, libros justo del gusto de Maggie. — ¡Ahí está! —dijo, frotándose las manos—. No me des las gracias. Es todo obra de Erminia. Ella me dio la lista de libros. No los he conseguido todos; pero creo que serán suficientes. Solo escríbeme una línea, Maggie, para decir que he hecho lo mejor que he podido.

Maggie escribió con lágrimas en los ojos, lágrimas de amor hacia la generosa Erminia. Unos minutos más y el señor Buxton se había ido. Maggie lo observó mientras pudo verlo; y mientras su corpulenta figura desaparecía entre la multitud en el muelle, su corazón se hundió.

El de Edward, por el contrario, se animó con su ausencia. El único conocedor de su vergüenza y mala acción se había ido. Una nueva vida se abría ante él, cuyo comienzo se le hacía agradable por la posición en la que se encontraba, como pasajero de camarote; con muchas comodidades provistas para él; pues aunque las necesidades de Maggie habían sido el principal objeto de la atención del señor Buxton, Edward no fue olvidado.

Pronto estuvo entre los marineros, hablando de una manera bastante presuntuosa. Se familiarizó con el resto de los pasajeros de camarote, al menos con los que llegaron antes de que comenzara el bullicio final; y seguía trayendo a su hermana las pequeñas noticias que podía recoger.

—Maggie, dicen que es probable que tengamos una buena salida y una hermosa noche de luna. —Y se fue de nuevo.

—Oye, Maggie, ha subido a bordo una chica extraordinariamente guapa, con esa gente mayor de negro. Ha bajado al camarote ahora; ojalá entablaras amistad con ella y me dieras una oportunidad.

## CAPÍTULO XI.

Maggie se sentó en cubierta, envuelta en su capa de paño grueso; la vieja y familiar capa, que había sido su abrigo en muchos paseos felices por los lugares cercanos a su hogar en el páramo. El tiempo no era frío para la época del año, pero aun así era fresco para cualquiera que estuviera quieto. Pero ella quería echar un último vistazo a las multitudes de ingleses que se agolpaban de un lado a otro, como hormigas, en el muelle. ¡Gente feliz! que podía quedarse entre sus seres queridos. Los demonios burlones se reunieron a su alrededor, como se reúnen alrededor de todos los que sacrifican el yo, tentando. Una multitud de dudas sugerentes la asaltaron. «¿Era realmente necesario que fuera con Edward? ¿Podría hacerle algún bien real? ¿Se vería influenciado de alguna manera por ella?». Entonces el demonio intentó otro tipo de duda. «¿Había sido alguna vez su deber ir? Estaba dejando a su madre sola. Estaba causando a Frank mucho dolor presente. ¡Ni siquiera era demasiado tarde!». No pudo soportarlo más y respondió a su propio corazón tentador.

«Hice bien en tener esperanza por Edward; hago bien en darle la oportunidad de estabilidad que mi presencia le dará. Estoy haciendo lo que mi madre deseaba fervientemente que hiciera; y lo que hasta el final sintió aliviada por que lo hiciera. Sé que Frank sentirá pena, porque yo misma tengo el corazón dolorido; pero si le hubiera preguntado si no tenía razón en ir, habría sido demasiado veraz para no haber dicho que sí. He intentado hacer lo correcto, y aunque pueda fracasar, y el mal parezca surgir en lugar del bien de mi esfuerzo, aun así me someteré a mi fracaso, e intentaré decir: “¡Hágase la voluntad de Dios!”. ¡Si tan solo hubiera podido ver a Frank una vez más, y contárselo todo cara a cara!».

Para deshacerse de tales pensamientos, decidió no seguir sentada mirando, y tentada por la orilla; y, echando una última mirada a la tierra que contenía a su amante, bajó y se ocupó, incluso a través de sus lágrimas cegadoras, en intentar arreglar su propio camarote y el de Edward. Oyó llegar barca tras barca cargada de pasajeros. Se enteró por Edward, que bajó a contarle el hecho, de que había más de doscientos pasajeros de entrepuente. Sintió el tembloroso estremecimiento que anunciaba que el barco había soltado amarras y estaba siendo remolcado río abajo. Se envolvió una vez más, subió a cubierta y se sentó entre los muchos que echaban su último vistazo a Inglaterra. La temprana tarde de invierno se oscurecía, ocultando la costa de Gales, cuyas colinas eran como las colinas de su hogar. Agradeció cuando se sintió demasiado enferma para pensar y recordar.

Agotada y quieta, no sabía si dormía o estaba despierta; o si había dormido desde que se había arrojado en su catre, cuando de repente, hubo una gran agitación, y entonces Edward apareció como un relámpago a su lado, tirándola del brazo.

— ¡El barco está en llamas, a cubierta, Maggie! ¡Fuego! ¡Fuego! — gritaba, como un maníaco, mientras la arrastraba escaleras arriba, como si el grito de Fuego pudiera convocar ayuda humana en el gran océano. Y el grito fue repetido hasta el cielo por toda aquella multitud con un acento de desesperación.

Estaban apiñados, vestidos y desvestidos; ora bajo una luz roja y lívida, mostrando rostros fantasmales de terror, ora entre blancas volutas de humo, tan lejos del entrepuente como podían apretujarse; pues allí, desde la bodega, se alzaban columnas de humo, y de vez en cuando una llamarada feroz saltaba, exultante, más y más alta cada vez; mientras de cada grieta de esa parte de la cubierta surgían precursores de la terrible destrucción que les esperaba.

Los marineros estaban bajando los botes; y sobre ellos estaba el capitán, tan tranquilo como si estuviera en su propio hogar, su hogar donde nunca más estaría. Su voz era baja, más baja; pero tan clara como una campana en su nitidez; tan sabia en sus instrucciones como el pensamiento sereno podía hacerla. Algunos de los pasajeros de entrepuente estaban ayudando; pero la mayoría estaban mudos e inmóviles de espanto. En ese silencio sepulcral se oyó un bajo lamento de dolor, como de multitudes cuyo poder había sido

aplastado por aquel terror espantoso. Edward todavía sostenía con fuerza el brazo de Margaret.

— ¡Prepárate! — dijo él, en un susurro feroz.

El fuego saltó a lo largo del palo mayor, y no se hundió ni desapareció de nuevo. Supieron entonces que todos los esfuerzos desesperados hechos por unos pocos abajo para extinguirlo eran en vano; y entonces se elevaron las oraciones de cientos, en mortal agonía de miedo:

— ¡Señor, ten piedad de nosotros!

Nunca en la tranquila calma de una iglesia de pueblo se elevó al cielo un grito tan lastimero; era como una sola voz, como el día del juicio en la presencia del Señor.

Y después de eso no hubo más silencio; sino una confusión de terribles despedidas, y salvajes gritos de espanto, y carreras sin propósito de un lado a otro.

Los botes estaban abajo, meciéndose en el mar. El capitán habló:

— Pongan primero a los niños; son los más desvalidos.

Uno o dos marineros robustos estaban en los botes para recibirlos. Edward se acercó cada vez más a la pasarela, tirando de Maggie con él. Estaba casi aplastada y asfixiada. Cerca de su oído, oyó a una mujer rezando para sí misma. Ella, pobre criatura, no conocía otra presencia que la de Dios en aquella hora terrible, y le hablaba en voz baja.

— Me han quitado a los amores de mi corazón. ¡Fe! ¡Fe! ¡Oh, mi gran Dios! Moriré en paz, si tan solo me concedes fe en esta hora terrible, para sentir que cuidarás de mis pobres huérfanos. ¡Silencio, mi querido Billy! — gritó con voz aguda a un pequeño en el bote que esperaba a su madre; y el cambio en su voz, de la desesperación a una especie de alegría, mostró lo que el amor de una madre puede hacer—. Mamá vendrá pronto. Cúbrole la cara, Anne, y apriétale bien el chal. — Y luego su voz volvió a hundirse en la misma oración baja y salvaje pidiendo fe. Maggie no pudo volverse para ver su rostro, pero tomó la mano que colgaba cerca de ella. La mujer la agarró con la fuerza de un torno; pero siguió rezando, como si estuviera inconsciente. Justo entonces la multitud cedió un poco. El capitán había dicho que las mujeres irían a continuación; pero estaban demasiado frenéticas

para obedecer sus instrucciones, y ahora se apretujaban hacia adelante y hacia atrás. Los marineros, con una obediencia muda y severa, se esforzaban por seguir las instrucciones del capitán. Edward tiró de Maggie, y ella mantuvo su agarre en la madre. El segundo oficial, a la cabeza de la pasarela, lo empujó hacia atrás.

— ¡Solo van a ir mujeres!

— Hay hombres allí.

— Tres, para manejar el bote.

— ¡Vamos, Maggie! Mientras haya sitio para nosotros — dijo él, sin hacer caso. Pero Maggie retrocedió y puso la mano de la madre en la del segundo oficial—. ¡Sálvela a ella primero! — dijo. La mujer no era consciente de nada, excepto de que sus hijos estaban allí; fue solo en días posteriores, y en horas tranquilas, que recordó a la joven criatura que la empujó hacia adelante para unirse a sus hijos huérfanos de padre, y, al perder su lugar en la multitud, fue empujada — dónde, no lo sabía —, pero soñó hasta el día de su muerte. Edward siguió adelante, sin darse cuenta de que Maggie no estaba justo detrás de él. Hizo oídos sordos a los reproches; y, sin prestar atención a la mano extendida para detenerlo, saltó hacia el bote. Los hombres de allí lo empujaron — lleno y más que lleno como estaba —; y por la borda cayó a las hoscas y agitadas aguas.

Su último grito había sido el nombre de Maggie, un nombre que ella nunca pensó volver a oír en la tierra, mientras era empujada hacia atrás, enferma y sofocada. Pero de repente una voz resonó por encima de todas las voces confusas y las olas hambrientas y gemebundas, y por encima del rugido del fuego.

— ¡Maggie, Maggie! ¡Mi Maggie!

Del lado del entrepuente de la multitud surgió una figura alta, tiznada por el humo. Ella no podía ver, pero lo supo. Como un pájaro domesticado revolotea hacia el pecho humano de su protector cuando se asusta de algún enemigo mortal, así Maggie revoloteó y se acurrucó en sus brazos. Y, por un momento, no hubo más terror ni pensamiento de peligro en los corazones de aquellos dos, sino solo una paz infinita y absoluta. No se preguntó cómo había llegado él allí: bastaba con que estuviera allí. Él fue el primero en pensar en la destrucción que estaba presente con ellos. Estaba tan tran-

quilo y sereno como si estuvieran sentados bajo el espino en los tranquilos páramos, muy lejos. La tomó, sin una palabra, al extremo del alcázar. La ató a un trozo de mástil. Ella nunca habló:

—Maggie —dijo él—, mi única oportunidad es arrojarte por la borda. Este mástil te mantendrá a flote. Al principio, te hundirás, profundo, muy profundo. Mantén la boca y los ojos cerrados. Estaré allí cuando subas. Con la ayuda de Dios, lucharé valientemente por ti.

Ella levantó la vista; y a la luz parpadeante pudo ver una sonrisa confiada y amorosa en su rostro. Y él le devolvió la sonrisa; una mirada grave y hermosa, digna de llevar en su rostro en el cielo. La ayudó a llegar al costado del barco, lejos de los trozos de mástil que caían ardiendo. Luego, por un momento, se detuvo.

—Si... Maggie, puede que te esté arrojando a la muerte. —Se cubrió los ojos con la mano. El hombre fuerte perdió el valor. Entonces ella habló:

—¡No tengo miedo; Dios está con nosotros, ya sea que vivamos o muramos! —Parecía tan tranquila y feliz como una niña en el pecho de su madre; y así, antes de que él volviera a perder el ánimo, la levantó y la arrojó tan lejos como pudo a las aguas deslumbrantes y vertiginosas; y saltó directamente tras ella. Ella salió a la superficie con una involuntaria mirada de terror en su rostro; pero cuando lo vio, bajo el resplandor rojo del barco en llamas, cerca de su lado, cerró los ojos y pareció como si se durmiera pacíficamente. Él nadó, guiando el mástil.

—Creo que estamos cerca de Llandudno. Sé que hemos pasado el Little Orme's Head. —Eso fue todo lo que dijo; pero ella no habló.

Nadó fuera del calor y del feroz resplandor de la luz hacia las tranquilas y oscuras aguas; y luego hacia el camino de la luna. Pudo haber pasado media hora antes de que entrara en esa corriente plateada. Cuando los rayos cayeron sobre ellos, miró a Maggie. Su cabeza descansaba sobre el mástil, completamente quieta. No pudo soportarlo. —¡Maggie... corazón mío! ¡Habla!

Con un gran esfuerzo, fue llamada de vuelta de los límites de la muerte por esa voz, y abrió sus ojos velados, que miraban a lo lejos como si no pudiera ver nada más cercano que las luces brillantes del Cielo. Dejó que

los párpados cayeran suavemente de nuevo. Él estaba como si estuviera solo en el vasto mundo con Dios.

«Un cuarto de hora más y todo habrá terminado», pensó. «La gente de Llandudno debe ver nuestro barco en llamas y saldrá en sus botes». Se mantuvo en la línea de luz, aunque no lo llevaba directamente a la orilla, para que pudieran ser vistos. Nadó con desesperación. Un momento pensó que había oído su último suspiro resonar a través del fragor de las aguas; y toda su fuerza se había ido, y yacía sobre las olas como si él mismo debiera morir, e ir con el espíritu de ella directamente a través de ese firmamento púrpura al cielo; al siguiente oyó el chapoteo de los remos, y se incorporó y gritó en voz alta. Los barqueros los subieron a bordo, la examinaron con el farol, hablaron en galés y sacudieron la cabeza. Frank se arrodilló y les suplicó que la llevaran a tierra. No entendían sus palabras, pero entendieron su oración. Besó sus labios, frotó sus manos, estrujó el agua de su cabello, sostuvo sus pies contra su cálido pecho.

—No está muerta —seguía diciendo a los hombres, mientras veía sus miradas tristes y compasivas.

La gente amable de Llandudno había preparado sus propias y humildes camas, con todos los medios de comodidad que pudieron imaginar, tan pronto como comprendieron la naturaleza de la calamidad que había acaecido al barco en sus costas. Frank caminaba, goteando, con la cabeza descubierta, junto al cuerpo de su Margaret, que era llevado por algunos hombres a lo largo de la rocosa y pendiente orilla.

—¡No está muerta! —dijo. Se detuvo en la primera casa que encontraron. Perteneecía a una mujer de buen corazón. Acostaron a Maggie en su cama y consiguieron que el médico del pueblo viniera a verla.

—Todavía hay vida —dijo él, gravemente.

—Lo sabía —dijo Frank. Pero aquello lo derribó. Se hundió primero en oración, y luego en la insensibilidad. El médico hizo todo. Durante toda aquella noche pasó de casa en casa; pues varios habían nadado hasta Llandudno. Otros, se pensaba, habían ido a Abergele.

Por la mañana, Frank estaba lo suficientemente recuperado como para escribir a su padre, junto a la cama de Maggie. Envío la carta a Conway con un niño galés de aspecto vivaz. A última hora de la tarde, ella despertó.

En un momento o dos, miró ansiosamente a su alrededor, como si contuviera el aliento; y luego se cubrió la cabeza y sollozó.

—¿Dónde está Edward? —preguntó ella.

—No lo sabemos —dijo Frank, gravemente—. He recorrido el pueblo y he visto a todos los supervivientes aquí; él no está entre ellos, pero puede estar en algún otro lugar a lo largo de la costa.

Ella guardó silencio, leyendo en sus ojos sus temores, su creencia.

Al fin, volvió a preguntar.

—No puedo entenderlo. Mi cabeza no está clara. Hay ruidos tan fuertes en ella. ¿Cómo llegaste allí? —Se estremeció involuntariamente al recordar el terrible dónde.

Por un instante temió, por el bien de ella, recordar las circunstancias de la noche anterior; pero luego comprendió cómo su mente se detendría en ellas hasta que estuviera satisfecha.

—Recuerdas haberme escrito, amor, contándomelo todo. Recibí tu carta, no sé hace cuánto, ayer, creo. ¡Sí! por la tarde. No podías pensar, Maggie, que te dejaría ir sola a América. No hablaré en contra de Edward, ¡pobre muchacho! pero ambos debemos admitir que no era la persona para cuidarte como tal tesoro debe ser cuidado. Pensé en ir contigo. Apenas sé si tenía la intención de darme a conocer a todos de inmediato, pues no tenía ningún deseo de tener mucho que ver con tu hermano. Ahora veo que fue egoísta por mi parte. ¡Bueno! No había nada que hacer, después de recibir tu carta, más que partir directamente hacia Liverpool y unirme a ti. Y después de tomar esa decisión, mi ánimo se levantó, pues las viejas conversaciones sobre Canadá y Australia vinieron a mi mente, y esto parecía una realización de ellas. Además, Maggie, sospechaba, incluso sospecho ahora, ¿que mi padre tuvo algo que ver con que fueras con Edward?

—¡De verdad, Frank! —dijo ella, con seriedad—, estás equivocado; no puedo contártelo todo ahora; pero fue tan bueno y amable al final. Nunca me instó a ir; aunque, creo, sí me dijo que sería la salvación de Edward.

—No te agites, amor. Confío en que habrá tiempo suficiente, algún día feliz en casa, para contármelo todo. Y hasta entonces, creeré que mi padre no sugirió de ninguna manera este viaje. Pero admitirás que, después de

todo lo que ha pasado, no era antinatural por mi parte suponerlo. Solo le dije a Middleton que tenía que dejarlo en el próximo tren. No fue hasta que estuve bien lejos que empecé a calcular cuánto dinero llevaba conmigo. Dudo incluso si me apenó descubrir que era tan poco. Tendría que poner en marcha mis energías y abrirme camino, como a menudo había querido hacer. Recuerdo que pensé lo felices que seríamos tú y yo, luchando juntos como gente pobre «en ese nuevo mundo que es el viejo». Entonces me habías dicho que ibas en el entrepuente; y eso era todo adecuado a mis deseos para mí mismo.

—Fue la amabilidad de Erminia lo que impidió que fuéramos allí. Le pidió a tu padre que nos consiguiera plazas de camarote sin que yo lo supiera.

—¿Lo hizo? ¡Querida Erminia! Es tan propio de ella. Casi podría reírme al recordar el afán con que me despojé de mis signos de riqueza y me puse los de la pobreza. Vendí mi reloj cuando llegué a Liverpool, ayer, creo, pero parecen meses. Y me vestí en una tienda de ropa barata con ropas adecuadas para un pasajero de entrepuente. ¡Maggie! ¡Nunca me dijiste el nombre del barco en el que ibas a navegar!

—No lo supe hasta que llegué a Liverpool. Todo lo que el señor Buxton dijo fue que algún barco zarpaba el día 15.

—Concluí que debía ser el Anna-Maria (¡pobre Anna-Maria!), y no tenía tiempo que perder. Acababa de levar anclas cuando subí a bordo. ¿No recuerdas que una barca la llamó en el último momento? Éramos tres en ella.

—¡No! Estaba abajo en mi camarote, intentando no pensar —dijo ella, sonrojándose un poco.

—¡Bueno! Tan pronto como subí a bordo empezó a oscurecer, o, quizás, era la niebla en el río; en cualquier caso, en lugar de poder distinguir tu figura de inmediato, Maggie —es una entre mil—, tuve que ir escudriñando el rostro de cada mujer; y muchas estaban abajo. Fui entre cubiertas, y poco a poco temí haberme equivocado de barco; me senté, no tenía ánimo para estar de pie; y cada vez que se abría la puerta me levantaba y miraba, pero nunca llegaste. Estaba pensando qué hacer; si desembarcar en Irlanda, o seguir hasta Nueva York y esperarte allí; fue el peor momento de todos, pues no tenía nada que hacer; y la incertidumbre era horrible. Podría haber-

lo sabido —dijo, sonriendo—, mi pequeña Emperatriz de Rusia no era de las que viajan en entrepunte.

Pero Maggie estaba demasiado conmovida para sonreír; y el pensamiento de Edward pesaba sobre su mente.

—Entonces se desató el incendio; cómo o por qué, supongo que nunca se sabrá. Fue en nuestro extremo del barco. Agradecí a Dios, entonces, que no estuvieras allí. El segundo oficial quería que alguien bajara con él para subir la pólvora y arrojarla por la borda. Yo no tenía nada que hacer, y fui. La envolvimos en velas mojadas, pero fue un trabajo delicado y llevó tiempo. Cuando la hubimos arrojado por la borda, las llamas se extendían por todas partes. No recuerdo lo que hice hasta que oí la voz de Edward pronunciando tu nombre.

Se decidió que a la mañana siguiente partirían hacia casa, esforzándose en su camino por obtener noticias de Edward. Frank habría dado su única posesión de valor (el guardapolvo de diamantes de su madre, que llevaba constantemente) como prenda para un adelanto de dinero; pero la amable gente galesa no lo aceptó. No tenían mucho dinero de sobra, pero lo que tenían lo prestaron de buen grado a los supervivientes del Anna-Maria. Vestidos con el humilde atuendo campestre de la gente, Frank y Maggie partieron en su carro. Era una mañana clara y helada; la primera de aquel invierno. El camino pronto se elevó sobre los acantilados a lo largo de la costa. Miraban hacia abajo, al mar que se mecía. En cada pueblo se detenían, y Frank preguntaba, y hacía que el conductor preguntara en galés; pero no obtuvieron noticias de Edward; aunque aquí y allá Maggie observaba a Frank entrar en alguna que otra cabaña, yendo a ver un cuerpo sin vida, amado por alguien: y cuando salía, solemne y grave, sus tristes ojos se encontraban, y ella sabía que no era a quien buscaban, sin necesidad de palabras.

En Abergele se detuvieron a descansar; y como, al ser un lugar más grande, necesitaría una búsqueda más larga, Maggie se tumbó en el sofá, pues estaba muy débil, y cerró los ojos, e intentó no ver por siempre jamás aquella multitud loca y luchadora iluminada por las llamas rojas.

Frank regresó en una hora más o menos; y suavemente detrás de él, caminando trabajosamente de puntillas, lo siguió el señor Buxton. Evidente-

mente, contenía los sollozos; pero cuando vio la figura blanca y demacrada de Maggie, extendió los brazos.

—¡Querida mía! ¡Hija mía! —dijo—. ¡Que Dios te bendiga! —No pudo hablar más, estaba llorando abiertamente; pero puso la mano de ella en la de Frank y las sostuvo a ambas.

—Mi padre —dijo Frank, hablando con voz ronca, mientras sus ojos se llenaban de lágrimas—, se había enterado antes de recibir mi carta. Podría haber sabido que las señales del faro lo llevarían rápidamente a Liverpool. Le había escrito unas pocas líneas diciéndole que iba a verte; afortunadamente nunca llegaron, eso le fue ahorrado a mi querido padre.

Maggie vio la mirada de confianza restaurada que pasó entre padre e hijo.

—¿Mi madre? —dijo ella al fin.

—Está aquí —dijeron ambos a la vez, con triste solemnidad.

—Oh, ¿dónde? ¿Por qué no me lo dijisteis? —exclamó ella, levantándose de un salto. Pero sus rostros le dijeron por qué.

—Edward se ha ahogado, ha muerto —dijo ella, leyendo sus miradas.

No hubo respuesta.

—Llebadme con mi madre.

—Maggie, está con él. Su cuerpo fue arrastrado a la orilla anoche. Mi padre y ella se enteraron mientras venían. ¿Puedes soportar verla? No quiere dejarlo.

—Llebadme con ella —respondió Maggie.

La condujeron a un dormitorio. Tendido en la cama yacía Edward, pero ahora tan lleno de esperanza y planes mundanos.

La señora Browne miró a su alrededor y vio a Maggie. No se levantó de su lugar junto a su cabeza; ni apartó por mucho tiempo la mirada de su pobre rostro. Pero sostuvo la mano de Maggie, mientras la niña se arrodillaba a su lado, y le habló en voz baja, sin ser perturbada por las lágrimas. Su miserable corazón no podía encontrar ese alivio.

—¡Ha muerto! ¡Se ha ido! ¡Nunca volverá! Si se hubiera ido a América, podrían haber pasado años, pero habría vuelto a mí. ¡Pero ahora nunca

volverá; nunca, nunca!

Su voz se desvaneció, como los lamentos del viento nocturno se desvanecen en la distancia; y hubo silencio, un silencio más triste y desesperanzado que cualquier palabra apasionada de dolor.

Y hasta el día de hoy es lo mismo. Ella valora más a su hijo muerto que a mil hijas vivas, por muy feliz y próspera que sea Maggie ahora, rica en el amor de muchos. Si Maggie no mostrara tal reverencia a los fieles dolores de su madre, otros podrían extrañarse de su negativa a ser consolada por esa dulce hija. Pero Maggie la trata con una simpatía tan tierna, sin pensar nunca en sí misma ni en sus propias reclamaciones, que Frank, Erminia, el señor Buxton, Nancy y todos, son también reverentes y comprensivos.

Sobre viejos y jóvenes, el recuerdo de una que ha muerto se cierne como una paloma, de una que poco pudo hacer durante su vida, que estuvo condenada solo a «estar de pie y esperar», que se contentó humildemente con ser gentil, santa, paciente e inmaculada: el recuerdo de la inválida señora Buxton.

**¡GRACIAS POR LEER ESTE LIBRO DE**  
**[WWW.ELEJANDRIA.COM](http://WWW.ELEJANDRIA.COM)!**

**DESCUBRE NUESTRA COLECCIÓN DE LIBROS GRATIS DE**  
**DOMINIO PÚBLICO EN CASTELLANO EN NUESTRA WEB**

# TABLE OF CONTENTS

1. [La casa del páramo](#)
2. [CAPÍTULO I.](#)
3. [CAPÍTULO II.](#)
4. [CAPÍTULO III.](#)
5. [CAPÍTULO IV.](#)
6. [CAPÍTULO V.](#)
7. [CAPÍTULO VI.](#)
8. [CAPÍTULO VII.](#)
9. [CAPÍTULO VIII.](#)
10. [CAPÍTULO IX.](#)

## PAGES

1. [La casa del páramo](#)

# LANDMARKS

1. [Cover](#)